LA NOVELA ILUSTRADA

II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS. — NÚM. 143

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

TOMO QUINTO

POR R. ORTEGA Y FRIAS

Sus ojos se abrieron como si fueran á saltar de sus órbitas.

35 CTS.

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

OBRAS PUBLICADAS POR "LA NOVELA ILUSTRADA,,

1.—Renata Mauperin, por J. y E. Goncourt.
¡Centinela, alerta!, por Matilde Serao.
2.—Los mil y un fantasmas, por A. Dumas.
3.—El hijo de la parroquia, por C. Dikens.
4.—Carmen, por Próspero Merimée, y Corazón de torero, por Teófilo Gautier.
5.—Hércules el atrevido, por A. Dumas.
6.—El Doctor Rameau, por Jorge Ohnet.
7.—Humo, por Iván Turguenef.
8.—El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
9.—Raffles el elegante, por E. W. Hornung.
10.—La Savelli, por G. Agustín Thierry.
13.—Amor de española, por J. B. d'Aureville.
15.—Fuerte como la muerte, por G. Maupassant
16.—La dama vestida de blanco, por W. Collins.
17.—Crimen y castigo, por F. Dostoyewsky.
18.—Miss Mefistófeles, por Fergus Hume.
19.—El sombrero del cura Cirilo, por Marchi.
20.—Tiempos difíciles, por Carlos Dikens.
23.—Las aguas del monte Oriol, por Guy de Maupassant.
25.—El hombre del antifaz negro, por E. W. Hornung.
34.—Venganza corsa, por Próspero Merimée.
35.—Padre y fiscal, por Francisco Copée.
36.—El ilustre Cantasirena, por G. Rovetta.
37.—El ladrón nocturno, por E. W. Hornung.
38.—El ídolo de los ojos verdes, por P. Brabner.
50.—Los buscadores de oro, por E. Conciencs.
51.—La bohemia, por Enrique Murger.
53.—La peña del muerto, por Quiller Couch.
54.—Los caballeros del Bosque, por J. Sand.

Colección Conan-Doyle.

11.—Sable en mano.
12.—Al galope.
14.—La bandera verde.
21.—La tragedia del Korosko.
22.—El millón de la heredera.
32.—El vendedor de cadáveres.
42.—El robo del diamante azul.

Colección Victor Hugo.

26.—Bug-Jargal.
28.—Han de Islandia.
27.—El noventa y tres.
29.—El hombre que ríe (2 tomos).
30.—Los trabajadores del mar.
40.—Nuestra Señora de París.
41 y 42.—Los miserables (2 tomos).

Colección Tolstoi.

44.—Resurrección.
45.—La guerra y la paz.
46.—La Sonata de Kreutzer.
47 y 48.—Ana Karenine (2 tomos).

Colección Rocambole, por Ponson du Terrail.

77.—La herencia de los doce millones.
78.—El tonel del muerto.
79.—El Club de los Veinticuatro.
80.—El rival de Baccarat.
81.—La estocada de los cien luises.
82.—El juramento de la gitana.
83.—Las dos Condesas.
84.—El triunfo del mal.
85.—Rocambole tiene miedo.
86.—El espectro de la guillotina.
87.—Los Caballeros del Claro de Luna
88.—La sombra de Diana.
89.—El pacto de las tres mujeres.
90.—El hombre de las gafas azules.
94.—El número Ciento diez y siete.
95.—La cárcel de mujeres.
96.—Los lobos de la nieve.
97.—El telegrama falso.
98.—Las garras de color de rosa.
99.—La taberna de la muerte.
100.—El fantasma de las cadenas.
101.—Las canteras del crimen.
102.—El cadáver de cera.
103.—La viuda de los tres maridos.
104.—Las fieras de la selva.
105.—El barril de pólvora.
106.—Los tres verdugos.
107.—El molino sin agua.
108.—El plan del hombre gris.
109.—El cementerio de los ajusticiados.
110.—Una cita de amor.
111.—Los dos detectives.
112.—El río de muerte.
113.—La cuerda del ahorcado.
114.—La niña muda.
115.—El secreto de la cartera.
116.—La casa de las rosas.
117.—Los papeles del asesino.
118.—El rapto de una muerta.
119.—El hilo rojo.

Colección Dumas.

49 y 50.—Los tres mosqueteros (2 tomos).
51 á 53.—Veinte años después (3 tomos).
54 á 59.—El Vizconde de Bragelonne (6 tomos).
60 á 63.—El Conde de Montecristo (4 tomos).
64 y 65.—Ascanio (2 tomos).
66 á 68.—Las dos Dianas (3 tomos).
69 y 70.—El paje del Duque de Saboya (2 tomos).
71.—El horóscopo.
72 y 73.—La Reina Margarita (2 tomos).
74 á 76.—La dama de Monsoreau (3 tomos).
81 á 93.—Los cuarenta y cinco (3 tomos).
120 á 125—Memorias de un médico (6 tomos).
126 á 129.—El collar de la Reina.

Coleccion Ortega y Frías.

130 á 138.—El tribunal de la sangre (9 tom.).

R. 43450
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

Ó

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

R. ORTEGA Y FRIAS

TOMO QUINTO

LA NOVELA ILUSTRADA
Director literario: Vicente Blasco Ibáñez.
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.
MADRID

MADRID.—Imprenta de A. Marzo. San Hermenegildo, 32 duplicado. Teléfono 1.977.

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

O

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

CAPITULO PRIMERO

NUEVO PLAN DEL ABATE

El abate adelantó hacia la cama mientras disimuladamente fijaba la mirada en una silla donde estaba la ropa del hidelgo, ropa cuyo estado deplorable se advertía á la primera ojeada.

—Perdonad—dijo—, si llego inoportunamente.

—Sentaos, señor abate—respondió el caballero, que un hombre como vos siempre es oportuno. Yo soy quien he de pediros perdón, porque os recibo de este modo inconveniente; pero antes de haceros aguardar...

—Gracias, gracias.

—Aquí me tenéis, pues, á vuestra disposición.

—¿Estáis enfermo?

El hidalgo hizo un gesto que significaba:

—Estoy aburrido.

—Y luego respondió:

—Os diré: verdaderamente enfermo, no; pero he pasado mala noche. Me equivoco: no he pasado mala noche sino mala mañana, porque tenía mucho en qué pensar, y ya sabéis que cuando se cavila demasiado se le pone á uno la cabeza como una jaula de grillos.

—Entiendo.

—Pero ya he descansado y me siento dispuesto para todo.

—Me alegro.

—Por consiguiente podéis manifestarme el objeto de vuestra visita, cuya honra no he podido esperar.

—Señor Antolín—dijo el abate después de algunos momentos—, sois un hombre dotado de gran inteligencia.

—Puede ser; pero os confieso que desde hace dos horas estoy embrutecido, y por más que he dado tormento á mi magín, ¡voto va! me he quedado á obscuras.

—El entendimiento es como una lámpara.

—¡Gran idea, señor abate!

—Cuando le falta el aceite, se apaga.

—¡Voto á las narices de Lucifer!... Perdonad: tengo este maldito vicio de jurar...

—Ahora nadie nos oye, y no importa: sobre todo, cuando las palabras no se pronuncian con mala intención, no son más que un ruido cualquiera y no un pecado.

—¡Talento admirable!—exclamó el hidalgo decidiéndose á adular á Florentín por lo que pudiera valerle.

—Pues bien, como os decía, cuando á la lámpara de nuestro entendimiento le falta el aceite del oro...

—¡Vive Dios!—exclamó el señor Antolín, dando un salto y quedándose sentado en la cama.

—¿Os ofendéis caballero?

—No puede ofenderme una gran verdad, y digo verdad, no porque precisamente á mí me haga falta dinero, sino porque... En fin el oro es la gran palanca del mundo.

—Ya sé que tenéis recursos sobrados; pero hay ciertos días, ciertos momentos...

—Eso es, ciertos días.

—Los hombres suelen encontrarse en compromisos...

—Eso es, compromisos de la juventud...

—¿Y no se os ha ocurrido pensar que en esta cama no habíais de encontrar ninguna mina de oro?

—Tenéis razón; pero es el caso...

—¿No os habéis acordado de mí?

—Señor abate, aunque no me sois desconocido...

—Escuchadme, porque todavía no os he dado á conocer el objeto de mi visita.

—¡Era tan interesante lo que decíais!...

—Os hablaré de algo más positivo, os probaré lo que no habéis podido imaginar, es decir, que en esta misma cama donde estáis, podéis encontrar un tesoro.

El hidalgo abrió desmesuradamente los ojos y la boca, mientras instintivamente y sin saber lo que hacía se colocaba las manos sobre el estómago.

Sus tripas le respondieron con uno de sus prolongados gemidos.

—No debéis haber almorzado todavía—dijo el abate.

—Lo habéis adivinado, ó más bien os lo ha revelado esta música indiscreta de mis tripas.

—Yo tampoco.

—¿Ayunáis hoy, señor abate?

—No he pensado ayunar.

—Entonces, á estas horas...

—Me aburro comiendo solo...

—Si mi compañía os fuese grata...

—¿Seríais tan amable, señor Antolín?

—Esperad—dijo el hidalgo.

Y saltando del lecho y corriendo hasta la puerta con mengua del pudor, empezó á gritar:

—Maese Rufino, dadnos de almorzar inmediatamente, y tened en cuenta que este caballero me convida y es delicado. Traed estofado abundante, un par de conejos ó liebres, y Dios os libre de que sean de las que andan por los tejados; un par de capones y una tortilla que no tenga más que un par de docenas de huevos, porque no somos ningunos Eliogábalos; queso, pan, nueces, pasas y vino añejo... Pronto, porque si tardáis, bajaré y no quedará en vuestro cuerpo un solo hueso sin moler.

Dicho esto con toda la fuerza de sus pulmones, y mientras el posadero respondía que estaba enterado, el señor Antolín se acercó á la silla donde tenía la ropa, y añadió:

—En un santiamén me tenéis vestido... Supongo que ese bribón de maese Rufino nos tratará como merecemos, y si no lo hace, ¡desdichado de él! que le rompo las costillas y armo en la casa un escándalo que no ha de olvidarse en mucho tiempo.

El hidalgo se vistió apresuradamente.

Maese Rufino arregló la mesa y poco después la cubrió de humeantes platos, vasos y botellas.

Principiaron por la tortilla, que como había mandado el señor Antolín, tenía dos docenas de huevos; pero esto no era nada para el apetito devorador del caballero.

Olvidóse de todo, hasta del abate, que estaba frente á él y en un abrir y cerrar de ojos trasladó de la fuente á su plato, y del plato á la boca, más de las dos terceras partes de la tortilla, remojándola con tanta frecuencia, que antes de tocar al estofado había vaciado una de las botellas.

—¡Ah!—exclamó entonces—. Empiezo á encontrarme bien... ¿Qué tal habéis encontrado la tortilla, señor abate?

—Muy buena.

—Así, sin engrasar, se prepara el estómago para que reciba bien el almuerzo.

—Lo cual significa que aún no hemos empezado—replicó Florentín, sonriendo irónicamente.

—Claro es que no, porque la tortilla es el preludio, y al comerla no hemos hecho más que lo que hace el tañedor de guitarra cuando templa su instrumento.

—Pues demos principio con este estofado, que huele bien.

—¡Qué si huele bien! ¡Ya lo creo! Para estofado se pinta sola la mujer de Rufino. ¿La conocéis?

—No.

—Es más joven que su marido.

—¿Y hermosa?

—Tiene cuarenta años y aún está fresca como una rosa. Es todo lo que se llama una gran mujer: muchas anchuras, gran volumen... No abulta menos que un elefante; pero tiene un genio endiablado y la maldita costumbre de responder á las galanterías con el mango de la escoba, ó con la espumadera ó las tenazas, que siempre tiene á la mano.

—¿Lo sabéis por experiencia?

—La vi un día romper las narices á

un arriero, y en cuanto á mí, ha tenido la audacia de amenazarme; pero nada más: sí, me amenazó con una sartén porque le dije: «Señora Robustiana, permitidme que mida con los brazos vuestro talle.»

No porque hablase dejaba de comer el hidalgo, ni mucho menos se olvidaba de beber.

Florentín lo dejó tomar fuerzas, y cuando habían dado fin al estofado y se disponían á engullir los conejos, dijo el abate:

—Hablemos ahora con seriedad.

—Dispuesto me tenéis. La lámpara de mi inteligencia empieza á brillar y encontraréis en mí el hombre más razonable del mundo.

—Esa esperanza me ha traído.

—Os escucho ya.

—¿Os desagrada hacer suposiciones?

—No me desagrada como no sea suponer que almuerzo y no almorzar.

—Entonces, supongamos por un momento que estáis arruinado.

—¿Por un momento no más?... ¡Oh! Supuesto.

—Un hombre conocedor del mundo, tan experimentado como vos, sabe demasiado bien que para el que no tiene un maravedí, este mundo es un purgatorio...

—Tras el cual nos aguarda en el otro el infierno, porque los pobres nos desesperamos fácilmente, y el que se desespera muere en pecado mortal.

—Supongamos ahora que vos profesáis el principio de que para que uno gane es preciso hacer que otro pierda.

—No supongo, porque es así, y hago cuanto puedo para que pierdan los demás.

—Supongamos también que eso que llaman conciencia...

—Señor abate—interrumpió el hidalgo—, hablemos con claridad, como hablan los hombres de entendimiento.

—Me parece bien.

—Venís á proponerme un negocio, que no puede realizarse sin echar la conciencia á la espalda, sin reirse de todo...

—Precisamente.

—Pues bien, yo me rio de todo menos de mi pobreza. Tengo sobrado entendimiento, mucho valor y una muñeca de hierro. ¿Os sirve un hombre así?

—Es cuanto necesito: mucho valor y ningún escrúpulo.

—Nos hemos entendido.

—Dejo de hacer suposiciones...

—Y yo vuelvo á escucharos con más atención que nunca—repuso el señor Antolín.

Y de un bocado quitó la carne de una pata de conejo, llenó su vaso de vino y lo vació sin respirar.

—Hay un hombre que me estorba, ó más bien que puede estorbarme.

—¿Es viejo?

—No.

—¿Es débil?

—Tampoco.

—¿Es cobarde?

—Le sobra valor.

—Entonces no hay nada más sencillo, porque ya comprenderéis que yo no puedo convertirme en un asesino vulgar.

—Yo os digo lo que deseo, me atendré al resultado y os dejo en libertad de elejir los medios.

—Fácilmente se busca querella á un hombre, se provoca un duelo y se le mata.

—Permitidme que os diga que eso presenta un inconveniente.

—¿Cuál?

—El que se bate, puede morir lo mismo que matar.

—Ciertamente; pero un caballero como yo...

—No me importa que os maten, pero sí que por ser caballero echéis á perder el negocio.

—Entonces...

—Todo es matar, lo mismo en duelo que fuera de él.

—Casi tenéis razón.

—Y como hemos convenido en no tener conciencia, os diré que lo mismo puede matarse con un puñal que con un veneno.

—Sí; pero todo eso es muy grave, tan grave, como que lo coloca á uno á dos pasos de la horca.

—A vos que sois noble no pueden ahorcaros.

—Pero sí cortarme la cabeza, que es enteramente igual para mí.

—¿Sabéis por qué el verdugo tiene que hacer de cuando en cuando?

—Porque hay criminales.

—Porque los criminales son torpes.

—Es verdad que los hay muy necios. Bien larga es la lista de los que yo he mandado al otro mundo, y no hay juez que se atreva á declarar que soy culpable. Además, ahora se trata de un hombre que se encuentra fuera de España, y donde está debe morir para evitar que vuelva.

—Eso me agrada más.

—Si aceptáis la comisión, una vez que lo quitéis de enmedio...

—Puedo venirme y poco importa que averigüen quién es el criminal.

—Si está en Francia ó en Alemania, como es posible, no debe importaros; pero si es en Flandes...

—¡Oh!

—Es de suponer que no haya ido á los Países Bajos, porque habéis de saber que huyó de la corte porque le perseguía la Inquisición, y no ha de haberse ido á territorio de los dominios españoles.

El hidalgo, que ya iba satisfaciendo su apetito, apoyó los brazos en la mesa y miró á Florentín mientras decía:

—Estoy arruinado.

—Ya lo sé.

—No tengo de donde sacar un escudo, porque los amigos empiezan á volverme la espalda, lo cual, dicho sea de paso, es una ingratitud que ha llenado mi alma de amargura.

—Mejor, porque así han quedado rotos los últimos lazos que os unían á la sociedad.

—El juego está perdido, porque los mozalbetes de hoy son demasiado listos y pueden darnos lecciones á los más experimentados.

—¿Y qué queréis decir con todo eso?

—Quiero decir que la necesidad...

—Comprendo buscáis razones para justificaros ante vuestra conciencia.

—No, no—replicó vivamente el hidalgo.

—Bebed, señor Antolín, que la llamarada del candil de vuestra inteligencia va á extinguirse.

—Es porque aún no le hemos echado aceite.

—¿Queréis saber lo que puede valeros este negocio?

—No hay nada más justo señor abate.

—Os entregaré quinientos escudos en buenas monedas de oro para los gastos del viaje.

—¡Quinientos escudos!...

—¿Os parece poco?

—Según lo que el viaje haya de durar, porque es preciso que sepáis que á mí me gusta darme buena vida y presentarme como quien soy, siquiera para honrar el ilustre nombre que me han legado mis abuelos.

—La duración del viaje dependerá de vuestro acierto. Si encontráis pronto á vuestro hombre, mejor para vos y para mí.

—Y si se pasan meses y meses...

—Tendréis paciencia como yo la tendré, aunque voy perdiendo mucho más que vos.

—Proseguid...

—Cuando volváis á la corte con la prueba de que se han cumplido mis deseos, os entregaré otros mil escudos.

El hidalgo hizo un gesto de desdén llenó su vaso, y mientras se lo acercaba á la boca, replicó:

—No es negocio para mí.

—¿Por qué?

—Mil escudos se dan á cualquier pelagatos por una mala puñalada.

—Al oíros—repuso Florentín sin alterarse—, se creería que estáis acostumbrado á tirar el oro á manos llenas.

—Sabed, señor abate—dijo el hidalgo relamiéndose después de haber bebido—, que si no estoy acostumbrado á manejar mucho dinero, he dado pruebas de saber despreciarlo, porque el pobre que sin pena gasta todo cuanto tiene, se muestra más liberal que el rico que disipa una parte de su caudal.

—Os equivocáis.

—Tengo además otra razón, que si no es convincente, es por lo menos concluyente.

—¿Cuál?

—Que me parece poco y que no quiero aceptar.

—A eso nada replico.

—Hacéis bien, porque no valen réplicas.

—¿Es todo cuestión de precio?

—Sí—respondió el caballero, empezando á destrozar un pollo asado.

—Pedid.

—Para gastos del viaje, me daréis qui-

nientos escudos ahora, y si pasan tres meses sin encontrar á nuestra víctima, pondréis á mi disposición otros quinientos, también en concepto de gastos de viaje.

—Prefiero daros desde luego los mil.

—Acepto.

—¿Y después de terminada vuestra comisión?

—Otros mil quinientos escudos.

—Total dos mil quinientos...

—Calculáis perfectamente.

—¡Oh!...

—No rebajaré un solo maravedí.

—Me parece mucho.

—Antes de partir he de gastar en un buen caballo, que si se muere á los ocho días, me pondrá en la necesidad de comprar otro.

—No hablemos más.

—¿Estáis conforme?

—Sí.

—Dadme instrurcciones.

—Ante todo os diré quién es la persona que ha de morir, aunque supongo que la conoceréis.

—¿Su nombre?

—Jacobo de Tordesillas.

—¡Jacobo de Tordesillas!... ¡Por Lucifer!...

—¿Lo conocéis?

—Por una casualidad—repuso el señor Antolín—; pero ello es que le conozco.

—Decidme qué casualidad es esa.

—Hace precisamente un año, cierta noche á cosa de las diez iba yo con otros dos amigos por la calle del Olivar hablando tranquilamente, cuando dos ladrones tuvieron la audacia de salirnos al encuentro y pedirnos la bolsa. Ya comprenderéis que no accederíamos á semejante petición; y como ellos se obstinaron imprudentemente, tuvimos que disuadirlos con la espada. Uno de mis amigos recibió una herida, yo herí á uno de los ladrones y entonces huyeron.

—La casualidad os deparó un médico...

—No os equivocáis.

—Y ese médico era Jacobo de Tordesillas...

—Precisamente.

—Tanto mejor, porque es posible que haya tomado otro nombre.

—Conmigo no ha de valerle, porque á obscuras creo que lo reconocería.

El abate sacó un bolsillo lleno de oro y lo colocó sobre la mesa.

—Luego sacó un papel, lo desdobló, lo presentó al hidalgo y le dijo:

—Leed, firmad y guardad los mil escudos.

El señor Antolín tomó confuso el papel y leyó.

Su frente se contrajo y palideció su rostro.

—¿Qué significa esto?—preguntó.

—¿No lo entendéis?

—Demasiado tal vez.

—Es una garantía, porque bien puede engañarme quien no sabe lo que es la conciencia.

—¡Señor abate!...

—No os enfadéis, porque no os ofendo con repetiros lo que habéis dicho vos mismo. Hace pocos minutos que asegurabais no tener conciencia, y yo os hago la justicia de creeros.

—Pero este papel puede ser mi perdición.

—Por eso precisamente es una garantía para mí.

—¿No os basta mi palabra de caballero?

—¿Os fiaríais vos de la mía de abate?

—Esto es demasiado—replicó el señor Antolín, dejando el papel sobre la mesa.

—No hemos perdido nada—dijo con calma Florentín.

Y sonó las monedas disponiéndose á guardarlas.

El hidalgo exhaló un triste suspiro.

—Ya hemos almorzado alegremente—añadió Florentín—, y eso hemos ganado. Siento no poder ofreceros almuerzo para mañana, porque yo acostumbro á comer frugalmente, y á no ser un caso extraordinario...

—Señor abate pensad bien...

—Debéis comprender que antes de venir he reflexionado detenidamente.

—Lo supongo.

—Si queréis el bolsillo—repuso Claudio, haciendo sonar otra vez las monedas—si lo queréis...

—¡Oh!...

—Firmad y lo tendréis.

El hidalgo bebió y meditó.

Después de algunos momentos se puso en pie, tomó un tintero que había sobre la mesa y firmó.

—Contad — dijo el abate dándole el bolsillo.

—Yo no acostumbro contar el dinero que recibo.

—Como gustéis.

—Mañana al amanecer saldré de Madrid.

—Me olvidaba de lo mejor — dijo el abate.

—¿Qué?

—El hombre prevenido vale por dos.

—Eso dice el adagio.

—Son muchas y muy distintas las circunstancias en que podéis encontraros señor Antolín.

—Ciertamente.

—Pues bien, para que no os falte ningún recurso, os regalaré una cosa que puede seros muy útil—repuso el abate.

Y sacó un pomito de cristal que contenía un líquido de color de topacio.

—¿Qué es eso?—preguntó el hidalgo, cuyo entrecejo se arrugó.

—¿No lo adiviná is?

—Me parece que sí, pero...

—Si tan fácilmente se levantan vuestros escrúpulos, no haréis nada de provecho.

—Señor abate, una cosa es matar á un hombre de una estocada en buena lid, y otra envenenarlo.

—Si el resultado es el mismo...

—¡Vive Dios!...

—Como estábamos de acuerdo en lo de la conciencia... En fin, aún es tiempo: tomad vuestro papel y dadme los mil escudos.

No hizo semejante cosa el señor Antolín, sino que tomó el pomito y preguntó:

—¿Cómo se hace uso de esto?

—Una gota en una botella de vino...

—¡Tripas de Lucifer!

—Y si en este líquido metéis la punta de un puñal...

—Entiendo, entiendo.

—Está probado.

—No lo dudo.

—El contrato estaba hecho.

Florentín dió á su cómplice todas las explicaciones que podía necesitar, haciéndole algunas indicaciones sobre los puntos á que con preferencia debía dirigirse por ser más probable que en ellos se encontrara el fugitivo.

No hay que decir que al hacer estas indicaciones probó Claudio una vez más su astucia.

Terminó el almuerzo.

—¿Necesitáis más instrucciones?—preguntó el abate disponiéndose á salir.

—No; pero deseo saber cómo he de enviaros noticias de lo que vaya sucediéndome.

—Como no iréis solo, vuestra sombra me dará noticias.

—¡Mi sombra!...

—Ya os he dicho que no me fío de nadie, y por consiguiente tendréis un espía, que no os molestará, porque jamás lo veréis; pero que á mí me servirá de mucho.

El señor Antolín hizo un gesto de desagrado; pero no replicó.

Cuando estuvo solo cruzó los brazos, inclinando sobre el pecho la cabeza y empezó á reflexionar sobre su nueva situación.

Al cabo de una hora su semblante apareció otra vez tranquilo y risueño como siempre, y guardando la bolsa, ciñendo la espada y poniéndose la capa y el sombrero, salió de la posada, mientras decía:

—El abate es hombre que lo entiende... ¿He de morirme de hambre?... Vivamos y gocemos. De todos modos el paraíso no se ha hecho para mí, y por consiguiente, si he de ir al infierno, ganaré lo que en este mundo haya gozado.

CAPITULO II

EL PADRE NICOLÁS

Muy preocupado bajó maese Rufino por la calle de la Concepción, volviendo después á la izquierda y entrando en San Isidro.

Pocos momentos después entraba en la celda del padre Nicolás, que era un jesuita como cualquiera otro y del que, por consiguiente, nada de particular tenemos que decir, pues su aspecto revelaba siempre la bondad y la más completa tranquilidad de espíritu.

Sorprendido se mostró al ver al posadero, y éste, después de besar con respeto profundo la diestra del religioso, le dijo:

—Vuestra merced me perdonará, reverendo padre.

—¿Pues qué mal me has hecho?—preguntó el jesuita, sonriendo dulcemente.

—Que vengo á incomodar á vuestra merced y á robarle el tiempo que necesita para asuntos más graves; pero mi mujer se ha empeñado, y cuando se le pone una cosa entre ceja y ceja no hay más remedio que darle gusto.

—Tu mujer nunca ha hecho nada que no sea conveniente para ti.

—Eso es verdad.

—¿Por qué te quejas?

—No me he quejado, reverendo padre, pues yo también opino como ella en esta ocasión; pero quiero decir que si me atrevo á incomodar á vuestra merced...

—Siéntate Rufino.

—Reverendo padre...

—Digo que te sientes, que te expliques y no pierdas el tiempo en comentarios inútiles. ¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—Ni chica ni grande.

—Loado sea Dios.

—Pero nos encontramos en un grandísimo apuro, y como las desgracias sobrevienen cuando menos se piensa, estoy con el alma en un hilo.

—¿Y por qué?

—No puedo daros explicaciones, porque no entiendo el asunto que en tal aprieto nos pone.

—Pues si nada puedes decirme, ¿para qué has venido?

—Para decirle á vuestra merced, lo que pasa.

—Entonces...

—Y luego vuestra merced, como es tan bueno, y nos quiere tanto, irá á nuestra pobre casa y mi mujer se lo explicará todo.

—¿Y ni siquiera sabes qué clase de asunto es ese?

—Tenemos en nuestra posada á un hidalgo de esos que viven sin que se sepa cómo, pues no tiene rentas, ni oficio, ni beneficio, ni más que la noche y el día.

—El señor Antolín de Santoyo.

—¿Lo conoce vuestra merced?

—Tú mismo me has hablado muchas veces de ese hidalgo, que cuando está de mal humor, alborota tu casa.

—Es verdad.

—¿Y qué ha hecho?

—Hoy ha ido á visitarle un inquisidor.

Repentinamente cambió la expresión del rostro del jesuíta, y su mirada se fijó escudriñadora en el posadero.

Este añadió:

—El inquisidor es el abate Florentín.

—¡Ah!...

—Veo que vuestra merced se sorprende lo mismo que yo.

—Es natural, porque no acierto á comprender con qué fin puede visitar un hombre como el abate al señor Antolín de Santoyo.

—Mi mujer pensó lo mismo, y como es tan curiosa, quiso que escuchara lo que hablaron el abate y el señor Antolín. Esto es un abuso, padre.

—Su intención era ponerse á cubierto de una desgracia, por que tratándose de un hombre como el hidalgo...

—Eso es.

—Vuestros intereses pueden verse comprometidos desde el momento en que la Inquisición tenga que entender con algunas de las personas que en vuestra casa habitan.

—Estoy convencido.

—Prosigue.

—Resulta de todo esto, que el abate Florentín quiere que el señor de Santoyo vaya á buscar á un desdichado, que consiguió librarse de la Inquisición, y se fué á Francia.

—Lo que dices es muy grave.

—De mucha importancia.

—¿Y quién es ese hombre á quien se quiere quitar del mundo?

—Un médico que me salvó la vida, y aunque hace bastante tiempo que no lo he visto, la gratitud...

—Entiendo.

—Y no sé más, reverendo padre.

—Pues debes saber el nombre de ese médico.

El religioso volvió á cambiar de postura, tosió y sacó su pañuelo para limpiarse, pues no sabiendo qué decir, se tomaba tiempo para pensar.

Después de algunos minutos, y como si hablase para sí, murmuró:

—Jacobo de Tordesillas, que habitaba en el arrabal de San Ginés.

—El mismo.

—¿Qué más?

—Mi mujer es la que puede deciros con toda exactitud lo que han hablado.

—Supongo que lo que deseáis es mi consejo.

—Bien lo necesitamos, reverendo padre.

—Pues con la ayuda de Dios os diré cuál debe ser vuestra conducta.

—Gracias, reverendo padre, porque nos sacaréis de un apuro.

—Tranquilízate que todo se arreglará.

—Así lo espero.

—Puedes irte, que luego iré á visitaros.

Maese Rufino volvió á besar la diestra del jesuita y salió.

Antes de dos horas el padre Nicolás entraba en la posada, siendo recibido con todas las consideraciones que merecía su sagrado carácter.

Ante todo le ofreció Robustiana chocolate, dulces y otros manjares al reverendo, que aceptó con la benevolencia que lo caracterizaba.

El posadero se concretó á escuchar con el fin de entender aquel enredo.

Con todos sus detalles, punto por punto, con una exactitud admirable, la posadera repitió cuanto habían hablado el señor Antolín y el abate, y describió la escena del almuerzo con el colorido de la verdad.

El jesuita escuchaba sin hacer el más leve gesto y sin articular una sílaba.

Mucho parecía interesarle cuanto la posadera decía; pero no mostraba ni contento ni disgusto.

La señora Robustiana era feliz en aquellos momentos, porque hablaba sin que nadie la interrumpiese y decía cuanto se le antojaba.

Aunque hubiese continuado cinco ó seis horas, no habría dado el jesuita señales de impaciencia.

Mas bien que satisfecha, fatigada, calló por fin la posadera.

—¿Nada más tenéis qué decir?—le preguntó el padre Nicolás.

—Es cuanto sé.

—Pues bien, olvidaréis todo lo que ha sucedido, y si contra vuestra voluntad viniese á vuestra memoria, lo desecharéis como se desecha el recuerdo de una pesadilla.

—Es el caso que el pobrecito señor Jacobo...

—Procuraremos averiguar donde se encuentra y le enviaremos un aviso para que se guarde de ese hombre.

—Bien merece vuestra protección.

—La que necesita es la del Omnipotente.

—¿Y no podríamos estorbar el viaje del señor Antolín?

—¿Y qué adelantaríamos? Desgraciadamente hay muchos que servirían al abate Florentín.

—Ciertamente.

—Y para el señor Jacobo será muy útil conocer á la persona que lo busca con fines siniestros, por que así podrá defenderse mejor.

—Ya lo ves—dijo la posadera á su marido—: he hecho muy bien en escuchar, y mucho mejor en confiar este secreto á nuestro muy respetable padre Nicolás.

—Siempre he sido de tu opinión.

—Te oponías...

—Porque no había entendido el asunto; pero ya lo entiendo.

—No olvidéis—dijo el religioso—que está de por medio en este asunto un inquisidor, que es lo mismo que decir que una indiscreción, la más leve, puede costaros ir á las cárceles del Santo Oficio.

—¡Misericordia divina!—exclamó el posadero.

—Y no fiéis en que sois buenos católicos, porque mientras vuestra inocencia se probare...

—Quizás se pasarían muchos años.

—Y nos arruinarían.

—Descuidad, reverendo padre, que no solamente guardaremos el secreto, sino que nos olvidaremos de este asunto.

—Así os conviene.

—Y si tenéis noticias del pobre señor Jacobo y esperanza de que se salve...

—Os lo diré; pero no me preguntéis.

—Dios nos libre de tomarnos semejante libertad.

—Observaréis al señor Antolín de Santoyo hasta el momento que se vaya y si otra vez viniera á visitarlo el abate Florentín...

—Haré lo mismo que hoy.
—Eso es.
—Nos habéis sacado de un gran apuro.
—He cumplido mi deber.
Muy poco más hablaron.
El padre Nicolás, cuya calma no se había alterado ni por un solo instante, se despidió y salió para volver á su convento.
A pesar de sus prohibiciones terminantes, el marido y la mujer hablaron del mismo asunto por espacio de una hora.
—El señor Antolín sería espiado mientras estuviese dentro de la posada; pero ¿qué le importaba aquel espionaje, si nadie había de ponerle estorbo?
Así las circunstancias combinábanse en favor de Jacobo de Tordesillas; pero su situación no mejoraba.
Podía contar con la protección de la Compañía de Jesús; pero esta protección no pasaría jamás de ciertos límites marcados por la conveniencia y con el fin de desprestigiar á un inquisidor.

CAPITULO III

ÚLTIMA PINCELADA DEL RETRATO DEL SEÑOR ANTOLÍN

Al amanecer del día siguiente se vistió el señor Antolín.
Nadie le hubiera reconocido, ni mucho menos hubiera creído que el hidalgo iba á emprender un largo viaje.
Se había equipado de nuevo, y la elección de su vestido probaba que antes que todo había procurado satisfacer su vanidad, por que hay que tener presente que era muy vanidoso, y creía que la naturaleza le había dotado de gracias personales nada comunes.
Su vestido presentaba un conjunto de colores cuya reunión no podía ser de peor gusto.
Las calzas eran de color anaranjado, y los gregüescos verdes, acuchillados de amarillo.
El jubón, de azul cielo, tenía las mangas acuchilladas también de tafetán encarnado, y el coleto, verde claro, estaba lleno de blancos pespuntes.
La capa era azul obscuro, con forro verde, y el sombrero de fieltro aplomado, tenía una pluma larga y blanca sujeta con broche de acero abrillantado.
Cuando estuvo vestido completamente y con la espada ceñida, empezó á pasearse por el aposento, mirándose de arriba abajo y sonriendo con aire de satisfacción.
—Vestido así—dijo—, y con la bolsa repleta encontraré cien mujeres que codicien mi amor, y quien sabe si tendré ocasión de hacer un gran negocio con alguna dama extranjera, noble y rica. Mi comisión no me impide dedicarme al amor, ni el abate puede llevar á mal que yo haga mi fortuna si lo sirvo como desea. Y aunque no lo sirva, si me caso en Francia ó en Alemania, quedarán arregladas nuestras cuentas, porque no volveré á España y me reiré del papelucho que me hizo firmar, si algún atrevido me hablara de semejante documento, le juraría que la firma era falsa, probando con la espada la verdad de mi juramento.
Tras estas ideas brotaron otras en la ardiente imaginación del hidalgo, que se detuvo y reflexionó, diciendo luego:
—Soy dueño de mil escudos, ó más bien de ochocientos cincuenta, puesto que he gastado lo demás en caballo y equipo. ¿No sería un golpe maestro, un gran golpe, quedarme en Francia, donde con mi valor y esta cantidad puedo adquirir gran crédito? Verdad es que tendré un espía; pero éste no podrá hacer más que dar aviso de mi traición, y el señor abate habrá de reconocer que no he mentido al decir que ignoro lo que es la conciencia. Si me ha buscado porque me tenía por un bribón, no debe esperar de mí nada bueno. Este plan presenta algunas dificultades; pero en los días que he de tardar en salir de España, me sobra tiempo para meditar y decidirme, aunque desde ahora creo que obraré según las circunstancias.
Dicho esto, volvió á mirarse, se acercó á la puerta, la abrió, y gritó:
—Maese Rufino, venid.
No tardó en presentarse el posadero y mirar con sorpresa al hidalgo, á quien ya hemos dicho que era difícil reconocer con su vistoso traje.
—Aquí me tenéis, señor caballero—dijo.

—¿Qué os parece mi nuevo vestido?—preguntó el señor Antolín, volviéndose á uno y otro lado.

—Bien; pero un poco chillón.

—¡Chillón decís!...

—Tantos colores...

—Si fuerais filósofo se os alcanzaría que el vestido debe ser armónico al carácter de la persona.

—Eso es verdad.

—Yo soy alegre, y mi traje debe ser brillante y risueño.

—Pero según ayer me dijisteis, habíais de emprender hoy un largo viaje.

—Sí.

—Y esa ropa no me parece lo más apropósito para caminar.

—¿Por qué?

—Vuestras calzas son de un color muy delicado y se ensuciarán fácilmente.

—Pero no pensáis que aún he de ponerme esas magníficas botas de ante que estáis viendo al pié de mi cama, y que me cubren parte del muslo y tocarán casi á los gregüescos.

—Tenéis razón.

Efectivamente, junto á la cama había unas botas que á cualquier hombre de estatura regular le hubiesen llegado hasta la cintura, si bien al señor Antolín no debían cubrirle más que una pequeña parte del muslo.

—Ahora mismo—repuso el hidalgo—, voy á quitarme los zapatos, que me he puesto solamente para ver si me estaban bien, calzaré mis botas, colocaré las espuelas, que son esas de acero que están sobre aquella silla, y después de tomar un ligero desayuno montaré en mi *Apolo* y partiré.

¿Es decir que me llamáis para que ajustemos cuentas?

—Señor huésped, yo acostumbro á pagar como quién soy, y si alguna vez por rara casualidad han escaseado mis recursos...

—No he pensado ofenderos: perdonad mi observación.

—Perdonado estáis.

—Espero vuestras órdenes—dijo el posadero inclinándose respetuosamente.

—¿Habéis olvidado lo que anoche os encargué?

—Todo está hecho con exactitud.

—¿Qué habéis puesto en las alforjas?

—Un pavo asado, un solomillo de vaca mechado, todo el magro de un jamón, medio queso, pan y la bota llena de vino.

—Perfectamente.

—En cuanto á lo que hayáis de tomar ahora...

—Poca cosa, maese Rufino, porque es muy temprano, y como cené bien, apenas tengo apetito.

—¿Queréis un par de huevos?

—Quiero dos pares.

—¿Fritos?

—Entendedlo bien: dos pares de pares.

—Que suman ocho.

—Los haréis en tortilla con algún jamón.

—¿Nada más?

—Claro es que sí, porque eso no sirve más que para preparar el estómago; me lo habéis oído decir cien veces.

—No os enfadéis, caballero, y disponed.

—¿Tenéis estofado?

—De lengua de vaca riquísimo.

—Pues bien, con la tortilla, el estofado y algunas sardinas, creo que podré pasar hasta las ocho de la mañana, que almorzaré donde me encuentre.

—Voy á serviros al instante.

—¿Y mi *Apolo*?

—Se le ha dado de comer todo lo que ha querido, y no parece sino que lo han tenido á dieta, porque apenas se le llenaba el pesebre, lo limpiaba hasta de polvo.

—Eso prueba que es un buen caballo.

—Sí, es fuerte y ligero, aunque su estampa...

—¿Qué tenéis que decir de ella?

—Un poco barrigón...

—¿No consideráis su alzada?... Maese Rufino, vos entenderéis de jumentos; pero en cuanto á caballos, no sabéis una jota; mientras almuerzo ensillaréis mi *Apolo*, colocando la maleta y las alforjas, y viniendo después para decirme cuanto os debo y recibir en buenas monedas de oro el importe de nuestra cuenta.

—Ya empezaba á ser larga...

—Maese Rufino, más larga es mi tizona, y si os propasáis, os mediré con ella las costillas.

—Lo decía únicamente porque...

—Traedme el desayuno antes de que se me suba la sangre á la cabeza y os haga comprender á cintarazos el respeto que se me debe.

El posadero, que más que ganas de hablar, tenía de cobrar, salió del aposento.

El señor Antolín se quitó los zapatos, calzó las botas y se puso las espuelas.

Acabó de arreglar su maleta y la cerró, y mientras le llevaban el desayuno empezó á pasearse con la mano izquierda en la cadera y retorciéndose el bigote con la derecha.

No hay que decir que comió con el mejor apetito, ni que vació dos botellas de vino añejo, porque esto ya puede presumirse.

Cuando hubo concluído, se presentó el huésped con un papel mugriento, donde había trazado algunos renglones.

—¿Qué es eso?—le preguntó el hidalgo.

—La cuenta.

—¿Cuánto importa?

—Examinadla...

—Yo no examino cuentas, pago, y nada más.

—Pero...

—Decid cuanto importa.

—Veintisiete ducados y tres reales...

—Está bien.

—Si os parece mucho...

—Me parece solamente que son veintisiete ducados y tres míseros reales.

—Exactamente.

—Tomad—dijo el señor Antolín.

Y sacando la bolsa que le había entregado el abate, puso sobre la mesa treinta y tres ducados, añadiendo:

—Lo que sobra para vos y los criados.

—¡Ah!...

—Hemos concluído.

—Tanta generosidad.

—Maese Rufino, á pesar de que algunas veces os habéis tomado libertades ofensivas á mi calidad...

—Creed, señor caballero...

—Creo que ha sido candidez, ignorancia, rudeza y no mala intención.

—Os lo juro.

—Estáis perdonado y me tenéis además dispuesto á protegeros, porque os he tomado cariño y reconozco que sois un hombre honrado.

—Gracias, mi noble sañor, muchas gracias.

—Vuestra mano, maese Rufino, que por ser el último día que estoy en vuestra casa, quiero dispensaros este honor.

El posadero se inclinó respetuosamente y estrechó la huesosa mano del señor Antolín.

Este, con paso firme y haciendo sonar sus largas espuelas, salió seguido del huésped y bajó al patio, donde un mozo lo esperaba teniendo de la brida un corpulento caballo alazán.

Cabalgó el hidalgo.

—Tu amo—dijo al mozo—, te dará un recuerdo mío.

—Gracias, mi noble señor.

—Maese Rufino, que Dios os dé una buena fortuna.

—Y á vos os acompañe, caballero.

El señor Antolín clavó las espuelas en los ijares de su alazán.

Este dió un resoplido, encabritóse y luego salió al trote de la posada.

Pocos minutos después, caballo y caballero salían por Puerta Cerrada y desaparecían entre una nube de polvo.

¿Cumpliría el señor Antolín lo prometido con el abate?

Seguros estamos de que cuando reflexionara detenidamente se decidiría á cumplirlo.

CAPITULO IV

UNA ALTERNATIVA HORRIBLE

El mismo día que salió de la corte el señor Antolín, el abate, con el cinismo que lo caracterizaba risueño y al parecer tranquilo, presentóse en la nueva vivienda de Isabel.

Esto no podía esperarlo nadie, y por consiguiente debía sorprender á la infeliz madre.

Abrió la puerta una criada cuando Florentín llamó.

—¿No es aquí—preguntó el miserable hipócrita—, donde vive doña Isabel de Linares?

—Aquí es.

—¿Y está en casa?

—Sí, señor.

—Pues tened la bondad de decirle que necesito verla para hablarle de un asunto de sumo interés.

—¿Y vuestro nombre, caballero?

—Claudio Florentín.

—¿Florentín habéis dicho?

—Sí, el abate Florentín.

—Esperad un momento—replicó la sirviente.

Y desapareció.

El nombre de su perseguidor produjo en Isabel un efecto inexplicable.

Su rostro se puso pálido como el de un cadáver, y en algunos segundos le fué imposible articular una sílaba.

—¡Ah!...—exclamó al fin—. ¿Qué quiere ese hombre?... ¡Dios mío!...

Y dejándose llevar de los nobles impulsos de su corazón, y más que todo engañada por su propio deseo murmuró:

—¿Se habrá arrepentido?... ¡Oh!... Sí, aunque no sea por virtud, tal vez por miedo...

El corazón de Isabel palpitó con violencia.

—Que entre—dijo.

No tardó en presentarse Florentín.

Sus labios se entreabrían para sonreir como siempre, y sus ojos brillaron como dos ascuas al mirar á su víctima.

—Caballero—dijo ella sin dar tiempo para que hablase Claudio—, me habéis hecho justicia creyendo que todo lo olvidaré si me devolvéis á la hija de mis entrañas... No os habéis equivocado, no: todo lo olvidaré, y aún os estaré agradecida.

—Señora—replicó Florentín con dulzura—, siento que os hayáis equivocado; porque si bien he decidido devolveros á vuestra hija, ignoro si se realizará, porque para ello se necesitan ciertas circunstancias que no dependen de mi, sino de vos.

La frente de Isabel se contrajo.

—Si tenéis á bien oirme—añadió Claudio—, me explicaré con cuanta brevedad me sea posible.

—¿Vais á ponerme condiciones para devolverme á mi hija?

—Sin condiciones nada se hace en este mundo.

—Pues bien—replicó la infeliz, creyendo que ya que no otra cosa, el abate quería explotar su ventajosa situación para satisfacer sus ambiciones—, dispuesta me tenéis á transigir.

—Esto ya es otra cosa.

—Decid lo que queréis.

—Antes es preciso haceros comprender el valor de lo que ofrezco, porque de otro modo no apreciariais debidamente mi sacrificio.

—No os molestéis, porque sobradamente comprendo todo el valor que para mí tiene mi hija.

—Pero no apreciaréis tal vez con exactitud nuestra respectiva situación, y si abrigáis esperanzas ilusorias, fundada en ella...

—Caballero—interrumpió Isabel; cuya agitación crecía por instantes—, acabemos de una vez...

—¿Queréis escucharme?

—Ya os escucho.

La infeliz madre no estaba en aquellos momentos aturdida ni mucho menos poseída de terror, sino trastornada por la ira.

A dejarse llevar de sus primeros impulsos, hubiérase lanzado sobre el abate, ahogándolo entre sus manos; pero se contuvo, porque así no hubiera hecho más que agravar la situación.

—Debéis suponer—dijo Florentín con una calma horrible, pero mirando con más insistencia cada vez á la joven—, debéis suponer que no he venido neciamente á ponerme á vuestras manos, porque se que tenéis tres defensors que podrían acabar conmigo fácilmente.

—Sí lo supongo porque os conozco demasiado.

—Vuestros tres defensores son valientes,, y uno de ellos es inmensamente rico y poderoso. Con tales enemigos yo debí temblar si no tuviera en rehenes á vuestra hija. Desde la noche en que os fingisteis muerta, cuya farsa conocí, tomé mis precauciones, acabé con los traidores que me rodeaban, según ya sabréis, y mirando á vuestra hija, dije: «Tu vida guarda la mía.» No necesito añadir que si dentro de dos horas no estuviera yo fuera de aquí sano y salvo...

—¡Oh!... Basta, basta...

—Así debéis haberlo comprendido, que de otro modo ya me tendríais encerrado, exigiéndome como rescate la libertad de mi prisionera. Si hubieseis muerto, no me ocuparía ya más que de vuestra hija, porque la pasión que encendisteis...

—Callad—interrumpió Isabel, haciendo un gesto que revelaba claramente la repugnancia que le hacía experimentar su perseguidor, particularmente cuando éste hablaba de su amor criminal.

—Preciso es que me escuchéis si hemos de entendernos.

—Mataré á vuestra hija—dijo Florentín con terrible acento.

Isabel dejó escapar un grito desgarrador.

—Sí—añadió el abate fuera de sí—, vuestro amor, ó la vida de vuestra hija ó de vuestro esposo; sí, seré vuestro es-

—¿Os ofendéis, caballero. (Pág 5.)

—Os escucharé si no habláis de esa pasión...

—Forzosamente he de ocuparme de ella—repuso el abate, empezando á perder la calma—, porque desde que volví á veros llena de vida y hermosa como nunca, volvió á trastornárseme mi razón, sentí nuevamente la imperiosa necesidad de que fueseis mía, cambié otra vez mis planes...

—Silencio.

—Por segunda vez en mi vida os suplico, señora.

—Que no os escucharé...

—¡Oh!—exclamó Florentín cuyos ojuelos se encendían más y más, y por cuyo rostro parecía que iba á brotar la sangre—; pensad que estoy desesperado, que estoy loco, y en mi locura, si no puedo lograr mis deseos...

—¿Qué haréis?

clavo si satisfacéis mi pasión, ó el verdugo de los dos seres á quienes más amáis... No alimentéis esperanzas vanas, no las alimentéis, porque de todo soy capaz.

La desdichada madre, con el rostro lívido y descompuesto, los miembros rígidos é inmóvil como si se hubiese petrificado: no pudo articular una sílaba.

Sus crispadas manos oprimían su agitado pecho, que parecía que iba á romperse en fuerza de las violentas sacudidas de su corazón.

—¿Acaso no me conocéis lo bastante para creer que en mi despecho gozaré, viendo como vuestra hija exhala el último suspiro entre tormentos horribles?

Florentín se interrumpió algunos instantes para tomar aliento, y prosiguió:

—Decidíos, señora, decidíos, y si me rechazáis; empezad desde ahora á llorar

á vuestra hija, que habrá muerto antes de que se oculte el sol.

Isabel exhaló otro grito, que parecía llevar tras sí el alma. La alternativa no podía ser más horrible, más cruel, más espantosa.

La infeliz estaba convencida de que el abate no vacilaría para cumplir su amenaza.

—¿Le era lícito sacrificar la honra por la vida de su hija y de su esposo?

¿Cumplía sus deberes dejando que su esposo y que su hija fuesen sacrificados por salvar ella su honra?

Aunque el dolor no la hubiese trastornado, difícilmente habría podido resolver esta cuestión.

Su corazón y sus deberes en abierta lucha....

¡Lucha horrible!

El corazón de una madre es superior á todo.

Empero en una mujer como Isabel no tiene menos fuerza el sentimiento de los deberes y de la honra.

Pasaron algunos instantes de silencio absoluto, durante los cuales hubieran podido contarse los latidos de aquellos corazones, agitados por tan diversos sentimientos.

La desdichada dijo al fin:

—Los santos mártires que han perecido por el verdadero Dios, no habrían vacilado en dejar morir también á sus hijos antes que renunciar á sus creencias...

—Una cosa es Dios y otra eso que llamáis honra.

—La honra no impone deberes menos severos que la religión.

—Os equivocáis, señora.

—No es la primera vez que me ponéis en esta cruel alternativa... ya os respondí...

—Que morirá vuestra hija, que morirá...

—Matadla.

—Que morirá también vuestro esposo, porque tiene á su lado un asesino pagado por...

—¡Dios mío, Dios mío!...

—Decidíos, señora, decidíos...

—Matad á mi hija; pero vos también moriréis.

—Después que me haya vengado, no quiero esta vida, que sin vuestro amor es un tormento insoportable; y si os apoderaseis de mí, haciéndome experimentar largos sufrimientos, yo burlaría vuestros planes, poniendo fin á mi existencia, y sería más feliz que vos quedando en este mundo.

—Sois ambicioso....

—Sí.

—Yo satisfaré vuestra ambición. Ya sabéis que uno de mis protectores es poderosísimo, y que nada me negará... Devolvedme á mi hija y tendréis riquezas, honores todo cuanto puede tener una criatura, mucho más de lo que vos mismo habéis podido desear... El oro puedo dároslo yo sin recurrir á nadie.

—No ignoro que sois dueña de cien mil escudos; pero si yo los tuviera, los daría por un solo minuto de vuestro amor.

—Yo no puedo amaros...

—Fingid, engañadme...

—¡Jamás!—dijo resueltamente Isabel.

—Por última vez, señora...

—¡Jamás!

—Que antes de una hora...

—Salid—repuso la desdichada, levantándose y extendiendo un brazo hacia la puerta.

El abate rugió como un tigre.

—Salid ó llamaré, y ¡desdichado de vos si os encuentra aquí cualquiera de mis generosos protectores!...

—Puesto que lo queréis, sea—gritó Florentín con el acento de un loco.

Y salió precipitadamente.

Isabel exhaló un gemido y cayó sobre el pavimento.

CAPITULO V

CUNDE LA NOTICIA DEL NUEVO INTENTO

Mientras tenía lugar la tristísima y horrorosa escena que acabamos de referir, un hombre de pequeña estatura, flaco, vestido de negro, y de aspecto casi miserable, entraba en la suntuosa vivienda de don Martín de Quiñones, diciendo á uno de los criados:

—Vuestro muy noble señor tendrá á bien recibirme cuando sepa que soy la persona á quién visitó hace algunos días en una casa de la calle de San Nicolás.

—¿Vuestro nombre?—preguntó el

criado mientras miraba de pies á cabeza al hombrecillo.

—Os he dicho cuanto debo decir.

—Pues no podemos dar aviso á nuestro noble señor, porque...

—Peor para vos, y para él y para alguna otra persona, pues no es á mi á quien interesa verlo. Que Dios os guarde y...

—Esperad.

—Habéis cambiado de opinión.

El sirviente, que no se atrevió á despedir al hombre de negro ropaje, desapació y volviendo á los pocos minutos para decir:

—Entrad.

El desconocido desplegó una leve sonrisa, y siguió al criado.

Atravesaron algunas habitaciones amuebladas con un lujo deslumbrador.

Levantó el sirviente un tapiz, dió algunos pasos el hombrecillo y se encontró frente á Quiñones.

Ambos guardaron silencio por algunos minutos.

—Os sorprende mi visita—dijo por fin el hombrecillo.

—No la esperaba.

—Ni mucho menos que me tomase la molestia de venir para haceros un regalo.

—No comprendo.

—Me explicaré, señor don Martín, y me entenderéis como siempre me habéis entendido.

—Porque nos conocemos demasiado bien.

—Desde la última vez que hablamos, hice propósito de presentarme á vos tal como soy.

—Así os evitáis el disgusto de oir que os llamo hipócrita.

—¡Bah!... Eso no me ofende cuando vos me lo decís. Si es hipocresía ocultar lo que se siente, porque en ciertas situaciones hay peligro en manifestarlo, si es hipocresía callar lo que no nos conviene que se sepa, vos sois, ó por lo menos habéis sido, el primer hipócrita del mundo. De lo que no podéis acusarme es de haberos engañado.

—No habéis perdido.

—¿Quién sabe?

—Para un solo negocio hemos tenido necesidad de entendernos.

—Y vos cumplisteis muy fielmente lo prometido, y yo lo cumplí también.

—Y terminaron nuestras relaciones.

—Pronto os convenceréis de que os equivocáis. Cada suceso es el eslabón de una cadena, y por consiguiente está enlanzada á otros y á otros mil.

—Explicaos, porque tengo que hacer.

—Nuestra situación ha cambiado, y ahora os diré lo que hace algunos días no me era posible deciros. Perdonadme si principio por una pregunta.

—No me agrada el sistema.

—Pero como tampoco os perjudica.

—Acabad.

—¿Sabéis á manos de quién fueron aquellos papeles?

—No me importa.

—Pero os lo diré, y como nada se pierde por saber...

—No soy curioso.

—Sin embargo, os conviene saber que por una serie de sucesos y de coincidencias raras, fueron á caer en manos del infeliz Jacobo de Tordesillas.

Este nombre produjo en don Martín el efecto que era consiguiente; pero consiguió dominarse y aparentó indiferencia.

El hombrecillo, siempre con calma inalterable prosiguió diciendo:

—El señor Jacobo de Tordesillas es nuestro protegido.

—Debierais decir que ese desdichado os sirve de instrumento para aniquilar á su perseguidor.

—Mucho me complace, mi noble y respetabilísimo señor, que os deis por entendido, y á derechas me contestéis.

—¿Habéis venido para hablarme del señor Jacobo?

—Precisamente.

—Pues perdéis el tiempo y os molestáis en vano.

—¿Nada queréis saber del perseguido por la Inquisición ó más bien por el abate? Respondedme con franqueza, señor de Quiñones, pues ya veis que os hablo sin rodeos y digo las cosas como son.

—Contestaré cuando hayáis concluído.

—Desconfiáis...

—Sí.

—Ahora no soy hipócrita.

—Vuelvo á escuchar.

—Salió de Madrid el señor Jacobo, llegó á Zaragoza, y cuando menos lo esperaba, tuvo la fortuna de encontrarse con nuestra protección.

—¿Y en qué consiste esa protección de que habláis?

—En buenos consejos, que no practicó con exactitud, y en medios eficaces para evitar que lo descubrieran sus perseguidores, proporcionándole además todo lo que necesitaba para vivir. Cometió la locura de volver á Madrid en vez de seguir hacia Francia, y convencido de que nada conseguía, salió otra vez de la corte.

—¿Dónde se encuentra?

—Lo ignoro.

—¡Oh!—exclamó Quiñones sin poder contenerse—. Decidme donde está Jacobo de Tordesillas, decídmelo y...

—Repito que no lo sé.

—Sí, lo sabéis.

—No, caballero.

—¡Vive Dios!...

—Tal vez quieran decírmelo, pero si así no lo hacen...

—En cambio de ese secreto...

—Aunque me ofrecieseis poner á mi disposición toda vuestra influencia.

—Pues bien—interrumpió Quiñones—, mientras no lo sepáis...

—Perdonad; pero me parece que bien podemos seguir esta conversación sin perjuicio de tratar oportunamente de lo que tanto interesa.

—Lo único que quiero saber...

—En cambio os daré otras noticias.

Convencido estaba el caballero de que era inútil insistir, porque conocía demasiado bien á la persona con quien trataba.

—Hoy—añadió el hombrecillo—, ha salido de la corte, con mil escudos en oro, un veneno y su espada, cierto hidalgo cuyo nombre tal vez os sea conocido.

Se contrajo la frente de don Martín.

No necesitaba muchas explicaciones para comprender que se intentaba cometer otro crímen.

—El hidalgo se llama Antolín de Santoyo.

—¡Ah!...

—No tiene conciencia.

—Es un miserable.

—Maneja admirablemente la espada y...

—¿A quién obedece ese hombre?

—Al que le ha entregado los mil escudos.

—El abate—murmuró sordamente don Martín.

—No os equivocáis.

—¡Por el infierno!

—Si os dejáis arrebatar.

—Proseguid.

—Lo único que ya tengo que deciros, es que enviaremos los avisos convenientes, y esperaremos que con la protección divina, se salvará el desgraciado Jacobo; pero como sus enemigos son muy poderosos, y muchas las dificultades con que tenemos que luchar, es imposible prever el resultado.

El caballero inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

No se cuidó de ocultar lo que sentía y lo revelaba claramente su pálido rostro.

Después de algunos minutos desplegó una sonrisa, que en él era señal de violentas borrascas de espíritu, y dijo:

—Os agradezco la noticia... Sepamos ahora lo que queréis en pago.

—Nada—respondió sencillamente el hombrecillo.

—¡Nada!...

—¿Por qué os admiráis?

—Quiero pagar los favores que me hacen.

—Ocasión tendréis, señor don Martín, y entre tanto, haciendo uso de los grandes medios de que disponéis, evitad en cuanto os sea posible que se consume el nuevo crímen.

—¿Y qué puedo hacer mientras ignore donde se encuentra Jacobo de Tordesillas?

—Peor sería que ni siquiera supieseis lo que acabo de deciros.

—¿Con qué fin me habéis dado esas noticias?

—El fin lo desconozco.

—Es decir que obedecéis...

—No hago otra cosa.

—Y por consiguiente...

—Nada puedo prometer.

—Pues bien, á quién os manda...

—Repetiré vuestras palabras una por una.

—Cuanto tengo, cuanto valgo...

—He comprendido.

El hombrecillo se puso en pié.

—¿Ya os vais?

—Estoy á vuestras órdenes.

—Espero que me hagáis otra visita muy pronto.

—Me consideraré honrado, señor don Martín.

—Hoy os desconozco.

—Todo cambia.

—Y este cambio...

—Siento no poder daros más explicaciones.

—¿Y podéis decirme á dónde ha ido el hidalgo?

—En busca del señor Jacobo, á Francia y Alemania y... no descansará hasta que lo encuentre.

—¿Sabe Florentín dónde está su víctima?

—Si lo supiera, se lo hubiese dicho á Santoyo.

—Puesto que debo resignarme...

—Y esperar.

—Que Dios os guarde.

—Y que proteja al desdichado señor Jacobo.

No hablaron más.

Paso entre paso salió el hombrecillo.

Entonces le saludaron muy respetuosamente los criados de don Martín, porque comprendieron que aquel hombre, á pesar de su apariencia miserable, era un personaje de muchísima importancia.

Quiñones empezó á pasearse en la habitación.

Meditaba, buscaba un medio para evitar el crímen que se quería cometer; pero no lo encontraba, á pesar de que su ingenio era muy fecundo.

Tenía ya la seguridad de que Jacobo vivía y de que contaba con protección muy poderosa, lo cual era motivo de alegría; pero en cambio sabía también que su implacable enemigo lo perseguía con más saña que nunca.

Una hora después, y cuando más absorto estaba en sus reflexiones, se levantó el tapiz y apareció el huérfano, cuyo rostro estaba pálido y contraído.

Tenemos que retroceder para saber lo que había sucedido en la vivienda de Isabel después de salir el abate.

CAPITULO VI

QUE ES EL ÚLTIMO DE ESTA PRIMERA PARTE

Pocos minutos después llegaron Leandro y David, encontrando á Isabel en el suelo.

Al verla, exhalaron un grito, acercándose á ella y la examinaron cuidadosamente, hasta quedar convencidos de que no estaba muerta.

—¿Qué ha sucedido aquí—dijo Leandro.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente el huérfano—, esto reconoce una causa...

—Salgamos de dudas mientras la socoremos.

Llamaron á la sirviente, que de nada se había apercibido y que se sorprendió también al ver desmayada á su señora.

—¿Ha venido alguien—le preguntó David.

—Una visita para la señora...

—¿Quién, quién?

—Un abate...

—¡Florentín!—exclamaron á la vez David y Leandro, dejando escapar de sus ojos centellas de ira.

No necesitaban más explicaciones, porque todo lo comprendieron.

Hicieron cuanto les fué posible para hacer recobrar el conocimiento á Isabel, y cuando ésta abrió los ojos y vió á sus amigos, gritó:

—¡Mi hija, la hija de mis entrañas!...

—Madre mía, madre mía...

—Ya habrá muerto...

—¿Qué decís?

La infeliz madre, con palabras que es imposible repetir, refirió lo que había sucedido.

—¡Miserable!—exclamó Leandro.

—Tranquilizaos, mi buena madre—dijo David. Conozco al abate mucho mejor que vos, y no morirá mi hermana, no morirá, porque él sabe que solo por respetar la vida de esa inocente criatura, no acabamos con la suya nosotros. Estará desesperado, ciego, pero es demasiado astuto para hacer lo que no le conviene. Tranquilizaos, que tranquilo estoy yo también. ¿Por qué no castigamos al abate ó hacemos que lo castigue la justicia?

Este razonamiento fué un rayo de consoladora luz para el alma de Isabel.

—No quiero—añadió David—, infundiros locas esperanazs, y para probaros que os digo lo que siento, no os ocultaré que temo por la existencia de vuestro esposo, si bien no se asesina fácilmente á un hombre como él.

—Entonces, ya que nada puedo hacer

por mi hija, y que sois vosotros los que habéis de buscarla...

—¿Qué intentáis?

—Partiré hoy mismo y no descansaré hasta encontrar al hombre á quién tanto amo.

—Perdonad, madre mía: pero ese proyecto es una locura.

—No esperaré más.

—Nadie partirá más que yo—replicó David.

—Tú, pobre niño...

—Tengo el corazón de un hombre, y además ya sabéis que ha de acompañarme Juan, que vale mucho.

—Don Martín se opondrá...

—No se opondrá después de lo que ha sucedido.

—Sí—dijo Leandro—. Debéis partir. Las circunstancias han cambiado y es preciso arreglar á ellas nuestra conducta.

—Entonces...

—Vamos á ver á nuestro amigo Quiñones.

—Yo iré—repuso David—, y vos entre tanto cuidaréis de mi pobre madre.

—Aquí os espero.

CAPITULO VII

DON MARTÍN DA INSTRUCCIONES

Según hemos dicho, David se presentó cuando más absorto estaba en sus meditaciones don Martín.

Pálido y contraído estaba el rostro del huérfano, y su mirada era profundamente sombría.

Y contraída también estaba la frente de Quiñones, es decir, que la borrasca más violenta agitaba el espíritu de ambos.

Empero había una gran diferencia entre aquellos hombres, la diferencia consiguiente á su edad, á su experiencia, á su conocimiento del corazón humano y á su costumbre de dominarse.

Se equivoca el lector si cree que Quiñones había de decir desde luego á David lo que acababa de saber por boca del hombrecillo misterioso.

No había necesitado mucho el poderosísimo caballero para conocer al huérfano infeliz, y estaba seguro de que éste no podría dominarse cuando tuviese noticias de que Florentín había llevado su saña hasta el punto de pagar un asesino para que buscase á Jacobo de Tordesillas.

Don Martín hizo, pues, todo lo contrario de lo que cualquiera hubiese hecho en su lugar y en la misma situación.

Se desarrugó su entrecejo al ver á David, y entreabrió los labios como para desplegar una sonrisa.

—Entrad—dijo con la tranquilidad más perfecta—, sentaos, y...

Se interrumpió, fijó por un momento la mirada en David, y luego añadió:

—¿Qué os sucede?... Estáis pálido y... la palidez puede significar quebranto de la salud; pero vuestra mirada significa otra cosa mucho más grave. ¿Tenemos alguna novedad? Supongo que las contrariedades no acabarán con vuestra fe, y que por consiguiente no os entregaréis á la desesperación, pues el hacer esto equivaldría á declararos vencido.

—Lucharé hasta morir—respondió el huérfano con voz reconcentrada.

—No basta luchar, si no se lucha con fe, ya os lo he dicho muchas veces.

—Y no lo he olvidado.

—Los accidentes durante una lucha, no son la derrota; se cae, se recibe una herida, se pierde terreno; pero cuando hay fe, se levanta el caído, avanza nuevamente y su herida sirve para excitarlo, para acrecentar su valor.

—Si no se tratase más que de mi vida...

—¡Bah!... Entonces no me tomaría la molestia de daros consejos. Todos defendemos nuestra vida hasta donde nos es posible, y si tenemos algún valor, poco nos importa sucumbir, porque con la muerte concluye todo.

—La infeliz á quién doy el nombre de madre, su hija, que es mi hermana...

—Señor David—interrumpió Quiñones—, me parece que principiais por donde debiérais concluir. Sois muy joven, pero tenéis bastante edad para hacer lo que cualquiera hombre juicioso.

—Y me he dominado, y aquí me tenéis, cuando mis impulsos me mandan ir en busca del abate para poner fin á su existencia.

—Sería una gran solución—dijo Quiñones irónicamente.

—¡Oh!...

—Creo que aún no conocéis á Florentín.

—Demasiado.

—En su poder se encuentra la hija de Jacobo, y si con la muerte le amenazáis...

—Consentirá morir antes que devolver la libertad á la inocente criatura.

—No os equivocáis.

—Por eso respeto la vida de Florentín.

—Pues bien, si lo conocéis....

—No puedo mirar tranquilamente los sufrimientos de su víctima, y cuando el miserable comete un nuevo abuso...

—Aún no me habéis dicho lo que sucede.

—Ha ido á ver á la desdichada madre y no menos desdichada esposa, amenazándole con matar á la niña...

—Entiendo.

—La hemos encontrado desmayada y...

—No necesito más explicaciones.

—Seguro estoy de que no cumplirá su amenaza; pero sufre más y más mi pobre madre, y debemos creer que los abusos se repitan y lleguen hasta donde no es posible adivinar.

—Soy de vuestra opinión, señor David.

—Nada sabemos del señor Jacobo.

—Está fuera de España.

—Así lo suponemos.

—Y así es.

—No podemos asegurarlo.

—Vos no, pero yo si.

—¿Cómo lo sabéis?

—Acabo de recibir noticias ciertas.

—¡Ah!—exclamó David, cuyos negros ojos brillaron con el fuego de la más viva alegría.

Por consiguiente, ya podéis estar tranquilo en cuanto á la vida del señor Jacobo.

—Voy corriendo á llevar la noticia á su desgraciada esposa.

—Espera.

—Cada minuto que pasa....

—Es que tengo más noticias; pero no todas son buenas.

—Si el señor Jacobo se encuentra fuera del alcance de la autoridad del Santo Oficio.

—Bien puede suceder que se encuentre cerca del puñal del asesino.

La palidez del rostro de David se hizo densa.

Su mirada se fijó en Quiñones con ansiedad indescriptible.

—Tranquilizaos—dijo el caballero—, y pensad que los peligros que se conocen no son los más temibles.

—Explicaos, don Martín.

—No sé más, sino que hay quién busca á Tordesillas, entendedlo bien...

—Comprendo.

—Cuando lo buscan, es porque no saben donde se encuentra, y por consiguiente, han de perder mucho tiempo, mientras que nosotros podemos aprovecharlo.

—Pero si vos sabéis...

—Que el señor Jacobo está fuera de España.

—¿Dónde?

—Lo ignoro.

David hizo un gesto de desesperación.

—Lo buscaremos—dijo—, y mañana saldré de Madrid.

—¿Solo?

—Si bien os parece, Juan me acompañará.

—Lo apruebo.

—Y vos quedáis aquí para velar por la desdichada mujer á quien doy el nombre de madre.

—Nada temáis por ella.

—Iremos á Francia, á Alemania...

—Y buscaréis al señor Jacobo siempre cerca de los jesuítas.

—¡Cerca de los jesuítas!—exclamó con extrañeza David.

—Porque es protegido por la compañía de Jesús.

—Pues si tanto habéis conseguido averiguar....

—Lo conseguiré todo; pero en tanto es preciso que tengamos paciencia.

—Si me diéseis más explicaciones...

—Nada más puedo deciros.

—Vuestra reserva debo respetarla; pero...

—No soy reservado, pues os digo cuanto sé.

—¿Quién os ha dado esas noticias?

—Una persona á quien no conocéis.

—¿Estáis seguro de que no os han engañado?

—Segurísimo.

—Entonces....

—Haced los preparativos de vuestro viaje y dejad que Juan os guíe.

Sobradamente comprendió David que algo de mucha importancia callaba Quiñones; pero no podía exigirle más.

La conversación no tuvo ya ninguna importancia, y el huérfano salió para llevarle á Isabel la noticia de que su esposo estaba vivo y fuera del alcance de los esbirros de la Inquisición.

Pocos minutos después se presentaba Juan á su señor, y éste le decía:

—Escúchame con mucha atención, porque tengo que decirte cosas de grandísima importancia.

—Ya sé que hay novedades.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Vuestro rostro.

—Es verdad, ya debes coonocerme, debes leer en mi semblante lo que pasa en mi alma.

—Pues escucho.

—Me ha visitado el hombrecillo á quién tú llamas lechuza.

—¡Oh!...

—Me ha dicho que el desdichado Jacobo consiguió salir de España y que está protegido por la compañía de Jesús.

—¡Por el infierno!...

—Hasta cierto punto es una fortuna.

—Sí, es fortuna salir de Herodes para caer en Pilatos.

—Juan...

—De antiguo sabes que no tengo afición ni me inspira mucha confianza...

—Lo sé; pero las cosas hay que tomarlas como son y sacar el mejor partido de las situaciones.

—Soy muy capaz, si conviene, de meterme en un convento.

—No es menester tanto.

—Verdad es que por de pronto está protegido el señor Jacobo de Tordesillas, aunque también es verdad que no necesita protección de nadie, puesto que el Santo Oficio ha reconocido su inocencia.

—En cambio no lo olvida el abate Florentín.

—Lo perseguirá hasta el último rincón del mundo.

—Se ha salvado el señor Jacobo; pero en cambio ayer el abate quedó de acuerdo con un asesino...

—¡Vive el cielo!...

—Sobre este punto no he dado explicaciones á David, porque es demasiado joven, odia demasiado al abate y cometería cualquiera locura en el primer arrebato de la ira, de manera que solamente le he dicho que la vida del señor Jacobo está en peligro, porque un asesino lo busca.

—¿Y sabéis más, mi noble señor?

—Sí.

—Decid, porqué conviene que yo esté al corriente de todo.

—¿Te acuerdas de aquel bribón á quien cierta noche diste algunos cintarazos cerca de Santa María?

—Tantos hemos dado...

—Un hidalgo de esos que viven sin que se sepa cómo, que es astuto, y valiente...

—¡Ah!...

—Santoyo.

—¡El señor Antolín!...

—El mismo.

—Me alegraría mucho tener ocasión de darle una paliza ó de ensartarlo para poner fin á sus hazañas.

—Esta mañana muy temprano ha salido de Madrid, llevando mil escudos en oro, un veneno y su espada.

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó Juan, que ya sabemos hablaba con su señor como pudiera hacerlo con un amigo cualquiera.

—Florentín le dió ayer los mil escudos y el veneno.

—¿Y sabe dónde se encuentra el señor Jacobo?

—No.

—¿Y tampoco os ha dicho el hombre de la cara de lechuza?

—Si tal noticia me hubiese dado, todo habría concluído, porque hoy mismo partirías en busca del señor Jacobo, y muy pronto volverías con él á Madrid.

—De todas maneras me parece que podemos burlarnos del abate con mucha facilidad.

—¿Cómo?

—Ahora mismo montaré á caballo, correré, daré alcance al señor Antolín, le diré que es preciso que se vuelva á la corte, y si no quiere complacerme...

—Mi querido Juan—interrumpió don Martín—, veo con mucha pena que has perdido el entendimiento.

—Señor...

—Santoyo no resistiría, retrocedería y hasta se pondría á mis órdenes:

—Y por consiguiente...

—El abate daría otros mil escudos á otro asesino...

—¡Vive Dios!...

—Y en vez de ganar, perderíamos mucho.

—La razón os sobra.

—Además, no quiero que mates al señor Antolín sino en caso de absoluta necesidad.

arreglarse á las circunstancias. Te sobra entendimiento, conoces esta clase de intrigas y tengo la seguridad de que no ha de burlarse de tí un hombre como Santoyo.

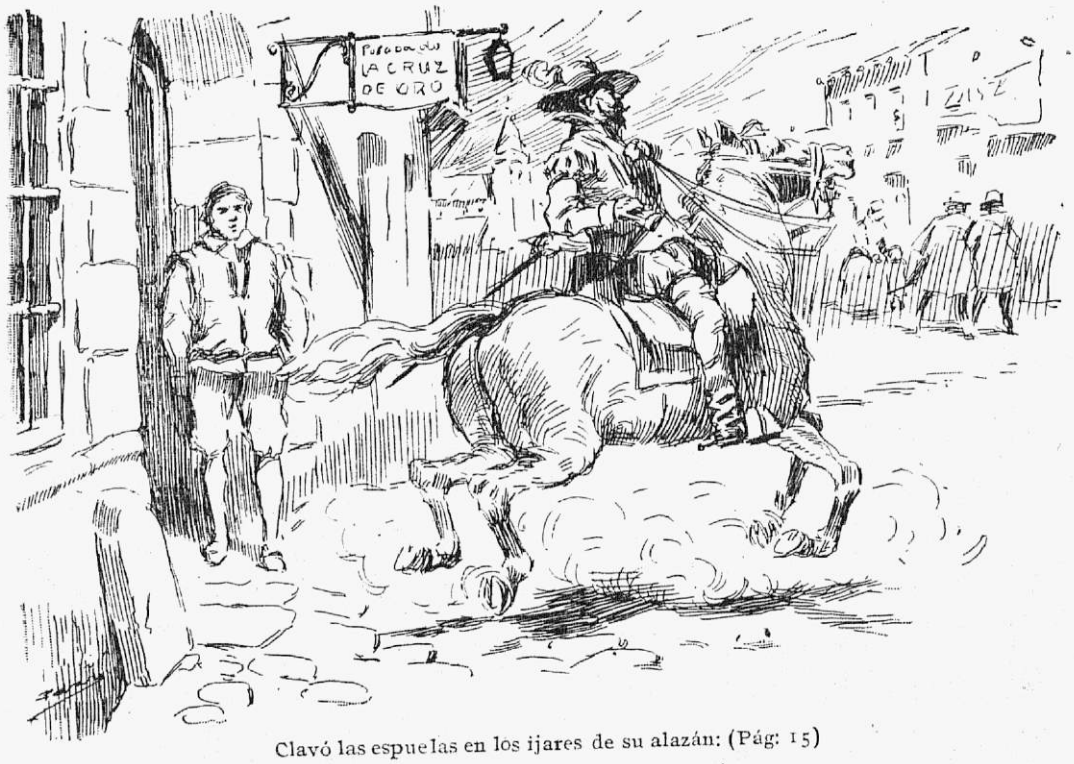
—Me parece...

—Estoy tranquilo.

—Gracias, señor.

—En cuanto al pobre David...

—Lo conozco demasiado bien.



Clavó las espuelas en los ijares de su alazán: (Pág: 15)

—Vuestro sistema de siempre.

—Como que soy el mismo.

—Pues entonces...

—Debes entenderme, mi querido Juan.

—Y creo que he comprendido.

—Supongo que más ó menos tarde encontraréis en Francia á Santoyo.

—Y disimularé, fingiré que no lo conozco.

—Eso es.

—Y observaré.

—Y es probable que él mismo te sirva de guía para descubrir el paradero del señor Jacobo.

—Buena idea.

—Pocas ó ningunas instrucciones puedo darte, puesto que tu conducta ha de

—Tiene un gran corazón; pero le falta experiencia.

—Y calma.

—A su edad la calma es imposible. Yo también cometí muchas torpezas en los primeros años de mi juventud. Le dirás lo que convenga decirle, y callarás lo que callar convenga.

—¿Cuándo partiremos?

—Mañana.

—¿Tenéis algo más que decirme?

—Nada, mi querido Juan.

Como les sobraba dinero, los preparativos del viaje se hicieron muy pronto.

A la mañana siguiente, don Martín le entregó al huérfano cartas para nuestros embajadores en Francia y Alemania, y para otros personajes que podían servir-

le de mucho, y además le dió otro papel diciéndole:

—Esto es para vuestro amigo Simón.

David estrechó y besó la diestra del caballero, y dirigiéndose al gigante, que había acudido á darle un adios y un abrazo, le dijo:

—Toma, y si desde hoy no eres hombre honrado, te escupiré el rostro, y si no eres agradecido...

—¡Voto al infierno!—interrumpió Simón—. No sé lo que esto significa; pero no aguantaré que pongas en duda los sentimientos de mi corazón.

—Reconozco mi falta.

—Ahora dime qué es esto, porque como no sé leer...

—Aprenderás mientras yo ando por esos mundos de Dios.

—Si te empeñas, aprenderé, aunque soy muy bruto; pero entre tanto...

—¿No adivinas lo que contiene ese papel?

—Algo bueno será, pero...

—Tu indulto.

—¡Por las narices de mi abuela!... ¿Con qué á la fuerza he de ser hombre honrado?

—Así lo manda el rey, así lo espera...

—Si nadie más que el rey lo manda—repuso el gigante—, se quedará con la gana su majestad.

—Lo quiero yo.

—Pues bien—dijo Simón—, seré honrado ¡cuernos de Lucifer! y te convencerás de que para todo sirvo, porque tengo corazón.

Tal fué el acontecimiento que tuvo lugar el día inolvidable en que el desdichado David y el astuto y travieso Juan se encaminaron á Francia.

¿Dónde estaba Jacobo?

Ni ellos lo sabían, ni nosotros lo sabemos.

¿Lo encontrarían?

¿Llegarían á tiempo para librarlo de las asechanzas del señor Antolín de Santoyo?

CAPITULO VIII

CORRE LA NOTICIA

Un mes pasó.

El hombre á quien Juan llamaba la lechuza había llegado á París, y entró en la modesta casa que al parecer era vivienda del padre Leotardo.

Era éste un hombre de cuarenta y cinco años y que lo mismo que el padre Fulgencio, no presentaba de particular más que su mirada ardiente, viva y penetrante, que se fijó en el recién llegado, á quien no conocía.

Sonrió dulcemente el hombre misterioso, y antes de pronunciar una palabra, sacó un papel y lo presentó al religioso.

Aquella escena muda tenía mucho interés.

Con atención profunda examinó el padre Leotardo el papel, donde había trazado algunos signos de extraña forma.

Luego miró otra vez al hombre misterioso, y le preguntó:

—¿Para qué es esto?

—*Ad majorem Dei gloria*—respondió el interpelado.

—*Amèn.*

—Dios os de salud, hermano.

—Tomad.

Y otro papel recibió el religioso.

Sin duda no necesitaba más para convencerse de que no lo engañaban, porque su semblante cambió de expresión, ofreció una silla al otro, y le dijo:

—Podéis explicaros.

—Nuestros hermanos suponen que disfruta de salud el señor Jacobo de Tordesillas.

—A Dios gracias.

—Traigo instrucciones y noticias de interés.

—Os escucho.

—Antes me diréis lo que bien os parezca.

—¿Es esa la orden?

—Sí.

—El estado moral del señor Jacobo es el más triste, y hay momentos en que me veo muy apurado para evitar que cometa una locura.

—¿De qué clase?

—La peor, volver á España.

—Es preciso evitarlo á toda costa.

—Por lo demás, nada le falta; pero se le han proporcionado medios para vivir con desahogo, y si tuviera ambición, podría ganar mucho.

—¿Y el asunto de la herencia?

—En buen camino.

—¡Loado sea Dios!

—Temo que esta situación sea sostenible por mucho tiempo, y si se pierde lo que se ha trabajado...

—Haced el último esfuerzo; porque si conseguimos realizar el plan, tendremos á nuestra disposición toda la influencia de don Martín de Quiñones.

—¡Oh!...

—Hemos sufrido una contrariedad; pero aún nos quedan medios.

—¿Nada se sabe todavía de la esposa de Jacobo?

—Se salvó y está protegida por don Martín.

—¡Hermano!

—Ha sido una desgracia, porque si su situación fuera como la de su marido.

—Entonces podríamos terminar muy pronto y felizmente el asunto.

—Además, la Inquisición ha reconocido la inocencia de Jacobo y de su mujer, y todo ha quedado reducido á la molestia que ella se ha tomado de hacer abjuración de levi en autillo.

—De manera que él...

—Puede volver á España sin temor.

Se arrugó el entrecejo del padre Leotardo.

—Veo—dijo—, en todo eso la influencia de don Martín de Quiñones.

—¿Dudabais que pudiese tanto?

—No, no.

—La niña continúa en poder del abate.

—He ahí nuestra salvación.

—Otro servicio podremos prestar á Jacobo.

—¿En qué consiste?

—En salvarle la vida.

—No comprendo...

—Y si además conseguimos sacar á la niña de manos de Florentín...

—Eso sería cuanto podemos desear.

—Hace un mes que salió de Madrid un hidalgo que se llama Antolín de Santoyo.

—Santoyo—murmuró el padre Leotardo como para conservar este nombre en la memoria.

—Se ha comprometido á buscar al señor Jacobo.

—No es posible que lo encuentre.

—Y cuando lo haya conseguido, lo asesinará.

—Ahora entiendo—dijo el jesuíta con la misma tranquilidad que antes.

—Trae en un pomito un veneno.

—Supongo que el abate...

—Le paga.

—Bien.

—Está espiado por otro agente.

El padre Leotardo hizo un gesto de desdén y luego dijo:

—No es bastante.

—No, porque el espía es un hombre á quien se le paga y sirve al que lo recompensa más largamente.

—Decidme algo del caracter y las costumbres del señor Antolín de Santoyo.

—Es uno de esos bribones que han llegado hasta la degradación, y que viven sin que ellos mismos sepan cómo, pues cada noche cuando se acuestan no pueden decir cómo se proporcionarán el almuerzo la mañana siguiente.

—¿Alterna con gente distinguida?

—Eso sí, y es muy celoso de su ilustre nombre. Según los datos que han podido reunirse y las más acertadas conjeturas, en momentos dados y con habilidad no sería imposible, ni siquiera difícil, despertar en su alma algún sentimiento noble.

—Ahora entiendo muy bien, hermano.

—El señor Antolín es valeroso, y muchas veces ha jugado la vida con imperturbable calma.

—Ya estoy tranquilo—dijo el padre Leotardo.

—Maneja la espada con habilidad nada común, y conoce personalmente á Jacobo de Tordesillas, porque éste una noche se apareció y curó casualmente á un amigo de aquél que acababa de ser herido. Suponemos que el señor Jacobo no se acuerda del hidalgo, ni podría reconocerlo.

—Continuad.

—Ha firmado Santoyo un papel, cuyo contenido desconocemos, pero que Florentín guarda como una garantía.

—Alguna declaración que compromete al hidalgo.

—Todo eso es vulgar.

—Según eso, el abate no se coloca á la altura de su reputación.

—Consiste eso en que está ofuscado, trastornado.

—¿Por qué?

—Por su pasión, pues es preciso que sepáis que en su pecho ha encendido

llama inextinguible la belleza de doña Isabel.

—Son interesantes las noticias que traeis.

—Es posible que el abate cometa muchas torpezas.

—Así sucederá.

—Y nosotros las aprovecharemos, y podremos ofrecer la dicha más completa á los que hoy sufren como pocas criaturas han sufrido.

—Entonces don Martín...

—Ya os lo he dicho, pondrá á nuestra disposición toda su influencia.

—Proseguid, hermano.

—Había un tesoro perdido desde el tiempo de las comunidades.

—Sí, de este asunto ya teníamos conocimiento.

—El tesoro se encuentra ya en poder de la esposa de Tordesillas, porque él es el nieto de Gil Pérez.

—Rara coincidencia...

—Algo nos quita; pero nos queda siempre lo que más nos interesa.

—Tenéis razón.

—Hemos dado aviso á don Martín, y suponemos que estará trabajando con más ardor que nunca para encontrar al señor Jacobo. No tengo más noticias que daros.

—Ahora las instrucciones.

—Pocas son; puesto que no podemos prever las circunstancias.

—Lo que más importa es que el señor Jacobo siga ignorando que ha sido absuelto por el Santo Oficio.

—Así como también lo que se refiere á su esposa.

—Y cuando llegue el momento oportuno...

—Nuestros superiores determinarán.

—Y nosotros obedeceremos.

Guardaron silencio por algunos minutos.

Luego preguntó el padre Leotardo:

—¿Cuándo volveréis á Madrid?

—Hoy descansaré, y mañana mismo al rayar el día emprenderé mi viaje.

—¿Queréis ver al señor Jacobo?

—No, porque no me han dicho que lo vea.

—¿Comeréis conmigo?

—Tampoco.

—¿Y nada más os ocurre?

—Nada.

—Si necesitáis dinero...

—Me estorba.

—Pues que Dios os bendiga.

—Y me dé acierto para trabajar por su mejor gloria.

—Es nuestra única aspiración en este mundo.

Así pusieron fin á la conversación.

El hombre de la cara de lechuza se puso en pie, se despidió y salió.

Al verlos tan tranquilos hubiera sido imposible comprender toda la importancia de la conversación que habían tenido.

Según vamos viendo, Juan no había exagerado al decir que el señor Jacobo salía de Herodes para caer en Pilatos.

Sus protectores podían hacerlo feliz con solo pronunciar algunas palabras, y sin embargo, lo dejaban sufrir, sacrificándolo á su conveniencia, á sus miras ambiciosas.

¡Infeliz Jacobo!

El padre Leotardo pasó muy cerca de una hora inmóvil, con los ojos cerrados y absorto en profundas meditaciones.

¿No podía suceder que el señor Antolín encontrase á Tordesillas y lo asesinase antes de que pudieran evitarlo, ni el jesuíta, ni David ni Juan?

Desgraciadamente era posible y aun probable.

PARTE SEGUNDA

EL CASAMIENTO Y LA HERENCIA

CAPITULO PRIMERO

DOS SORPRESAS DESAGRADABLES

A fines del mes de Septiembre de 1598, es decir, como unos ocho meses después de los últimos sucesos que hemos referido, y cuando empezaba á ponerse el sol, después de haber dejado atrás los sombríos muros de la Bastilla, siguió por la calle de San Antonio un hombre extremadamente alto, envuelto en una capa azul, por bajo de la cual asomaban sus larguísimas piernas, delgadas como dos juncos y cubiertas con calzas de un amarillo anaranjado.

Al compás de sus largos pasos cimbrábase la pluma blanca que adornaba su sombrero de color de ceniza, el cual llevaba inclinado á la derecha.

Erguía la cabeza con aire de impertinente altivez, y sus miradas, que dirigía á uno y á otro lado, tenían esa expresión desdeñosa del hombre que está convencido de que vale mucho, y que está resuelto á obligar á todo el mundo á que reconozca su valor.

No tenemos que hacer el retrato de este personaje, porque nuestros lectores habrán adivinado que es el señor Antolín de Santoyo; solamente habremos de decir que en los ocho meses que habían transcurrido, el hidalgo había estado en algunas poblaciones de Alemania y Holanda, concluyendo por instalarse en París.

Nada había conseguido hasta entonces, á pesar de que con las indicaciones y consejos de Florentín, parecía probable que pronto encontrara al esposo de Isabel.

Su ingenio y su actividad eran muy á propósito para alcanzar en poco tiempo el resultado que deseaba.

Empero al señor Antolín le sucedía lo que á todos los que tienen el carácter vivo: se fatigaba demasiado en pocos días, empleaba en poco tiempo todas sus fuerzas, y por consiguiente su entusiasmo era poco duradero.

Tres meses hacía que se encontraba en París y que se había hecho la siguiente reflexión:

—Cuando uno busca y no encuentra, tiene que esperar á que se le presente lo que ha buscado. El tiempo y la paciencia pueden más que los esfuerzos de la criatura.

El hidalgo había querido conocer la capital de Francia, y sobre todo al bello sexo, y poco á poco, aunque sin cambiar voluntariamente de resolución, habíase olvidado de sus compromisos con el abate.

Sus aventuras amorosas en aquellos tres meses podían servir de asunto á muchos capítulos bastante divertidos de la presente historia; pero no haremos mención más que de una.

Por aquel tiempo había en la calle de San Antonio una hostería titulada *La espada de fuego*, y el señor Antolín creyó que una posada que tenía semejante nombre era la más á propósito para un caballero valeroso y emprendedor como él.

En *La espada de fuego* entró el señor Antolín el día en que volvemos á presentarlo á nuestros lectores.

Parecía muy preocupado, y se encaminó á su aposento sin saludar apenas á la señora Gervasia, esposa del hostelero y verdadera señora y rey absoluto de los dominios hosteriles.

En una silla dejó caer su capa el señor Antolín, y en otra su sombrero.

Quitóse la espada, que puso en un rincón, y sentándose, cruzó los brazos, inclinó sobre su pecho la cabeza y quedó inmóvil.

Así permaneció por espacio de quince minutos.

Se pasó las manos por la frente y exclamó:

—¡Por el rabo de Satanás!... ¿Es posible que en tal aprieto me ponga de cavilaciones, dudas y malos ratos una tal mujer como la que así me tiene?... ¡Cien legiones de condenados!... Debo avergonzarme, aunque bien pensado... No sé... ¡Rayos y truenos!... Si es verdad lo que me han dicho, bien merece la pena de preocuparse, pues el hombre que en mi triste situación se encuentra, no debe andarse con escrúpulos ni hacer melindres... Estoy dando los últimos pasos en el camino de mi juventud, y cuando se me venga encima el nublado de la vejez, no serviré para nada y la pícara fortuna me abandonará, pues con mucha razón decía el emperador Carlos V que la fortuna es una mujer veleidosa que vuelve la espalda á los viejos. Tal vez esta es la última ocasión que se me presenta, y si no la aprovecho, mi perdición será irremediable. Mil escudos me entregó el abate, y más me dará según lo convenido, y después otros mil y quinientos; pero ¿es esto algún caudal para vivir con mediano decoro? Es lo bastante para pasar alegremente una temporada; pero ¿qué haré después? Todos mis recursos están agotados. Mis amigos empiezan á mirarme, los unos con desdén, y con desconfianza los otros, y en cuanto á las mujeres... ¡Fuego de Satanás!... Ya no se entusiasman con mi hermosura, porque los que antes eran niños, son ya mancebos que ofrecen toda la frescura y todo el vigor de su juventud, mientras que yo empiezo á descender, á perder y....

Se interrumpió el señor Antolín.

Exhaló un penoso suspiro.

Se puso en pie y empezó á pasearse, murmurando:

—Es tan horrible la amorosa Angélica... ¡Vive Dios!... ¿Y qué me importa?... Tiene poca vida y es lo más probable que en fuerza de conmociones sucumba, y si no quiere morirse, le daré un abrazo que acabe con su vida. Es vieja, es fea, es empalagosa, es insoportable; pero el arca de las fuertes cerraduras y forrada de hierro, el tesoro de sus antepasados, ese tesoro que de generación en generación se ha transmitido y que ahora debe ir á parar á manos de un bribón cualquiera... ¡Cuernos de Lufer!... Angélica es horrible; pero el tesoro es muy bello y con él realizaría yo todas mis aspiraciones. ¿Qué sería de mí si aquella mañana inolvidable en que no me quedaba más recursos que sacar el almuerzo de las costillas de maese Rufino, no se hubiese presentado el zorro del abate? Esto fué una gran fortuna; pero me cuesta demasiado cara, porque he quedado á merced de ese hombre, y si he de vivir tranquilo, tendré que retorcerle el pescuezo lo cual no es fácil hacerlo con un inquisidor.

Empezaba á cambiar la expresión del rostro del señor Antolín.

Pocos minutos después exclamó:

—¡Estoy decidido!

Y se acercó á la puerta y gritó:

—¡Señora Gervasia!

Pocos momentos después se presentó la dueña de la hostería.

—¿Y vuestro marido?—Le preguntó el hidalgo.

—Pronto volverá; pero si yo puedo serviros...

—Es igual, puesto que estáis enterada del asunto.

—Espero vuestras órdenes.

—Señora Gervasia, temblad.

—¿Y por qué?

—Por que vais á echar sobre vuestra conciencia una responsabilidad muy grande.

—No os entiendo.

—Me entenderéis muy pronto.

—Escucho.

—Os pedí noticias de cierta dama ilustre...

—¡Ah!...

—¿Recordáis todo lo que me habéis dicho?

—Tengo buena memoria.

—¿Y tenéis la seguridad de no equivocaros?

—Caballero, me he concretado á repetir lo que otros dicen.

—No es bastante.

—También sé con seguridad completa que esa ilustre dama no vive tranquila porque á todas horas teme que le roben el arca de las tres cerraduras, y por ciertas indicaciones que se le han escapado en presencia de su criada, no puede dudarse de que el arca encierra el tesoro de la ilustre familia Barbon, cuya nobleza aseguran todos que es mucho más antigua que la del caballero Bayardo.

—Pero nadie ha visto ese tesoro.

—¿Y cómo queréis que á nadie le permita examinar el interior del arca? Muy torpe debería ser si dejándose llevar por un sentimiento de vanidad encendiese la codicia de algún desalmado.

—Discurrís con admirable acierto.

—Y esto que os digo no lo saben más que algunas personas.

—Lo he supuesto así.

—La verdad la sabe Dios.

—Os hago todas estas preguntas, porque...

Se interrumpió el hidalgo.

—No soy curiosa—dijo la señora Gervasia.

—Pero como sois discreta y vuestro marido también.

—Eso si...

—Estoy enamorado.

—¡Jesús!...

—¿De qué os admiráis?

—Como en los tiempos que corren es tan raro encontrar un hombre que ame de veras...

—Pues yo soy uno de esos raros ejemplos.

—Si es digna de vuestro amor la dama que ha encendido vuestro pecho....

—La misma de quien nos hemos ocupado.

—¡La señora Angélica!...

—¿Otra vez os sorprendéis?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Como no sospechaba... Perdonad, caballero... Yo suponía...

—Señora Gervasia, es muy peligroso hacer suposiciones.

—Ciertamente.

—La señora Angélica tiene más años que yo.

—Así parece, pero no debe fiarse en apariencias.

—Creo que otra mujer más joven me concedería su mano y su corazón.

—Es indudable.

—Pero el esposo no es feliz solamente con la belleza de la esposa pues cuando pasa algún tiempo y se apagan los primeros ímpetus de la pasión, lo que constituye la felicidad doméstica es la virtud de la mujer y el amor de su marido.

—En esta casa tenéis el ejemplo, pues aunque parezca mal que lo diga...

—Sois una esposa modelo.

—Gracias, señor Antolín.

—Y me parece que la señora Angélica será lo mismo, salvo alguna impertinencia hija de su carácter vehemente; pero esto no tiene importancia y casi es una fortuna en ciertos momentos.

—Os deseo felicidad.

—Guardad el secreto, porque esta clase de asuntos...

—Descuidad.

—Voy á verla.

—Ofrecedle mis respetos, pues aunque no me conoce...

—Apreciará vuestra cortesía.

—¿Nada más tenéis que mandarme?

—Nada, porque ya estoy decidido.

Se fué la señora Gervasia.

—El señor Antolín volvió á tomar su espada, su capa y su sombrero, y salió de la hostería.

Diez minutos después entraba en la vivienda de la mujer objeto, si no de su pasión, de su codicia.

¿Cómo había principiado aquel amor?

Lo diremos; pero antes debemos dar á conocer á la ilustre dama, pues sólo así podrá comprenderse la situación.

—Este suceso, aunque en apariencia no tenía ninguna importancia, debía producir gravísimas consecuencias.

CAPITULO II

LA SEÑORA BARBON

La señora Angélica Barbon tenía cincuenta años, era soltera y había quedado huérfana á su niñez.

Su vida no dejaba de ser misteriosa: si se juzgaba por sus costumbres, debía creerse que era pobre; pero había muchos que aseguraban que la noble familia Barbon, desde tiempo inmemorial, era

inmensamente rica, si bien sus riquezas consistían más que en bienes raices, en el dinero que atesoraban, y cuya costumbre había pasado de padres á hijos, especialmente desde el tiempo de las cruzadas.

La señora Angélica habitaba en una casita de la calle de Santiago, sin más compañía que la de dos viejos sirvientes, uno de los cuales era Luciana, á quien ya hemos dado á conocer.

Siempre que á la señora Barbon se le hablaba de sus riquezas, sonreía maliciosamente y luego exhalaba un suspiro; pero nunca pronunció una palabra que aclarase este punto.

Mostrábase muy envanecida de su nobleza; no perdonaba á nadie la menor falta de respeto, y aseguraba que no daría su mano sino á un caballero muy rico y de la primera nobleza, porque otra cosa sería rebajarse y alimentar la codicia de los que especulan con el amor.

Estas palabras podían significar mucho; pero todas las traducían en sentido de que la dama era dueña de los tesoros acumulados por sus abuelos.

En el dormitorio de la señora Angélica había un arca bastante grande, forrada de hierro y con tres fuertísimas cerraduras.

Este mueble, en concepto de todos, debía estar lleno de oro, y en él fijaban miradas codiciosas los que pretendían penetrar en aquel aposento.

Todo esto lo había sabido el señor Antolín, y por consiguiente vió un gran negocio en el casamiento con la última descendiente de los ilustres Barbon.

Las ideas del hidalgo las conocemos ya, puesto que hemos tenido ocasión de penetrar en lo más recóndito de su alma.

¿Por qué había de renunciar el negocio con que le brindaba la fortuna?

Sus recursos estaban agotados, y cuando gastase el último escudo de los que le daba Florentín, se moriría de hambre.

Ante todo le convenía, pues, dedicarse á la señora Barbon, dejando que el tiempo y las circunstancias le presentasen al señor Jacobo.

No pensaba el hidalgo que á todas horas lo espiaban, y que por consiguiente daría motivo para que Florentín lo acusase de falta de cumplimiento de su compromiso.

Principió el señor Antolín por pasear á todas horas por la calle donde vivía la ilustre Angélica, y pocos días después tuvo la fortuna de verla salir de su casa para ir á misa.

La siguió Santoyo, entró en la iglesia, colocóse junto á la pila y ofreció agua á la señora Barbon.

Bajó ésta los ojos, quedó inmovil y turbada, y al fin como si solamente cumpliera los deberes de la buena educación, alargó su larga y huesosa diestra tocando con las yemas de los dedos los del hidalgo.

Era de ver al señor Antolín, sonriendo y con la mirada fija en la ilustre dama.

Nada más sucedió aquel día.

Aunque era católica muy ferviente la sensible Angélica, no iba al templo más que los domingos y días de fiesta.

Siempre la acompañaba su sirviente, que era vieja y no menos fea que su señora.

Se repitió la escena del agua bendita.

Aquel día la dama se atrevió á levantar los ojos, y aunque por un solo instante, encontró los del señor Antolín, que relumbraban como si por ellos se escapase en llamaradas el fuego de una pasión inextinguible.

Exhaló él un suspiro ruidoso.

Ella se estremeció.

Y por segunda vez, al salir de la iglesia, ofreció el caballero á la dama el agua bendita.

Entonces, como el leve soplo del céfiro que se escapa por entre el verde ramaje para perderse en la inmensidad del espacio, así del pecho de Angélica escapóse un lánguido suspiro.

No pudo contenerse el hidalgo ó fingió que dominarse no podía, y aunque á media voz, y como embargado por emoción de inmensa ternura, exclamó:

—¡Pobre corazón mío!

El tercer domingo llegó.

No esperó el señor Antolín á entrar en la iglesia para hacer demostraciones de su ternura, sino que acercándose á la dama, le dijo:

—Señora, me abraso, me muero, estoy desesperado, loco, y si mi mal no aliviáis

me matará mi desesperación y mi alma se separará de mi cuerpo y os contemplará desde las etéreas regiones.

—Caballero—murmuró temblando Angélica.

—Apartaos—dijo su criada.

—Escuchadme.

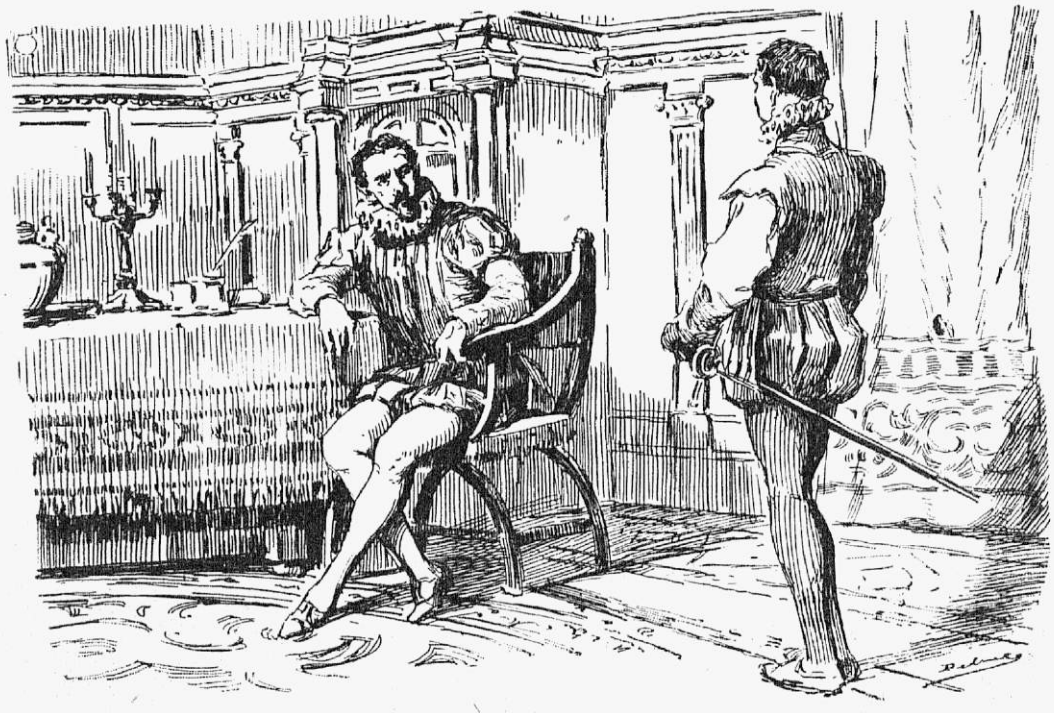
se detuvo, porque se acordó del arca de las tres cerraduras.

A su vivienda volvió la dama.

Inmóvil quedó en la calle el hidalgo.

Cinco minutos después salió la criada con una cesta.

La ocasión no podía ser más propicia.



Creo que aún no conocéis á Florentin. (Pág. 23.)

—Mi reputación... ¡Dios mío!...

—Que me muero.

—¡Ay!...

—Idos—dijo la sirviente—. ¿No veis que puede acometerle un desmayo á mi noble señora? ¿Os parece bien lo que estáis haciendo? Si caballero sois...

—Y de antigua nobleza.

—Pues entonces dejadnos.

—¡Que Dios me asista!—murmuró Angélica con plañidero tono.

No se atrevió á insistir el hidalgo; pero si se adelantó y esperó junto á la pila del agua bendita.

Y cruzaron allí una mirada de fuego.

Y los suspiros volaron.

Y no sabemos si con violencia palpitaron sus corazones.

Al señor Antolín le pareció más fea que nunca la ilustre dama, y su primer impulso fué el de retroceder y huir; pero

El señor Antolín se acercó á la vieja sirviente y le dijo:

—Os hago la justicia de creer que no tenéis el corazón de pedernal.

—Caballero...

—Por mi honor os juro que sino me escucháis, ahora mismo, con mi propia daga y por mis propias manos me atravesaré el corazón.

—¡Dios misericordioso!

—Y muerto me veréis á vuestros piés, y entonces vuestra conciencia...

—Callad.

—Escuchadme.

—¿Qué queréis?

—Adoro á vuestra señora.

—¡Jesús!...

—Y si no me ayudáis para que á mi pasión corresponda...

—Pensad que mis deberes...

—Vuestro deber primero, el más sa-

grado, es procurar la dicha para vuestra señora.

—Pero sin su licencia no puedo escucharos.

—Está muy bien, y soy de vuestra opinión.

—Entonces...

—Para pedirle esa licencia; le escribiré una carta y vos se la entregaréis.

—¡Yo!...

—Y mi gratitud será eterna, y os lo demostraré como corresponde á mi clase y con la liberalidad que acostumbran los caballeros españoles.

—No puedo, no puedo.

—¿Quién os lo estorba?

—Mi conciencia.

—¿Acaso es un crimen lo que os propongo? Suponed que llamo á la puerta de vuestra casa como pueda llamar cualquiera persona, y que os digo: «Tomad esa carta para la ilustre señora Angélica Barbon, y entregádsela inmediatamente, porque se trata de un asunto de interés.» ¿Qué haríais?

—En ese caso...

—Tomaríais la carta, porque tomarla era vuestro deber, y la entregaríais á vuestra noble señora y ni yo me molestaría en suplicaros, ni tendría obligación de agradeceros, y por consiguiente...

—Comprendo.

—Pues si me habéis entendido, no necesitáis más explicaciones.

—¿Cuándo me daréis el billete?

—Más tarde, dentro de una hora, puesto que he de ir á mi posada para escribirlo.

—Y á todo esto no me habéis dicho vuestro nombre.

—Me llamo Antolín de Santoyo, Hinojosa, Portocarrero, Silva y Ladrón de Guevara.

—¡Cuánto nombre!

—Aún tengo más.

—Según parece, no sois de esta tierra.

—Nací en España y en la gran ciudad de Segovia, célebre por su antiquísimo castillo, por su acueducto y por sus recuerdos gloriosos. Poseo muchos bienes que me producen una gran renta, y si veis que aquí vivo como cualquier hidalgo de poco más ó menos, es por que quiero viajar de incógnito para evitar que me molesten haciéndome los honores que corresponden á mi clase, y porque así vivo con más libertad, me meto en todas partes y puedo estudiar mejor las costumbres de todos los países. En Madrid tengo un palacio, y carrozas, y un ejército de escuderos, pajes, palafreneros, lacayos y otros bribones por el estilo, sin contar la gente de guerra que hay en mi castillo señorial, á cuatro leguas de Segovia y sobre una cumbre.

La sirviente abría más y más los ojos y la boca y miraba de piés á cabeza al señor Antolín.

Afortunadamente la ropa que éste llevaba, aunque de muy mal gusto, era toda nueva. Sin embargo, no se veían relumbrar joyeles en su sombrero, su cinturón ni sus zapatos, ni eran de finos encajes sus puños y cuello, ni la seda abundaba como debía en quien poseía tales tesoros.

Verdad es que todas estas circunstancias podían ser efecto de la modestia.

Lo que pensó la criada no lo sabemos, pues se concretó á decir:

—Me llamo Luciana y soy pobre, pero en cambio...

—La honradez está pintada en vuestro semblante.

—Gracias, señor caballero.

—No tengo más que deciros.

—Voy á cumplir las órdenes que me ha dado mi señora, y aquí me tendréis...

—Dentro de una hora.

—Eso es.

—Qué os guarde el cielo.

Se alejó la criada por un lado.

Por el otro se fué el caballero.

Diez minutos después entraba en su habitación, se sentaba, tomaba la pluma y decía:

—Consumemos el sacrificio.

Y escribió lo siguiente:

«Muy noble, muy respetable, muy distinguida y muy sublime señora Angélica Barbon: Aquí me tenéis esperando el fallo, con el alma en un hilo y con la angustia en el alma. Os adoro, mujer sin igual, y si no correspondéis á mi pasión, buscaré el reposo en el sepulcro, que es mi única esperanza, porque este mundo sería para mí un infierno sin vuestro amor.

«Noble es mi cuna, tanto como la vuestra, y de mis riquezas no os hablo, por-

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

que sería haceros una ofensa y suponer que vuestro corazón puede inclinarse hacia el vil metal que alimenta la hoguera de las ambiciones humanas.

«Concededme una entrevista y dejadme vislumbrar una esperanza y me consideraré el más feliz de los hombres.

«Vuestro, con el respeto más profundo,

ANTOLÍN DE SANTOYO.»

La carta, escrita en francés, estaba todo lo mal que es posible.

El hidalgo la leyó varias veces, y satisfecho de su obra, la cerró y selló, guardándola en un bolsillo y volviendo á salir.

No tuvo que esperar más que algunos minutos, porque Luciana se le presentó, diciéndole:

—Aquí me tenéis para recibir vuestras órdenes.

—Tomad este papel con el que va mi corazón.

—Inmediatamente lo entregaré á mi noble señora.

—Y para vos y como recuerdo mío y como primera muestra de mi gratitud, aceptad esta pequeñez.

Y el señor Antolín dió una moneda de oro á Luciana.

—Caballero...

—Tomad os digo.

—Sois muy generoso, y bien se conoce vuestra nobleza.

Nunca había visto tanto dinero la sirviente.

Nada más hablaron.

Al día siguiente, Luciana fué á buscar al señor Antolín, saludándole muy respetuosamente, y diciéndole:

—Sois muy afortunado, porque mi noble señora, que no ha tenido más que desdenes para todos los hombres, ha leído vuestra carta con complacencia.

—¡Ah!...

Suspiró tiernamente.

—¡Cuánta dicha!

—Se ruborizó, se turbó...

—Es natural.

—Y me ha dicho que os recibirá y escuchará como merece tan distinguido caballero.

—¡Mujer sublime!

—Muchos rivales vais á tener.

—¿Qué me importa?

—Os lo advierto, porque...

—Señora Luciana, habéis olvidado que soy español y que ciño una espada.

—Os advierto que mi noble señora es muy sensible.

—Se le conoce.

—Un desengaño la mataría.

—De otro mal ha de morir.

—Que Dios os haga felices.

—Decid á la ilustre Angélica, que muy pronto tendré el honor de visitarla.

Y una hora después el hidalgo se presentaba á la doncella.

La escena que tuvo lugar es indescriptible.

Contempláronse ambos.

Angélica parecía muy turbada y suspiró lánguidamente.

El señor Antolín, sin andarse con miramientos, y como si estuviese trastornado por la pasión más violenta, exclamó:

—¡Vuestro amor ó la muerte!

—Caballero...

—Aquí me tenéis esperando la sentencia.

—¡Ah!...

—No sois una mujer vulgar, y por consiguiente no podéis hacer lo que todas.

Angélica elevó al cielo una mirada, volvió á suspirar.

—¿Por qué ocultáis los sentimientos de vuestro corazón?

—Basta, caballero, porque no puedo resistir.

—Ni yo tampoco, pero ¿qué importa? Morir á vuestro lado, contemplando vuestros hechizos, escuchando vuestra dulcísima voz, es una felicidad incomparable.

—Pues bien—dijo la casta doncella después de vacilar—, mi corazón también...

—¡Ah!...

—Pero dominad los ímpetus de vuestra pasión, para que yo pueda recobrar la calma, pues de otra manera no nos entenderíamos.

El hidalgo fingió que se esforzaba para dominarse.

Disimuladamente miró á todos lados, y muy pronto vió en el inmediato aposento el arca misteriosa de las tres cerraduras.

Con el fuego de la codicia brillaron los ojos del señor Antolín.

Dos horas duró la visita, dos horas que fueron dos minutos para la señora Barbón, y dos siglos para el hidalgo.

Se despidió éste con las frases más tiernas y prometiendo volver al otro día.

Así terminó aquella conquista.

Hablaron bien pronto de casamiento.

El hidalgo dió muchas explicaciones sobre su situación y sus riquezas.

No hay que decir que mentía con el descaro que tenía de costumbre.

¿Había creído la señora Barbon que Santoyo era rico?

No; pero ¿qué le importaba? Rico ó pobre era el hidalgo un marido, y por consiguiente no necesitaba ella más, pues nunca había habido un hombre que la enamorase.

Aquel era, pues, el primer amor de la ilustre dama.

Todos sabemos lo que es el amor primero.

Si ella no sentía como se siente en la juventud, fingía sentir, porque así se lo mandaba su vanidad.

Y el señor Antolín, pensando siempre en el tesoro, mirando siempre el arca de las tres cerraduras y haciendo lo que la lechera de la fábula, fingía muy hábilmente, y estaba decidido á casarse.

¿Y sus compromisos con el abate Florentín?

Sobre este punto discurría el hidalgo, según su conveniencia.

Había hecho cuanto le era posible, y creía que no había derecho para exigirle más.

—Tal vez—decía—el señor Jacobo ha dejado de existir víctima de la miseria y de los sufrimientos, y me parece que no estoy obligado á sacarlo de la sepultura para matarlo otra vez. Los mil escudos que el abate me dió, se acabarán muy pronto; pero antes me casaré con Angélica, seré dueño del tesoro y me reiré del mundo.

Pronto veremos que el señor Antolín podía reirse de todos, menos del astuto inquisidor.

CAPITULO III

EL PAPEL QUE REPRESENTABA LA CRIADA

El mismo día que el señor Antolín visitó á la mujer objeto de su codicia, Luciana, aprovechando la primera ocasión que tuvo, y con pretexto de ir á comprar lo que para la cena le faltaba, salió, corrió, y fué á la vivienda del padre Leotardo.

La criada era algo más que hija de confesión del jesuíta, aunque no era nada pecaminoso, sino muy santo, pues sus relaciones con el religioso consistían en el compromiso de servir á la compañía de Jesús como la servían todos sus afiliados.

Nos ocupamos principalmente de la Inquisición y no de los jesuítas, y por consiguiente no entraremos en cierta clase de explicaciones de esa asociación religiosa, célebre por más de un concepto y que ha estado muy cerca de ser la dueña del mundo.

Afiliados á la compañía de Jesús los había en todas las clases de la sociedad, y se encontraban en todas partes, sin que nadie pudiera reconocerlos.

Todos servían, grandes y chicos, ricos y pobres: todos eran útiles, lo mismo los que estaban dotados de mucha inteligencia, que los más rudos.

Luciana había prestado ya algún servicio de mucha importancia á la compañía de Jesús.

¿Quién hubiera creído que aquella pobre mujer pudiera ser útil á nadie y para nada?

El padre Leotardo la recibió con palabras agradables y le preguntó:

—¿Qué sucede, hermana?

—Hay novedades, padre mío.

—Estáis agitada.

—Porque he corrido.

—Explicaos con la claridad posible.

—No sé si mi noble señora ha perdido la razón.

—¿Por qué decís eso, hermana?

—Hace algunos días que á todas horas pasea nuestra calle y nos sigue cuando vamos á misa un caballero.

—Nada me habéis dicho.

—Creí que ninguna importancia tenía...

—Eso toca apreciarlo á otras personas.

—Es verdad, pero...

—Hermana, vuestros deberes habéis de cumplirlos sin discurrir, sin hacer apreciación alguna.

—Perdonad.

—Proseguid.

—Mi noble señora se ha enamorado.

—Eso no me sorprende; pero sí que haya un hombre que pretenda el amor de vuestra señora.

—Es un caballero español.

—¡Español!...

—Y muy rico, según dice.

—¿Su nombre?

—Antolín de Santoyo.

Se contrajo la frente del jesuíta.

—¡Santoyo!—exclamó sin poder contenerse.

—¿Lo conocéis?

—No.

—Y hoy ha ido á visitar á mi noble señora, y se han jurado amor eterno, y él ha dicho que cuanto antes quiere realizar sus aspiraciones.

Fácil es comprender el efecto que esta noticia produjo en el padre Leotardo.

Ninguna noticia había podido adquirir hasta entonces del señor Antolín, y lo encontraba tan inesperadamente.

El miserable pagado por Florentín para asesinar á Jacobo, aspiraba á casarse con la señora Barbon.

Esta coincidencia parecía providencial.

Guardó silencio el padre Leotardo y reflexionó diciendo para sí:

—Ese hombre es un desalmado. No es posible que se haya enamorado de una mujer vieja y fea, y por consiguiente hay que explicar de otra manera su casamiento. La codicia, no puede haber otro móvil, y esto me parece muy sencillo. Hay quien cree que la señora Barbon es dueña de un tesoro, y esta suposición debe haber despertado la ambición del asesino. Sin embargo, no me parece bastante y... ¿Es posible que el hidalgo tenga noticias del pleito? No es probable; pero...

Interrumpió el jesuíta sus reflexiones.

Otra vez se arrugó su entrecejo.

Temió que el señor Antolín fuese el instrumento elegido por Satanás para desbaratar los planes de la compañía de Jesús.

La situación era grave.

No podía comprender Luciana toda la importancia de lo que acababa de decir.

El padre Leotardo levantó la cabeza, y dijo:

—Continuad, hermana.

—Nada más ha sucedido.

—Dadme las señas de ese hombre.

—Alto y flaco, muy flaco.

—¿Su ropaje?

—Muy vistoso, de muchos colores.

—¿A qué hora calculáis que volverá mañana á visitar á vuestra señora?

—No lo sé; pero él ha prometido visitar á mi señora dos veces al día, porque asegura que no puede vivir sin ver á mi señora. ¿Será verdad, reverendo padre?

—El tiempo lo dirá.

—Yo lo dudo, padre, porque ya veis, mi señora pasa de los cincuenta, y...

—No forméis juicios temerarios.

—Quiero decir que como hay muchas mujeres jóvenes y hermosas, y siendo tan rico el señor Antolín de Santoyo...

—Entiendo; pero repito que los comentarios están demás.

—No los haré.

—Ante todo tenemos que mirar por la salvación del alma de vuestra señora, y como puede suceder que esa pasión la trastorne...

—Pero si se casa...

—He ahí lo que está por ver, pues bien puede suceder que ese caballero sea uno de tantos libertinos...

—¡Horror!...

—Hay mucha maldad.

—Pobre señora mía...

Aún no podemos juzgar, porque también es posible que el señor Antolín sea un hombre de conciencia, y por consiguiente no debemos hacer más que vivir prevenidos.

—Dadme instrucciones, padre.

—Observaréis á todas horas.

—Lo haré.

Escucharéis todas las conversaciones de vuestra señora con su amante.

—No es difícil.

—Y cuando tengáis ocasión, hablaréis con vuestra señora de este asunto explorando su ánimo.

—Descuidad.

—Es preciso que conozcamos los sen-

timientos de uno y de otro, pues sólo así podremos apreciar con exactitud la situación y poner remedio al mal, si es que alguno amenaza.

—No me tranquilizaré hasta que salgamos de dudas.

—Con el señor Antolín os mostráis reservada en todo, lo mismo si os pregunta sobre lo que piensa ó siente vuestra señora, que en cuanto á sus bienes de fortuna...

—Líbreme Dios de ser indiscreta. Bien comprendo que mi señora es rica, muy rica; pero...

—¿Cómo lo sabéis?

—Lo supongo.

—Pero ¿en qué se funda esa suposición?

—Todos dicen que los Barbon poseían un tesoro que pasaba de padres á hijos, y el arca que hay en el dormitorio de mi señora...

—Todo es posible.

Y ella misma habla de ese tesoro muchas veces diciendo con mucha pena: «Si llego á morir sin hijos, ¿á manos de quién irá este tesoro de inestimable valor?» Yo le aconsejo que lo confíe á la compañía de Jesús para mayor gloria de Dios y para bien de su alma.

—Eso es cuestión de conciencia.

—Lo que me tranquiliza es que siendo muy rico el señor Antolín, no se casará con mi señora por el interés.

—Así parece.

—Que Dios nos ayude.

—Idos, hermana, á cumplir vuestros deberes, y no olvidéis mis advertencias.

—¿Cómo he de olvidarlas?

—Que Dios os bendiga.

Luciana besó la diestra del padre Leotardo, y salió para volver á su vivienda.

El jesuíta meditó.

—Será menester—dijo—hacer de manera que se acerquen y se encuentren Jacobo y el hidalgo.

Esto era fácil, pues le bastaba recomendar á la señora Barbon que acudiese á Tordesillas cuando estuviese enferma.

Al día siguiente el padre Leotardo conoció al señor Antolín.

No necesitaba más por entonces.

CAPITULO IV

UN RECUERDO Y OTRAS PERIPECIAS

Un mes pasó.

Casi se había olvidado Santoyo del abate.

Una mañana, al volver el hidalgo de visitar á su sensible futura, y cuando iba á abrir la puerta de su aposento, sintió que le tocaban en un hombro.

Volvióse y se encontró con un hombre de escasa estatura y vestido de negro.

Por un instante quedáron ambos silenciosos.

El señor Antolín miró de piés á cabeza al desconocido, que parecía esperar que le preguntasen.

—¿Sois vos quien me ha tocado?—dijo al fin Santoyo.

—Yo, señor Antolín—respondió el otro en lengua castellana.

—¡Un español!...

—Para serviros.

—¿Y me buscáis?...

—No os busco, porque os tengo aquí.

—¡Vive Dios!... Mi pregunta ha sido torpe, porque efectivamente no es menester buscar á quien se ha encontrado.

—Entrad—repuso el hombre negro—, y si me lo permitís entraré también, pues he de hablaros si queréis escucharme.

Es difícil hacer el retrato del nuevo personaje.

Su estatura era escasa, y su rostro, de un corte particular, con nariz puntiaguda, cuyo extremo inferior se movía frecuentemente como si olfatease y con ojos muy pequeños, perfectamente redondos, relucientes y vivos, asemejábase, ó por lo menos recordaba sin saber por qué la cabeza de un ratón.

Entraron y se sentaron, después de cruzar algunos cumplimientos.

—No tengo el honor de conoceros—dijo el señor Antolín, que por más que lo examinaba, no podía hacerse cargo del rostro de aquel hombre.

—Ya lo sé, y para que me conozcáis, no tengo que deciros más sino que soy vuestra sombra.

—¡Mi sombra!—replicó el hidalgo con extrañeza.

—¿Os sorprendéis?

—No entiendo lo que decís.

—¿Habéis olvidado la conversación que tuvisteis con el abate Claudio Florentín?

La frente de Santoyo se contrajo.

—Ya sabíais—añadió el otro sonriendo—, ya sabíais que no habíais de viajar solo, porque además de aquel papel que firmasteis...

—Caballero—interrumpió el señor Antolín—, no sé hasta qué punto haya llevado el señor abate su indiscreción en cierta clase de asuntos que á nadie deben confiarse.

—Perdonad: pero el señor abate no es indiscreto, ni deja de cumplir sus promesas, sino que por el contrario las cumple con toda exactitud. Os aseguró que tendríais una sombra, y ya veis que no ha faltado á su palabra.

El hidalgo se retorció el bigote, cruzó las piernas, y volviendo á mirar de piés á cabeza al hombrecillo de cara de ratón, díjole con acento de marcado disgusto:

—La comisión que se os ha dado, prueba que se tiene en vos más confianza que en mí.

Prueba solamente que nuestro amigo el abate es precavido.

—Si tanto valéis y cuenta con vos...

—Comprendo: se os ocurre la duda de por qué no ha sido á mí á quien ha confiado la comisión que vos os habéis comprometido á desempeñar.

—Precisamente.

—Señor Antolín de Santoyo, todo en este mundo tiene su por qué.

—Ese por qué, lo ignoro.

—Y como yo no puedo daros más explicaciones, habréis de tener paciencia hasta que os sea posible pedírselas al señor Florentín.

—Bien, bien... ¿Por qué en diez meses no os habéis presentado á mí?

—Porque os he visto trabajar, porque os he visto que hacíais todo lo que era posible hacer para encontrar á la persona á quien buscabais, y por consiguiente hubiera sido una estupidez haceros ninguna advertencia. El señor abate es demasiado razonable para exigir imposibles, y aun que tiene gran prisa de que se termine este asunto, está satisfecho de vuestro proceder, y en su nombre declaro que habéis cumplido vuestro deber hasta hace tres meses.

—¿Venís á pedirme cuentas?—preguntó ásperamente el hidalgo.

—No.

—Entonces...

—Vengo solamente á recordaros que es preciso trabajar.

—¡Por Lucifer!...

—No os enfadéis, señor Antolín: ya sé que sois valiente, y sobre todo que con mucha facilidad se os sube la sangre á la cabeza.

—Sí, con mucha, y es prudente que meditéis bien lo que decís, porque como en último caso no puedo perder más que la vida, que estimo en bien poco...

—Señor Antolín, escuchadme—replicó el hombrecillo con calma.

—Ya os escucho.

—Lo cortés no quita lo valiente.

—Así es.

—Podéis cumplir vuestros compromisos y galantear á las mujeres, como habéis hecho sin cesar desde que salisteis de España.

—Os advierto que yo he puesto á disposición del abate mi cabeza y mi brazo; pero no mi corazón.

—Repito que podéis enamorar al mismo tiempo que buscáis al fugitivo.

—¿Acaso no lo busco?

—Ahora no.

—¡Vive el cielo!...

—Las horas que no pasáis al lado de la señora Barbon, pensáis en ella, y ni cuando estáis en su casa ni cuando de ella os separáis, os ocupáis del otro, que es lo que interesa al señor abate. Es fama que esa mujer...

—Esa dama debéis decir—replicó vivamente el hidalgo.

—Pues bien, esa dama, según se dice, es muy rica aunque vive en la pobreza.

—Y muy noble.

—Tiene cincuenta años.

—¿Y qué os importa su edad, señor impertinente?

Sonrió el hombrecillo, mientras hacía una profunda reverencia, y luego prosiguió diciendo:

—Me importa, ó lo que es igual, importa mucho al abate que esa nobilísima dama, descendiente de no sé qué noble familia, sea para vos un negocio mucho más importante que el de los mil escudos que habéis de recibir cuando desaparezca del mundo cierta persona,

porque sucede que así olvidáis vuestros compromisos, y puede suceder que cometáis la torpeza de ofrecer vuestra mano y vuestro ilustre apellido á esa dama.

—Continuad.

—He concluido—repuso el hombrecillo, poniéndose en pie.

El señor Antolín lo miró con la más profunda sorpresa.

—¡Por Satanás!—exclamó.

—Mi objeto era advertiros que el tiempo pasa, y convenceros de que cometeríais una torpeza si intentaseis engañar á nuestro amigo Florentín. Advertido estáis ya... He concluido, pues, y tengo el honor de saludaros.

—Esperad.

—¿Qué queréis?

—Más explicaciones.

—No puedo daros ninguna.

—¿Olvidáis que se me sube la sangre á la cabeza con facilidad?

—Hace pocos momentos que os lo dije así; pero como no os he ofendido, como me he concretado á cumplir mi comisión, como estabais conforme en que se os espiase, no tenéis derecho á enfadaros, ni tengo nada que temer, á menos que por primera vez en vuestra vida fueseis injusto, y además de injusto, cobarde, y acudieseis á la fuerza contra un hombre que no puede defenderse.

La verdad era que el señor Antolín no tenía motivos para enfadarse, porque ya se le había dicho que sería espiado constantemente, y con esta condición habíase comprometido á buscar á Jacobo; pero las observaciones del espía desagradaron mucho al hidalgo, por lo mismo que se le decía la verdad en cuanto á lo de que por la dama en cuestión descuidaba el objeto de su viaje.

El hombrecillo sin pronunciar una palabra más desapareció como desaparece una sombra.

Quedó pensativo el señor Antolín y tan preocupado, que se olvidó de pedir la cena, según acostumbraba todos los días al anochecer.

Largo rato pasó sin que se moviese, cuando sus desagradables meditaciones fueron interrumpidas por algunos golpecitos dados á la puerta del aposento.

CAPITULO V.

UNA MALA NUEVA

Estremeciose violentamente el señor Antolín y se puso en pié.

Después de la escena que hemos referido, no esperaba nada agradable, sino malas noticias, desgracias.

Con un si es no es de temor que algo tenía de supersticioso, fijó la mirada en la puerta.

Volvieron á llamar.

Entonces el hidalgo preguntó:

—¿Quién es?

—¿Dais vuestro permiso?—dijo una voz cascada.

—¡Cuernos de Lucifer!... ¿Y quién pide licencia para entrar?... Concederé ó negaré según la persona.

Otra vez la voz desagradable, dijo:

—Señor caballero, si me permitís entrar...

—¡Mil rayos!... Adelante.

La puerta se abrió.

Presentóse la criada de Angélica.

—¡Que el infierno me trague!

—¡Jesús!...

—¡Vos aquí!... ¡Cien legiones!...

—¡Ave María Purísima!...—dijo la vieja, santiguándose.

—¡Os habéis asustado?

—Es que...

—¡Por Satanás!...

—Señor caballero, os suplico muy encarecidamente...

—No estoy para súplicas.

—Lo que habéis dicho...

—No he dicho nada—interrumpió el hidalgo ásperamente.

—He venido...

—No es menester que lo digáis, puesto que lo veo.

—Pero no sabéis...

—Se más de lo que quiero.

—Si no me escucháis no sabréis lo que sucede.

—No será nada bueno.

—Mucho malo.

—¿Y os complacéis en darme disgustos?... Pues llegáis en mal momento, porque no estoy de humor de escuchar necedades.

—Perdonad, pero...

—Acabad.

—Eso es lo que deseo.
—¿Es urgente el asunto?
—Urgentísimo.
—¡Señora Luciana!
—¡Ay!—exclamó la vieja con acento de gran pesadumbre y cruzando las manos.
—¿Qué sucede?
—Venid, venid—repuso la anciana.
—¡Que vaya!...
—Sí, ahora mismo... Mi noble señora está enferma.
—¡Enferma!...
—Y de cuidado.
—¡Por el infierno!
—Sois su mejor amigo y he creido

—¿Y tenéis seguridad de no equivocaros. (Pág. 30.)

—Ya os lo he dicho, una gran desgracia.
—Pero...
—Y es preciso acudir al remedio inmediatamente.
—Sabíais que yo había de ir á ver á vuestra señora esta misma noche y sin embargo venís á buscarme.
—Porque es un tesoro cada minuto que se pierde.
—Y sin embargo, vos perdéis, no solamente los minutos, sino las horas, diciendo necedades.
—Es que estoy trastornada.
—Ya se conoce.
—¡Pobre señora mía!
—¿Queréis acabar de explicaros?
—Como no me dejáis hablar...
—¡Por los hígados de Lucifer!... ¿Pues hago otra cosa que escucharos?
deber acudir á vos: además, ella misma me ha suplicado que os llame, porque no quiere morir sin veros, sin hablaros, sin daros el último adiós.
—¿Qué es eso de morir?
—Se resigna á dejar este mundo cuando la vida empezaba á serle risueña; pero con tal que vos recojáis el último suspiro, cerréis sus ojos...
—¡Voto á tal!... Señora Luciana, si no habéis perdido el juicio, exageráis.
La vieja exhaló un suspiro y dos lágrimas rodaron por sus arrugadas mejillas.
—Mi noble señor—dijo con voz entrecortada por los sollozos—, no perdáis un momento, os lo suplico, y acudid mientras yo voy á buscar á un célebre médico español, recomendado á mi noble señora por el padre Leotardo.
—Iré al momento, ahora mismo: pero

explicadme como vuestra señora está muriéndose cuando esta mañana la vi en la más completa salud.

—Poco después que salisteis se quejó que le dolía la cabeza; luego se sintió mareada y tuvo que acostarse. Yo no extrañé nada de esto, porque ya sabéis que mi noble señora es muy sensible; pero al cabo de una hora se aumentó su trastorno, hasta el punto de que temí que se me quedara entre las manos.

—¿Y no la ha visto ningún médico?

—El padre Leotardo estuvo allí, la examinó, torció el gesto y me dijo: «Esto me desagrada: no os descuidéis por lo que pueda suceder.»

El señor Antolín dió algunos paseos por la habitación, mientras decía para sí:

—Me persigue la desgracia: cuando ningún inconveniente se oponía á mi fortuna, la parca terrible viene á cortar el hilo de la existencia de esa mujer.

—¿Me prometéis ir en seguida?—preguntó la vieja.

—Ahora mismo, ahora mismo.

—Dios os lo premie—dijo la vieja, exhalando un suspiro—, Dios os lo premie, caballero.

—Todo lo abandonaré—repuso vivamente el señor Antolín—, todo, hasta la cena.

—Yo os daré de cenar...

—Gracias—dijo el hidalgo con acento de fingida pena—; pero no se si tendré apetito.

—Hasta después, caballero Santoyo.

—Dios os guarde.

Salió la señora Luciana.

—La verdad es—murmuró el señor Antilín—, que tengo un hambre de todos los diablos; pero la despensa de mi dama debe estar bien provista, y entre lágrimas y suspiros podré tomar un bocado y beber una botella de Borgoña. Dice el refrán, que los duelos con pan son menos... Vamos, vamos, porque puede suceder que á esa condenada vieja, enamorada como está de mí, le dé el capricho de nombrarme su heredero.

El hidalgo se embozó y salió de la hostería, advirtiendo al huésped que quizá no volvería en toda la noche.

CAPITULO VI

LA SEÑORA BARBON

El señor Antolín se olvidó muy pronto del espía, porque el negocio del casamiento le interesaba mucho.

Podía equivocarse en cuanto á la cantidad que había calculado encerraba el arca de las tres cerraduras, pero siempre quedaría lo que para él era un gran caudal.

Con mucho dinero y en país extraño, ¿qué debía temer del abate?

El puñal de un asesino va á todas partes y bien podía ir á Francia, pero no era esto bastante para que el hidalgo desistiera de sus propósitos.

De todas maneras resultaba siempre que le convenía esperar las desgracias con mucho dinero.

Estas ideas, según hemos visto, las resumió en pocas palabras, en las del adagio que dice que los duelos con pan son menos.

De todas maneras encontrábase en el grandísimo apuro de no poder adquirir noticias de Jacobo, y mientras no averiguase el paradero de éste, tendría la amenaza de Florentín, que era lo mismo que tener á todas horas sobre el pecho un puñal.

¿Qué adelantaría con no ocuparse de la señora Barbon?

Nada, puesto que ya había hecho cuanto le era posible hacer y tenía que concretarse á esperar.

Su ansiedad se comprende en sólo recordar que había dejado la cena para acudir á la señora de sus pensamientos, á su futura.

El retrato de ésta aún no lo hemos hecho, y debemos decir cuatro palabras sobre este punto, así como en cuanto á su repentina enfermedad.

Alta, flaca, muy flaca, la señora Barbon, parecía un esqueleto forrado de pergamino; pero un pergamino viejo, amarillento, casi apolillado.

Era su boca muy grande, delgados sus labios, y largos y desiguales sus dientes.

En cuanto á sus formas...

Mejor es no hablar de las formas de la señora Barbon.

Mirándola bien se encontraba el sitio

donde pudo tener algo que mereciese el nombre de protuberancia; pero este algo había desaparecido, si es que lo hubo.

Su nariz era larga y sus ojos grandes, pero redondos y muy salientes, tanto, que parecía que iban á escaparse del rostro.

Con figura tan extraña, tan horrible, pensaba casarse el señor Antolín

El día en que estamos se quejó de dolor de cabeza, y pocos minutos después tuvo que acostarse porque apenas podía sostenerse.

Por momentos se agravó su mal.

La tos que continuamente la molestaba, hízose más violenta, y cuando el sol empezaba á ponerse el semblante de la rancia doncella se descompuso, su respiración se hizo trabajosa, y aumentó su malestar hasta el punto de que creyó que iba á morir.

Entonces dijo á su sirviente:

—Buena Luciana, creo que Dios va á disponer muy pronto de mi vida.

—No digáis eso, mi noble señora—replicó Luciana, empezando á gemir—, porque me entristecéis hasta el punto de que moriré antes que vos.

—Si llevaras mi ilustre nombre, si por tus venas corriese la misma sangre que por las mías—replicó la dama—, tendrías valor como yo lo tengo.

—Señora...

—Por lo que pueda suceder, quiero arreglar mis asuntos y satisfacer los deseos de mi corazón.

—Voy á llamar al médico.

—Sí, lo llamarás; pero antes quiero que avises al caballero Santoyo, porque me consideraré dichosa si puedo dirigirle la última palabra que mis labios pronuncien. Ya sabes, buena Luciana, que la gallardía de ese caballero ha inflamado mi sensible corazón, y en pocos días la hoguera de mis pasiones, mal ahogada por tanto tiempo, ha levantado sus llamaradas, devorando mi pecho virgen.

—Ya lo sé.

—Este ha sido mi primer amor, y también debe ser el último.

—Pero Dios no querrá que dejéis de existir sin que por algunos días siquiera hayáis visto realizados vuestros amorosos deseos.

—Mi amor es demasiado sublime, Luciana, es el amor del espíritu, y no anhela esos goces que constituyen la dicha de las mujeres vulgares. No, mi amor no es de este mundo, y mi felicidad será eterna en el otro, donde mi alma se unirá para siempre con la del hombre á quién adoro.

—Pero no me parece que estéis para morir...

—Si—repuso la dama—, presiento el fin de mi vida, me lo dice el corazón, mi corazón nunca me ha engañado. Ve, pues, á *La espada de fuego*, dí al caballero Santoyo que lo aguardo con todo el afán de mi pasión, y que venga á recoger el último aliento que se escape de mi boca, á cerrar mis ojos y á estampar en mi frente el ósculo de su ternura. Así que hayas hecho esto, corre á buscar á ese médico español, pues aunque no tengo esperanza de salvar la vida, debo hacer todo lo posible.

—Se cumplirán vuestras órdenes.

—También darás aviso al virtuoso padre Leotardo, porque á él quiero confesarle mis debilidades, y de él quiero recibir los últimos consuelos y la absolución.

Dispúsose á salir Luciana; pero su señora la detuvo, diciéndole:

—Ten presente que el noble caballero Santoyo es muy sensible, que me ama tanto como lo amo, y que debe dársele la noticia con ciertas precauciones, porque de otro modo es posible que un dolor repentino concluya con su existencia sin darle tiempo á venir.

—Descuidad, mi noble señora.

—Anda y que Dios te guíe.

Tal era, lector querido, la señora Angélica Barbón, y tal el estado en que se encontraba.

Ya la conoces, y por consiguiente podemos reanudar el hilo de los sucesos, diciendo que el señor Antolín no tardó en presentarse y preguntar á Luciana, que ya había vuelto:

—¿Cómo se encuentra vuestra señora?

—Muy mal.

—¿Y el médico?

—Vendrá pronto... Entrad, entrad.

CAPITULO VII

EL AMOR Y LOS PLANES DE LA SEÑORA BARBON

Por entre las cortinas verdes del lecho, veíase la cabeza de la señora Barbon envuelta en una cofia blanca con lazos y adornos verdes como las cortinas.

El señor Antolín la contempló un instante, y exhaló un profundo suspiro, haciendo un gesto doloroso.

Exforzóse ella, extendió los brazos, y con voz débil, exclamó:

—¡Ah!... Ven, Antolín, ven, que el tiempo vuela, mi vida se acaba, y debemos aprovechar estos instantes para jurarnos amor aún más allá de la tumba.

—¡Tú morir!—exclamó el hidalgo, estrechando entre las suyas las tabículas manos de la dama—. ¡Tú, Angélica mía!... ¡Imposible, imposible!...

—Domina tu dolor y escúchame con cuanta calma te sea posible.

—¡Calma me pides ahora!...

—Sí, los que como tú y yo han heredado un nombre ilustre, tienen el deber de mostrarse fuertes y grandes.

—Es verdad—murmuró el señor Antolín, aceptando gustosa la idea, porque así se evitaba el trabajo de aparentar un dolor que estaba muy lejos de sentir.

La señora Barbon guardó silencio por algunos instantes y luego dijo:

—Voy á comunicarte mis planes, que de seguro aprobarás, porque tus deseos son los mismos que los míos, porque me amás como yo te amo.

El hidalgo no comprendía que su dama, en los momentos de la muerte, pudiera pensar en otra cosa que en hacer testamento, y como esto le interesaba mucho, dispúsose á escuchar con atención religiosa, diciendo:

—No perderé una sola de tus palabras, que suenen en mi oído como la más agradable música, como una música celestial.

—Si la mano implacable de la muerte separa nuestros cuerpos en este mundo, la misericordia divina y nuestro inextinguible amor unirá nuestras almas en la eternidad.

—Eso—pensó el señor Antolín—, me tiene sin cuidado.

—Pero este amor, aunque el más sublime de todos los amores, más grande, más intenso que el de Abelardo y Eloísa, debe legitimarse en la tierra para que sea santificado en el cielo.

—Amén—murmuró el hidalgo.

—No quiero ir al sepulcro con la palma de la pureza que he llevado hasta hoy.

—No, Angélica mía, no te se pondrá palma.

—Quiero tener el derecho de que tu nombre ilustre se escriba sobre la losa funeraria de este cuerpo que ahora te pertenece por mi voluntad, así como te pertenece mi espíritu para la otra vida.

El primer impulso del señor Antolín le obligó á hacer un gesto como si le hubiesen dado á beber vinagre; pero inmediatamente pensó que á cambio del ilustre nombre que la dama le pedía, ésta lo nombraría heredero, y sin más trabajo que la de consentir que le echasen una bendición, sería dueño del arca que se suponía llena de oro.

Dominándose, pues, y aparentando lo que estaba muy lejos de sentir, dijo:

—Mi nombre y cuanto quieras te daré, y también cuanto te se antoje, recibiré de tí.

—Mira—repuso la señora Barbon, extendiendo uno de sus descarnados brazos hacia el arca.

—Sí, ya veo.

—Allí hay un tesoro.

—No me hables de eso, Angélica mía no me hables de eso.

—¿Acaso mirarías con desdén ese sagrado depósito que se ha transmitido de generación en generación desde hace siete siglos?

—No, pero...

—Tu solamente, tu debes ser dueño del tesoro que encierra esa caja, en la que se han fijado tantas miradas codiciosas, sin que ninguna penetre en su interior. Ya sé que eres grande, noble y generoso; ya sé que, como todas las almas sublimes, desprecias el oro vil, tan afanado por todos...

—Sí, lo desprecio, no precisamente porque soy rico, sino porque mis sentimientos son elevados. ¿Creerás que cuando me veo obligado á tocar una moneda, siento una repugnancia que me hace sufrir horriblemente?

—Lo creo, porque á mi me sucede lo mismo.

—Los goces materiales son indignos de espíritus levantados como los nuestros.

—Es verdad, Antolín mío; para nosotros no hay más goces que los celestiales, y por eso nuestras almas, antes de mancharse en el lodo mundanal, extenderán sus transparentes alas y volarán á las regiones etéreas, donde todo es puro.

—¡Angélica mía!... Eres un ángel, y por eso no puedes vivir en este mundo.

—Acabemos... Me siento desfallecer, me siento morir...

—Yo te reanimaré con mis caricias, yo te daré alientos con mi aliento, y cuando tu corazón deje de palpitar, el mío lo hará latir nuevamente.

—¡Ah!... no se si es una enfermedad la que me mata, ó mi amor el que me consume... Habla, Antolín, habla... Pero no: antes arreglaremos nuestros asuntos.

—Siempre razonable, siempre juiciosa...

—¿No eres de mi opinión?

—Sí, arreglemos lo de nuestra unión y lo de ese tesoro, que sólo por ser cosa tuya tiene valor para mi.

—Ya he mandado venir al padre Leotardo, con quién he de confesar.

—Y el mismo...

—Bendecirá nuestra unión.

—Y en cuánto á lo demás...

—Ya he otorgado mi testamento, que encontrarás en el arca con el tesoro de mi familia.

—Y las llaves...

—Te las entregaré apenas el sacerdote nos haya unido para siempre.

—Olvidas lo principal, Angélica mía.

—¿Qué?

—El médico...

—También ha de venir.

—Porque tal vez el peligro no sea tan grande como tu crees.

—Sí, lo es—dijo la dama exhalando un profundo suspiro.

—Esto es horrible—murmuró el hidalgo, empezando á pasear por el aposento y dirigiendo miradas ardientes al arca que debía ser suya.

La señora Barbon, guardó silencio.

Pocos minutos después se presentó la criada para anunciar la llegada del jesuíta Leotardo.

Saludó éste al hidalgo y quedó solo con la enferma para escuchar la confesión.

Entre tanto el señor Antolín se fué á hacer compañía á la criada, diciéndole:

Estoy ahogado y temo que el dolor me quite la vida.

—Es preciso dominarse, señor caballero—replicó Luciana.

—¿Queréis creer que no tengo apetito, á pesar de que no he tomado alimento desde el mediodía.

—Cuando se sufre no se tiene ganas de comer.

—Y bien mirado, nunca se necesita comer tanto como cuando hay que sufrir, porque si no, faltan las fuerzas y se sucumbe al dolor.

La sirviente exhaló un suspiro; pero no tuvo la buena ocurrencia de ofrecer de cenar al caballero.

Este, que nunca había tenido tanta hambre como entonces, prosiguió diciendo:

—Y el caso es que dentro de algunos minutos el padre Leotardo me unirá con vuestra señora.

—¿Os casáis?

—Nos casamos, y con el estómago vacío...

—Sí, será un casamiento muy triste.

—Temo no poder resistir, porque la verdad, aunque no tengo apetito, estoy desmayado.

Y el señor Antolín se dejó caer en una silla, como si no pudiera sostenerse.

—¿Queréis tomar algo?—le preguntó por fin Luciana.

—¿Y qué he de tomar?... No, nada quiero.

—Esforzaos...

El hidalgo hizo un gesto que significaba.

Me es indiferente, pero os complaceré.

—Esperad—repuso la criada, y os daré un platito de potaje que sobró al mediodía, veré si queda algún queso, aunque ya debe estar algo seco y añejo.

—¡Potaje!...

—No hay más en casa; pero á bien que vos sois frugal...

—No, no me deis ese guisado, y en cuanto al queso, guardadlo para la ratonera.

—Señor caballero no podéis estar así...

—Dejadme—replicó el hidalgo bruscamente:

—No os ofrezco vino, porque vos no seréis aficionado...

—No, no me gusta; pero es bueno para entonar el estómago...

—Verdad es que tampoco lo tenemos, y si no queréis agua...

—¡Agua!...

—¿Os la traigo?

—No me traigáis nada, ¿lo entendéis? nada.

La vieja se encogió de hombros y calló.

Consolóse el señor Antolín con que al día siguiente, dueño del tesoro, se desquitaría comiendo hasta reventar y vaciando diez ó doce botellas.

Media hora transcurrió, que fué medio siglo para nuestro caballero.

Abrióse nuevamente la puerta del dormitorio y asomó el padre Leotardo, diciendo:

—Entrad cuando gustéis.

Había llegado el instante.

La señora Barbon continuaba en el mismo estado y parecía muy próxima á morir.

Al ver á su amante exhaló un profundo suspiro, arqueó las cejas y dijo con doliente voz:

—Ven, Antolín, dame tu mano, toma la mía y santifique el sacerdote la unión de nuestros corazones, unidos ya por el amor más intenso.

Sí, paloma mía—respondió el hidalgo acercándose al lecho.

Sus manos, á cual más descarnadas y feas, se enlazaron.

Empezó la ceremonia.

Cinco minutos después el jesuíta bendijo á los esposos.

—¡Ah!—exclamó la dama sin soltar la mano del caballero—. Ahora puedo sin rubor dejar que tus labios sellen mi frente pura con un tierno beso.

Era preciso concluir la farsa, y el hidalgo se inclinó y besó la frente áspera y arrugada, diciéndole:

—Ahora, descansa mientras viene el médico que no debe tardar.

—Antes voy á poner en tus manos las llaves del arca; así en presencia del padre Leotardo tomarás posesión del tesoro de mi familia.

—Después...

—No, no.

—Si te empeñas...

—Sí.

La señora de Barbon introdujo una de sus manos bajo la almohada y sacó tres llaves, que correspondían á las tres cerraduras del arca.

Los ojos del señor Antolín brillaron como dos carbunclos.

En los delgados labios del religioso se dibujó una leve sonrisa.

Tomó el señor Antolín las llaves con manos trémulas por la alegría y dió un paso hacia el arca.

En aquel momento asomó la cabeza de la sirviente, que dijo:

—Aquí está el médico.

—Que entre—respondió el jesuíta.

Presentóse un hombre envuelto en un ancho y largo albornoz de paño negro y cubierta la cabeza con un gorro de pieles negras también.

El señor Antolín lo miró, retrocedió un paso, abrió desmesuradamente los ojos y quedó como petrificado.

A pesar del albornoz y la gorra, había reconocido en el médico á Jacobo de Tordesillas.

No podía este presentarse en momentos más críticos.

CAPITULO VIII

EL TESORO DE LA SEÑORA BARBON

Con atención profunda observaba el padre Leotardo al señor Antolín, y vió el efecto que en éste había producido la presencia del infeliz Jacobo.

Una leve, muy leve sonrisa, desplegó el astuto sacerdote, y dijo para sí:

—Ya se han encontrado, están bien cerca el uno del otro... ¿Qué hará el hidalgo?

No podía hacer más que una cosa, puesto que tenía que someterse á Florentín y cumplir sus promesas mal que le pesase.

Desde aquel momento la escena tenía el más vivo interés.

Jacobo saludó con un movimiento de cabeza al hidalgo, dirigió algunas pala-

bras afectuosas al religioso, y se acercó al lecho para examinar á la enferma.

Entre tanto, reponiéndose de su sorpresa el cómplice de Florentín, se hacía las siguientes reflexiones:

—No puedo pedirle nada á la fortuna, si bien me prodiga tantos favores, que me pone en un grave compromiso. Ya soy rico, muy rico, y por consiguiente no me interesa el dinero del abate, ó lo que es lo mismo, no tengo interés en matar á ese hombre. ¿Por qué lo encuentro cuando no lo busco? Y el maldecido espía que debe saber esto, porque es mi sombra, volverá á presentárseme si vacilo, y... Por de pronto me ocuparé de la herencia, y luego pensaré más despacio.

El afán de ser dueño del tesoro no le permitió esperar, y, acercándose al jesuíta, le dijo:

Padre, si no tenéis inconveniente, cumpliremos la voluntad de mi esposa mientras el médico la ve.

—No hay nada más justo—respondió el jesuíta sonriendo dulcemente—; puesto que en mi presencia debéis haceros cargo del tesoro de la familia Barbon, aprovechemos estos instantes en que no podemos ocuparnos de otra cosa.

—¿Tenéis las llaves?

—Ya visteis que me las dió... Vamos.

—Es verdad, no me acordaba...

—Vamos, pues...

Acercáronse al arca.

El señor Antolín se arrodilló.

Sus manos empezaron á temblar.

Sus ojos relumbraron como dos luces fosfóricas.

Una tras otra, abrió las tres cerraduras y se dispuso á levantar la tapa.

Ya creía ver como la luz reflejaba en un gran montón de oro, y su emoción fué tal, que por un instante sintió que le faltaban las fuerzas.

Imposible sería decir cuántas ilusiones se forjó su ardiente fantasía.

El cuento de la lechera no es nada en comparación de los proyectos que en un segundo trazó el señor Antolín.

Hizo un esfuerzo, abrió el arca...

No pudo contener un grito.

Sus ojos se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas y su rostro se desfiguró.

Un sudor copioso y frío inundó su frente.

El jesuíta lo contemplaba con su inalterable tranquilidad y su eterna sonrisa.

El arca no contenía más que unos pergaminos amarillentos que atestiguaban la antiquísima nobleza de la familia de Barbon.

En esto consistía el tesoro.

Sin encontrarse en la horrible situación del hidalgo, no puede concebirse su trastorno.

Todo lo había sacrificado por llegar á ser dueño de aquel tesoro, y en el instante en que creía que sus deseos se habían cumplido, cuando ya tenía la seguridad de ser inmensamente rico y había empezado á saborear los goces que podía proporcionarse, encontróse pobre como siempre había sido y casado con aquella mujer horrible.

—Vuestra esposa no se equivocó—dijo el jesuíta con una calma, que en aquellos momentos era verdaderamente horrible para el hidalgo—, para un caballero que sabe apreciar los gloriosos timbres de una familia, esos seculares pergaminos son un tesoro de inmenso valor. Contempladlos, sí, contempladlos y gozad, en tanto que ruego al Omnipotente para que devuelva la salud á vuestra noble esposa y sea completa vuestra dicha.

En último caso el señor Antolín debía concluir por desesperarse y como no era hombre de mucha paciencia, púsose en pie, clavó en el jesuíta una mirada terrible, y exclamó:

—¡Por las tripas de Satanás!

Pero en aquel instante púsose ante sus ojos la grave y negra figura de Tordesillas, que dijo con acento reposado:

—Caballero, he examinado detenidamente el estado de vuestra esposa.

—Me alegro mucho.

—Según los síntomas...

—¿Se morirá corriendo?... Ya lo sé.

—La enfermedad, para los ojos profanos, parece grave; pero...

—¿Qué decís?

—Que antes de tres días vuestra esposa estará completamente buena.

Este segundo golpe fué quizás más terrible que el primero.

El señor Antolín quedó anonadado.

—¡Buena!—murmuró con voz sorda.

—Ya veis—dijo el jesuíta, dirigiéndose á Jacobo—, la impresión que le ha producido la feliz nueva. Creía este caballero que dentro de pocas horas tendría que llorar la más triste viudez, y la alegría inesperada lo ha trastornado más que el dolor.

El esposo de Isabel parecía completamente indiferente á cuanto sucedía y aparentaba no haber dado importancia alguna al trastorno del hidalgo.

Este permaneció largo rato silencioso, y pensando al fin que con la desesperación nada conseguiría, decidióse á fingir para poder buscar remedio á su horrible situación.

Poco había faltado para que olvidando su conveniencia tirase de la espada y empezase á cintarazos con el jesuíta y con su esposa, dando de paso alguna cuchillada al médico, que sobre haberlo puesto con su presencia en grave compromiso, le permitía curar á la enamorada vieja.

Empero una vez que dominó, aunque muy trabajosamente, el primer arrebato, mostróse como casi siempre ingenioso y astuto; y decidió sacar partido de su desgracia misma.

—Señores—dijo—, estoy completamente aturdido porque nunca esperé que el cielo me conservara á mi esposa.

—Ese aturdimiento es natural.

—Permitidme que descanse, que sosiegue, y...

—Sentaos y tranquilizaos—dijo el jesuíta.

Sentóse el hidalgo, pasóse las manos por la frente y meditó.

Entre tanto Jacobo dió las disposiciones convenientes con respecto á la enferma.

Miraba la señora Barbon á los unos y á los otros sin comprender lo que sucedía; pero acabó por creer que todo ello era efecto natural de la sorpresa, puesto que nadie esperaba lo que había sucedido.

Un cuarto de hora pasó.

Dispúsose Jacobo á salir; pero el hidalgo lo detuvo, diciéndole:

—No podéis comprender hasta qué punto me habéis hecho feliz.

—No quiero lo que no he merecido—replicó el esposo de Isabel—. Aun cuando yo no hubiese venido, vuestra esposa habría recobrado la salud, y por consiguiente su curación no se debe á mi ciencia y mi buen deseo.

—Sea como quiera, considero un deber probaros mi gratitud.

—Estoy complatamente satisfecho...

—¿No aceptáis mi amistad?

—Me consideraré honrado, caballero.

—Permitidme estrechar vuestra mano...

—Tomadla.

—Y si queréis hacerme un señalado favor aceptad...

—Nada aceptaré.

—¿Ni siquiera—preguntó el hidalgo—, os dignaréis acompañarme á comer un día?

La penetrante mirada de Jacobo examinó el rostro del hidalgo y luego respondió:

—Acepto.

—Pues si bien os parece, mañana mismo...

—Mañana será.

—Me encontraréis en la hostería de *La espada de fuego*, calle de San Antonio, y si al mediodía no os permiten vuestras ocupaciones comer conmigo, podéis ir al anochecer, y cenaremos.

—Me parece—dijo el jesuíta, tomando parte en la conversación y dirigiéndose á Jacobo—, que para vuestras ocupaciones...

—Sí, por la noche...

—Antolín—dijo la enferma tomando parte en la conversación—, ¿por qué hablas de la hostería de *La espada de fuego?*

Estremecióse el hidalgo al oir la voz de su mujer; pero decidido á continuar la farsa para conseguir sus fines, acercóse al lecho y respondió:

—Hablo de la hostería, porque quiero dar una muestra de amistad al hombre que te ha salvado la vida.

—Mi amado esposo, desde hoy tu casa es la mía y míos son también tus intereses.

—Es verdad.

—¿Acaso piensas separarte de mí?

—No.

—Entonces, no se comprende...

—Perdona—interrumpió el hidalgo—; es mi aturdimiento tal, que no he com-

prendido que tú debías participar de mi contento. Esta es mi casa y aquí será donde cenemos cuando tú puedas acompañarnos sin perjuicio de que yo haga traer de la hostería lo que sea necesario para obsequiar dignamente al que considero mi mejor amigo.

El giro que tomaba la conversación no podía ser más extraño, y era digno de observarse el aspecto de aquellas cuatro personas.

El rostro del jesuíta no había sufrido la más leve alteración: siempre dilatado como para sonreir revelaba la tranquilidad más completa.

Jacobo de Tordesillas parecía tener el pensamiento muy lejos de allí. Hubiérase dicho que en aquellos momentos hablaba maquinalmente.

Con la cabeza inclinada como cuando se presentó, contraída la frente y sombría la mirada, permanecía indiferente y frío, sin que al parecer le hubiese llamado siquiera la atención la circunstancia de ser español el hidalgo.

En cuanto á la señora Barbon, estaba más aturdida que nadie, porque le preocupaba demasiado la idea de su completa dicha, y por consiguiente se concretaba á exhalar suspiros, desahogando así su enamorado pecho.

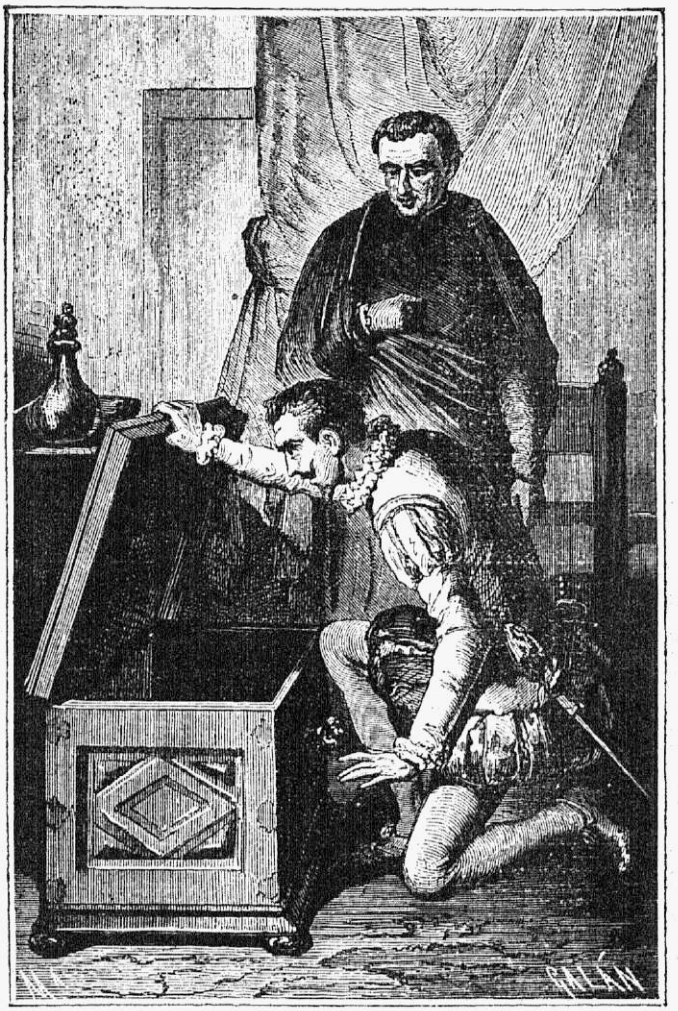
El señor Antolín dudaba, vacilaba á cada nuevo incidente, porque si bien había adoptado una resolución, aún no tenía seguridad sobre el modo de llevarla á cabo.

Por fecundo que fuese su ingenio y viva su imaginación, después del trastorno que había experimentado, no había tenido más que algunos minutos para meditar y esto era demasiado poco en su crítica situación.

Necesitaba combinar un plan con todos sus detalles, y acabó por convencerse de que ante todo le convenía ganar tiempo.

Nada más fácil puesto que ya podría encontrar á Jacobo siempre que le conviniera. Hechas en un instante estas reflexiones, cambió de actitud y de tono, acercóse á la cama, tomó las manos de su esposa, y exclamó:

—¡Angélica mía!... ¿Has podido creer que imagino siquiera separarme ni por un momento de tí?... A tu lado pasaré esta noche, y mañana saldré no más que para arreglar mis cuentas en *La espada de fuego*, recojer mi equipaje, y dar las órdenes convenientes para que se prepare una comida digna de tí y de estos señores que nos honrarán con su compañía, celebrando así nuestra felicidad cuando estés completamente buena.



Sus ojos se abrieron como si fueran á saltar de sus órbitas. (Pág. 47.)

—¡Antolín, Antolín!...

—Dispensadme, señores—repuso el hidelgo—; ya comprenderéis que en estos momentos no puedo pensar más que en mi esposa.

—Es muy justo.

—Os suplico que no dejéis de venir mañana, y que me tengáis por el mejor de vuestros amigos.

La conversación había terminado.

Jacobo y el jesuíta se despidieron, prometiendo volver á la mañana siguiente.

—La alegría me ha dado apetito—dijo el hidalgo.

Y llamó á Luciana, ordenándole que fuese á la hostería más próxima en busca de algunos manjares suculentos para cenar.

—¿Qué he de traeros?—preguntó la sirviente.

—Un par de botellas de vino añejo, unas perdices, algún capón, liebre ó conejo, y lo demás que bien te parezca.

—¿Pero todo eso?...

—Es para mí, señora Luciana, porque debéis tener entendido que soy un caballero principal, y me trato como quien soy. Desde este momento ha huído la miseria de esta casa. Antes de un mes nos habremos instalado en un palacio como corresponde á mi clase y á mis riquezas; tendremos lacayos, pajes y escuderos, y vos seréis la doncella de confianza, la doncella íntima de vuestra noble señora. ¿Cómo habíais creído que se trataban los grandes de España? Si me habéis visto vivir en la hostería de *La espada de fuego*, ha sido porque aún no había determinado sobre mi situación.

Luciana se inclinó profundamente, mientras sus ojillos brillaban de alegría.

El hidalgo sacó una moneda de oro, la entregó á la criada, y le dijo:

—Tomad y no os detengáis... Ya sabéis, buena cena y buen vino, porque estoy loco de contento. Pagad lo que os pidan, y guardad el resto para vos.

—¡Mi noble señor, magnífico señor!...

—Corred, que estoy desfallecido.

La sirviente salió mientras decía:

—Ahora si que me convenzo de que la felicidad ha entrado en esta casa. No me agradaba mucho este caballero español tan tieso, tan vanidoso, tan fanfarrón: pero confieso que me había equivocado No puede ser más amable ni más generoso. ¿Cuánto más valen sus escudos que los pergaminos de mi señora? Capones, perdices, vino añejo... Ahora comprendo que se horrorizara cuando le hablé del potaje. ¡Ya lo creo! Es una ofensa ofrecer potaje manido á un caballero de paladar tan delicado, y que no acostumbra á comer más que pechugas y buenas magras.

Luciana tenía que andar poco para cumplir las órdenes de su nuevo señor, pues en la casa inmediata había una hostería de las que por entonces tenían más fama en París, y en la cual entraremos antes que la sirviente, porque hemos de encontrar allí personajes que nos interesan mucho.

CAPITULO IX

LA HOSTERÍA DE LAS SIETE MUSAS

Lo que parece de menos importancia, suele tener mucha y por esta razón nos ocupamos detenidamente de la hostería de *Las siete musas*, que era la que se encontraba junto á la humilde vivienda de la aristocrática y sensible señora Barbon.

La casa tenía dos pisos: en el bajo, maese Curcanon, dueño del establecimiento, había puesto su despacho situado de un modo que pudiera tan fácilmente atender á la cocina como á las demás habitaciones destinadas para los que iban á comer.

En el piso superior tenía varios aposentos para los que se hospedaban, resultando una separación muy conveniente entre éstos y los demás parroquianos, pues así todos podían estar con la libertad más completa sin incomodarse los unos á los otros.

La hostería de *Las siete musas* era una de las más concurridas de París, particularmente de jóvenes alegres y ricos, y maese Curcanon tenía fama de ser el más complaciente de los hosteleros, y sobre todo el hombre más discreto del mundo.

Con frecuencia veíanse en su casa parejas amorosas; pero nunca le ocurrió al hostelero intentar siquiera averiguar quién era una dama, sino por el contrario les volvía la espalda, probando así

que no deseaba otra cosa que servir á sus buenos parroquianos.

También eran muy frecuentes las reuniones de mancebos calaveras, que muchas noches pasaban comiendo y bebiendo, riendo y cantando hasta el amanecer: pero separados y distantes como estaban de los que hablaban en el piso superior, no dieron nunca motivo de queja.

Más de una vez la alegría del vino y las disputas del juego, dieron ocasión á que relumbrasen las espadas; pero maese Curcanon era habilísimo, si no para poner en paz á los contendientes, al menos para hacerles comprender que debían terminar su querella en la calle.

—Sin saber por qué, todos guardaban al hostelero las mayores consideraciones, y fué muy raro que dentro de su casa se hiciese algún rasguño en los momentos del alboroto.

Para llegar el despacho había que atravesar un pasillo, á derecha é izquierda del que se veían las puertas de algunos comedores, y luego una habitación bastante grande, donde había varias mesas.

En esta última habitación había una puertecilla que comunicaba con una de de las dos escaleras que conducían al piso superior.

La noche en que estamos se habían reunido para cenar alegremente seis jóvenes de la nobleza, ricos, viciosos y que no tenían que ocuparse más que en divertirse, muchas veces á costa de los demás, aunque de esto resultasen graves querellas y sangrientos choques, pues para ellos no había nada más divertido que sacar la espada.

Más de una hora llevaban sentados á la mesa comiendo y bebiendo sin cesar, y las cabezas empezaban á calentarse más de lo conveniente.

Todos hablaban á la vez ó más bien gritaban, reían y cantaban, vaciando botellas, cuyo contenido caía unas veces sobre la mesa y era otras apurado con creciente avidez.

En los momentos de mayor alegría, cuando había llegado á su colmo lo que ellos llamaban contento y entusiasmo, y que no era sino el principio de la locura, tuvo la desdicha de entrar la vieja sirviente con un cesto de que iba prevenida para llevar la cena á su nuevo señor.

La miraron los jóvenes, y si por no ser joven y bonita no encontraron motivos para ciertas bromas, por ser vieja y fea tuvieron sobrada razón para divertirse.

—¡Una mujer!—exclamó uno de ellos.

Respondióle un grito que nada significaba, pero que hizo exhalar otro de miedo á la pobre sirviente; pero repuesta cuando se convenció de que los jóvenes no hacían más que alborotar, siguió adelante y desapareció por la puerta que daba entrada al despacho del hostelero.

Los calaveras no se olvidaron de la infeliz, sino que por el contrario, la hicieron objeto de su alegre conversación.

—¡Una mujer y la hemos dejado pasar!—gritó uno.

—No es mujer—replicaron otros.

—¿Estáis borrachos?

—¡Vive el cielo!... Si no has perdido la cabeza, por lo menos has perdido los ojos.

—¿Por qué?

—Porque aseguras que es mujer ese fantasma horrible.

—Es una bruja.

—Es Satanás con faldas.

—¿Y cómo se atreve á presentarse aquí para turbar nuestra alegría con su horrible presencia?

—Preciso es castigarla.

—Ante todo averigüemos quien es.

—Lo que ha venido á hacer aquí.

—Cuidado, que se enfadará maese Curcanon.

—¿Y por qué ha de enfadarse?

—Por la sencilla razón que incomodamos á las personas que vienen á su casa.

—Esa vieja no es persona.

—Silencio, señores.

—¿Por qué hemos de callar?

—Porque charlamos mucho y no hacemos nada.

—Bebemos mientras la vieja sale.

—Yo brindo por ella.

—Yo también.

—Y yo por su señora, que debe tenerla joven y bella.

—Bien, muy bien, mi querido Enrique; tú has puesto el dedo en la llaga.

—Es verdad: detengamos á esa mujer y averigüemos á qué dama sirve.

—Eso produciría un conflicto.

—¡Un conflicto!...

—Sí, porque la dama es una y nosotros

somos seis, y como todos la querremos...

—Que decida la suerte.

—Los dados, los dados.

Apenas dicho esto, se agitaron los dados en el cubilete.

Todos guardaron silencio, porque todos creían que la suerte iba á decidir quién había de ser el poseedor de una dama joven y hermosa, y para creerlo así no necesitaron más que hacerse la ilusión por un momento.

Los dados rodaron sobre la mesa una y otra vez oyéronse, ya exclamaciones de alegría, ya imprecaciones de coraje, según la suerte era favorable ó contraria á cada cual de los jugadores.

El que ganó, loco de alegría, levantóse, tomó una botella y empezó á cantar ó más bien á gritar desaforadamente.

La infeliz Luciana, porque infeliz era en aquellos momentos, salió con la cesta llena de viandas é inmediatamente la rodearon los jóvenes.

—¡Dejadme!—exclamó con acento que revelaba su profundo espanto.

—Sí, te dejaremos—le dijo el agraciado por la suerte—; pero no será sin que antes sepamos quién eres, de dónde vienes y dónde sirves.

La vieja miró aturdida á su alrededor sin acertar á moverse ni á pronunciar una palabra.

—¿Estás sorda?—le preguntaron.

—Responde, condenada bruja.

—¿Cómo te llamas?

—Mis nobles señores, por compasión...

—Tu nombre, tu nombre.

—Luciana, para servir á vuestras señorías.

—¿De dónde vienes?

—De mi casa, de la casa de mi noble señora.

—¿Tu señora es noble?

—Y mucho.

—Dinos su nombre y sabremos si es verdad.

—La señora Angélica Barbon...

—No la conocemos.

—Doncella hasta hace dos horas que se casó con un muy noble caballero.

Esta noticia produjo un efecto inexplicable en los jóvenes.

—¡Casada hace dos horas!—exclamaron—. ¡Recién casada!

Y gritaron y palmotearon haciendo un ruído infernal.

En la acalorada imaginación de todos ellos, pintóse la desconocida dama como un prodigio de belleza, y todos la codiciaron y hubieran dado la mitad de su vida por poseerla.

Menester es hacerse bien cargo de lo que era la juventud aristocrática y rica de aquellos tiempos, pues de otro modo no se comprende que de una locura pasaron á otra mayor, sin que les ocurriera pensar en inconvenientes ni peligros, ni mucho menos respetar nada.

A pesar de que uno solo era el agraciado por la suerte, todos estaban dispuestos á llevar adelante la calaverada, aunque hubiese de costarles la vida.

Ya que no otra cosa, conseguirían divertirse, y esto era bastante para hombres como ellos.

Sin detenerse y como si se hubieran puesto de acuerdo, cogieron á Luciana, la obligaron á sentar, quitáronle la cesta y principiaron nuevamente á interrogarla, tomando la palabra con más frecuencia el agraciado.

—¿Dónde vive tu señora?

—En la casa inmediata.

—Entonces debe conocerla maese Curcanon.

—Supongo que sí, mis nobles señores, y por consiguiente á él debéis dirigiros para que os dé las noticias que deseáis.

—Nadie podrá dárnoslas más exactas que tú, y en tal concepto te mandamos responder sin vacilaciones, categóricamente, sopena de ahogarte sin compasión.

—Os suplico, señores...

—No valen súplicas.

Pensó Luciana que si las súplicas no valían, tal vez surtieran efecto las amenazas, y cambiando de tono dijo:

—Mirad lo que hacéis.

—¿Qué queréis decir?

—Que mi señor me espera.

—¿Y qué nos importa?

—Os importa mucho, porque tiene poca paciencia, y si tardo en volver vendrá á buscarme.

—Si eso ha de suceder, no te dejaremos salir en toda la noche.

—No diríais lo mismo si conociéseis á mi señor.

—Sepamos quién es y tal vez temblemos.

—Respetadme y dejadme, si no por mí, por el noble y valiente esposo de mi señora, que es el caballero español Antolín de Santoyo.

—¡Vive Dios!... ¿Y ha de ser para un extranjero la singular belleza de tu señora?

—¡Muera el español!...

—Vamos á buscarlo...

—Sí, vamos á ver hasta donde llega el valor de esos presuntuosos castellanos.

—Pues es muy fácil—respondió una voz desde la puerta.

Volviéronse todos sorprendidos y se encontraron con dos hombres que los miraban tranquilamente.

—¡Aquí lo tenemos ya!—exclamó uno de los calaveras.

—Son dos...

—¿Qué importa?

—¿Y cual de ellos es el afortunado esposo?

La vieja se aprovechó de la ocasión para ponerse en pie y recuperar su cesta; pero al intentar huir se vió detenida nuevamente por uno de los jóvenes, que le dijo:

—Quieta, aún no ha terminado la función.

Maese Curcanon, para quien no habían pasado desapercibidos los detalles de esa escena, presentóse porque ya no se trataba de una mujer, sino de hombres que se disponían á matarse.

Lo mismo con los unos que con los otros le interesaba al hostelero quedar bien, pues los que se habían presentado tan inesperadamente ocupaban una de las mejores habitaciones del piso superior, comían muy bien y pagaban sin regatear.

Empero no parecían los calaveras muy dispuestos á respetar aquella noche á maese, y sin dejarlo hablar, le dijeron:

—Señor Curcanon, dejadnos, que lo que sucede nada tiene de particular, y para que quedéis convencido, os lo explicaremos en cuatro palabras.

Ya sé que todo ello es una broma; pero...

—No es una broma, puesto que se trata de mi derecho—replicó el favorecido por la suerte—. Hemos jugado y yo he ganado, y por consiguiente la dama objeto de la disputa me pertenece y para mí será, mal que pese á su marido que debe ser uno de esos señores.

—Os equivocáis—dijo el hostelero—. Estos dos señores, á quienes respeto tanto como á vosotros, se alojan en mi casa desde hace un mes, y no creo que ninguno de los dos se haya casado.

—No tomarían parte en este asunto si no les interesase la dama en cuestión.

—Son españoles, y como de los españoles habéis hablado...

—¡Ah!...

—¿Comprenderéis ahora?

—Sí, comprendemos, pero lo dicho, dicho se queda.

Los dos aparecidos, que habían permanecido inmóviles en el umbral, se adelantaron entonces hacia los otros, y el más joven de ellos dijo:

—Señores, este asunto puede arreglarse fácilmente y sin ruído. Al llegar hemos oído vuestras últimas palabras; pero nada más, puesto que ni conocemos á esa dama de quien habláis, ni siquiera sabemos que os ocupara mujer alguna. Habéis puesto en duda el valor de los españoles, ó por lo menos habéis manifestado ganas de saber hasta dónde podía llegar un español con tizona toledana... Somos demasiado complacientes para dejar de satisfacer vuestro deseo, y por consiguiente todo ha concluído desde que nosotros nos mostramos dispuestos á daros la prueba de lo que vale un hidalgo español.

Estas palabras las pronunció el joven con firmeza; pero su acento era tranquilo.

Su mirada se fijó uno por uno en los seis nobles mancebos, y esperó la respuesta con una calma que nadie hubiera supuesto en sus pocos años.

Su amigo, su compañero, ó como mejor nos parezca llamarle, entreabrió los labios para sonreir con un sí es no es de picante burla, y también fué mirando uno por uno á los seis jóvenes, pero como si los midiese y los encontrase á todos débiles y pequeños.

Maese Curcanon hizo una profunda reverencia y salió del aposento.

Ya no se trataba de acuchillarse allí, sino de un duelo que probablemente se efectuaría después de salir el sol, y en semejante caso el hostelero no tenía ya interés en avenir á los contendientes.

—Tenéis razón—dijo uno de los calaveras—; esto puede arreglarse con facilidad, ó más bien debe considerarse arreglado. Buenos caballeros somos todos, y de ello tendréis la prueba: por consiguiente, permitidnos concluir con esta bruja, y después tendremos el honor de ser vuestros.

—Acabad, señores, que no tenemos prisa.

No hubo uno que no se mostrase tranquilo, al menos en la apariencia.

El favorecido por la suerte, el que se creía con un derecho incontestable á la dama desconocida, dirigióse á Luciana y le dijo:

—Vais á quedar libre.

—¡Ah!—exclamó la vieja como si recobrase la vida.

—Volveréis á vuestra casa y anunciaréis mi visita á vuestro amo.

—¡Vuestra visita!...

—Sí, decidle que dentro de algunos minutos tendré el honor de ir á saludarlo y á explicarle cómo se ha tomado un trabajo completamente inútil, casándose con esa dama que me pertenece.

Luciana miró al joven como quien oye hablar en un idioma que le es desconocido.

—¿No me entendéis?—añadió el atrevido calavera—. Vuestro señor me entenderá y me hará la justicia de reconocer que no soy un hombre vulgar, puesto que al aspirar á la posesión de una mujer casada, en vez de dirigirme disimuladamente á ella y ocultarme del marido, es á éste á quien me presento, y con franqueza, con lealtad le intimo á dejar su puesto, en vez de sobornar á los criados para que lleven mensajes á la mujer. No, no haré el papel del ladrón, que dá el golpe á la sombra; seré el noble rival que se presenta á la luz del día, supliendo con su valor lo que falte á su derecho, sacando la espada cuando se le pidan razones.

—¡Dios mío!... ¿Qué va á suceder?

—Pronto lo veréis, y sobre todo no os importa lo que suceda... Salid con vuestra cesta, y haced votos porque la cena no se indigeste á vuestro amo.

Luciana, en el último grado del terror y el aturdimiento, echó á correr.

CAPITULO X

QUIENES ERAN LOS DOS APARECIDOS Y LO QUE TRATARON

Aunque lo habrá adivinado el lector, debemos decir que los españoles que tan inesperadamente se habían presentado, no eran otros que David y Juan.

En el tiempo que los hemos tenido abandonados, ó lo que es igual, en diez meses, habían recorrido una buena parte de Alemania, de los Países Bajos y de Francia tan infructuosamente como el señor Antolín.

No decimos que empezaban á aburrirse sino que se habían aburrido ya, que estaban desesperados y que no sabían qué hacer, pues habían agotado todos los medios imaginables.

Creían que Jacobo habría cambiado de nombre, aunque esta preocupación no tenía objeto, porque nada debía temer encontrándose en lugar adonde no alcanzaba el poder de sus perseguidores.

Lo que sufría David es imposible explicarlo, y sólo puede comprenderse teniendo en cuenta que se interesaba por la dicha de Isabel más que por la suya propia, puesto que la amaba como se ama á una madre.

Juan, que ya sabemos tenía un corazón grande y noble y se interesaba fácilmente por los que sufrían, tenía momentos que hubiera cometido todo género de locuras, porque le faltaba la paciencia.

Para un carácter como el suyo, el mayor de los tormentos era esperar sin hacer nada.

La actividad que había desplegado durante aquellos diez meses no era bastante para satisfacerlo, porque si bien se había movido incesantemente y había hecho trabajar su imaginación, no había tenido que sostener ninguna lucha, ni había encontrado cierta clase de inconvenientes que vencer.

En semejante situación fué para el leal sirviente una dicha el encuentro de los jóvenes calaveras, porque si bien este incidente no parecía que pudiera favore-

BIBLIOTECA Granada

cer sus deseos ni ponerlos en camino de encontrar á Jacobo, le daba por lo menos ocasión de hacer algo, de sacar la espada y de desahogar así su despecho.

En cuanto á David, aunque acostumbrado á esperar impaciente en aquella ocasión, encontrábase poco más ó menos en la misma disposición de ánimo que Juan, y aunque sin darse cuenta de ello experimentó cierta alegría al verse provocado por aquellos hombres.

Tanto bueno como malo podía resultar de aquel inesperado incidente.

Quizá las consecuencias serían ponerse en relaciones nuestros dos amigos con el señor Antolín, concluyendo así por encontrar á Jacobo de Tordesillas; pero también podía ser que todo no resultase más que un duelo, y aunque ambos eran valientes y sabían manejar la espada, no tenían al fin ningún genio misterioso que los protegiese de los golpes de sus adversarios que eran también valerosos y no menos hábiles en el manejo de las armas.

¿Terminaría el pobre David su existencia en aquel duelo tan sin razón provocado?

Esto sería demasiado triste después de haber consagrado su corazón, su inteligencia y su vida á la noble causa de sus amigos.

La pérdida de Juan, si llegaba á morir, era lamentable; pero no tanto en ningún sentido como la del huérfano.

Este, cuyo continente grave y mirada sombría, estaban tan poco en armonía con su juventud, fué el primero que habló para decir:

—Señores, estamos á vuestra disposición.

—Ante todo—dijo uno de los calaveras con toda la finura consiguiente á su elevada clase y disposición—tenemos que haceros una súplica.

—Sea lo que fuere—repuso David—, lo tenéis concedido.

—¿Nos haréis el honor de sentaros y aceptar una copa?

—No seremos nosotros los que dejemos pasar esta ocasión de vernos honrados.

Sentáronse á la mesa y se desarrugaron todas las frentes.

Preparáronse á beber y brillaron alegremente todos los ojos.

Nadie hubiera creído que aquellos hombres estaban dispuestos á matarse, y que por nada del mundo desistirían de su propósito.

Empero los unos y los otros tenían empeño en probar que eran cumplidos caballeros.

—Por vuestra salud—dijo David, levantando su vaso.

Y bebió.

—Amigos míos—dijo uno de los calaveras—, brindemos nosotros por el honor castellano.

—¡Por España!—exclamaron todos.

—¡Por Francia!—dijo entonces Juan.

Y luego añadió:

—Y por el éxito de vuestra amorosa empresa.

Vaciáronse los vasos y volvieron á llenarse.

Cruzáronse galantes palabras, y por algunos minutos reinó la más completa alegría.

Ocupáronse al fin de su disputa, y trataron de resolver las dificultades que ofrecía el ser dos por una parte y seis por otra.

Todos ellos mostraban gran empeño en batirse; pero como esto no podía ser, tuvieron que dejarlo á la suerte y cogieron los dados para jugar la vida como antes jugaron la misteriosa dama.

Bien pronto quedó decidida la cuestión.

La fortuna es caprichosa y tenaz cuando se empeña en favorecer á uno; así que, entonces lo mismo que antes, fué agraciado el mismo que había ganado á la dama desconocida.

Empero esto suscitó una nueva duda.

¿Era primero el marido de la dama ó los dos españoles?

—Daré mi opinión—dijo David.

—Os escuchamos, caballero.

—Ese marido á quien no conocéis, tiene indudablemente derecho á la primacía.

—Ciertamente, puesto que él ha sido la causa de la cuestión.

—Es español también, y querrá batirse aunque aborrezca á su mujer.

—Así lo creemos.

—¿No pensáis verlo esta misma noche?

—Sí.

—Pues terminad con él vuestra querella.

—Si lo mato quedaré libre para cruzar mi espada con uno de vosotros.

—Y si os mata, os sustituirá uno de vuestros compañeros.

—Yo he de ser entonces, puesto que tuve la fortuna de sacar nueve puntos.

—Convenidos.

—No falta más que fijar el día y la hora.

—Vosotros lo diréis.

—Vosotros, señores.

—Nosotros no tenemos nada que hacer, y por consiguiente nos es igual.

—Y yo estaré completamente libre dentro de un par de horas, porque ya habré decidido mi cuestión con mi rival.

Como se ve todas las dificultades las resolvían fácilmente, que en aquella época los caballeros no encontraban inconveniente para batirse.

La conversación tomó nuevo giro desde aquel momento, y no fué ya más que un juego de palabras sin valor, un cambio de frases corteses.

Otra hubiera sido la conducta de los jóvenes aristócratas si hubieran sospechado siquiera que los dos españoles no tenían de hidalgos más que el proceder, y que eran plebeyos por su cuna, y pobres además.

Pero como iban bien vestidos y probaban tener la costumbre de tratar con gente de elevada alcurnia, á nadie le ocurrió pensar que el nacimiento los colocaba en una situación desventajosa.

David y Juan tenían sobrada inteligencia para no representar admirablemente su papel de nobles caballeros.

—Antes de separarse, brindaron por última vez.

—Señores—dijo el que se creía con derecho á la dama—, ya sabéis que me esperan y tengo que privarme de vuestra grata compañía.

—La aventura—replicó Juan—es demasiado divertida y no debéis dejarla por nada del mundo. Supongo que vuestros amigos se esperarán aquí, y como no tengo sueño y el asunto empieza á interesarme, aguardaré también á menos que no os convenga comunicarnos el resultado.

—Sí, sí, esperadme y todo lo sabréis. Además se trata de un compatriota vuestro, y esta circunstancia le da doble valor al asunto.

El calavera dijo algunas palabras más, y salió tranquilamente.

Al verlo no se hubiera creído que iba á cometer un abuso incalificable, y más que abuso, una locura concebible apenas.

¿Qué efecto produciría en el señor Antolín la pretensión del mancebo?

No es posible adivinarlo, porque el cómplice de Florentín solía tener muy extrañas ocurrencias.

CAPITULO XI

EL ATREVIDO JOVEN DUDA SI ESTÁ SOÑANDO

El atrevido mancebo llegó á la vivienda de la señora de Barbón, y sin detenerse á reflexionar dió tres ó cuatro golpes á la puerta.

Esta se abrió á los pocos instantes, apareciendo Luciana, que dijo:

—Entrad: mi señor os espera.

—Lo cual prueba—replicó el galán—, que habéis cumplido fielmente mi encargo.

—Sí, he dicho á mi señor lo que ha sucedido, y que habíais de venir para tratar con el sobre vuestra extraña pretensión de llevaros su esposa.

—¿Y qué ha contestado?

—Me ha dado orden de conduciros inmediatamente á su presencia, y nada más.

—Empiezo á creer que vuestro señor es un caballero de alma bien templada.

—Lo veréis muy pronto.

—Ya os sigo.

El señor Antolín no había concluído aún de cenar, porque se había propuesto dar fin á cuanto le habían llevado de la hostería.

Al ver al joven, púsose en pié nuestro hidalgo, y dijo mientras sonreía dulcemente:

—Sentaos, caballero y si queréis hacerme un grandísimo honor, tomad parte en mi cena.

—Gracias.

—Me han anunciado vuestra visita, y aunque no tengo la satisfacción de conoceros...

—Ante todo os diré que me llamo Enrique de Marbut.

—Ilustre nombre.

—El vuestro ya lo conozco... ¿Sabéis cuál es el objeto de mi visita?

—No me atrevo á deciros que sí, porque no me fio de las explicaciones de mi torpe sirviente... ¿Pero no os sentáis?

El caballero de Marbut, á pesar de su atrevimiento y de su desenfado, se sorprendió y la sorpresa empezó á producirle algún aturdimiento.

Esperaba ser recibido de otro modo, poco menos que á cuchilladas, ó no ser recibido.

Lo primero que pensó fué si la amabilidad del hidalgo sería efecto del miedo; pero un hombre cobarde no se muestra tan tranquilo como estaba el señor Antolín en aquella situación.

¿Qué significaba, pues, lo que sucedía?

Estas dudas y vacilaciones dieron, como eran consiguiente, una gran ventaja al hidalgo, el cual como si tratara con un amigo, ofreció, nuevamente de cenar al joven y luego dijo:

—Ya que no queréis hacer la honra de aceptar me permitiréis que continúe, pues esta noche tengo un apetito devorador.

—Sí, continuad, porque yo no he querido interrumpir vuestra cena, y sentiría que por mí la dejaseis.

—Tengo el honor de escucharos—repuso el señor Antolín.

Y bebió un vaso de vino y empezó á destrozar una perdiz.

Entonces hizo Marbut lo que no había hecho antes, es decir, reflexionó, encontrándose algo apurado para explicarse; pero como ya no le era posible retroceder, buscó el medio más fácil para salir del apuro y decidió ser breve, porque así en bien ó en mal terminaría aquella situación que desde el primer momento era violanta y dijo:

—Caballero, os habéis casado esta noche.

—Es verdad—respondió sencillamente el hidalgo.

—Aunque me han dicho el nombre de vuestra esposa no la conozco personalmente: pero he supuesto que es bella.

—Siento mucho no poderos sacar de la duda.

—¿Queréis decirme por qué?

—Es muy sencillo.

—Sin duda soy torpe y no se me alcanza que vos no podáis decir si vuestra esposa es bella, á menos que os hayáis casado sin saber por qué, así como yo estoy enamorado de ella sin haberla visto.

—Hay en España un refrán que dice, que sobre gustos no hay nada escrito.

—También en Francia conocemos ese axioma.

—Siendo, pues, infinito el número de gustos, puede suceder que á vos os parezca horrible lo que á mí me parece muy bello. Una misma mujer mirada indiferentemente por los unos, arrebata á los otros, y hay también mujeres feas, que enloquecen á un hombre ó á muchos de ellos, mientras que otras, cuya hermosura raya en lo ideal, no encuentran un corazón que por ellas palpite.

—Me doy por vencido.

—Continuad si gustáis—repuso el hidalgo, volviendo á beber y emprendiendo con la segunda perdiz.

—He supuesto que la belleza de vuestra esposa me interesaría, y la he codiciado para mi.

—Eso precisamente—replicó sonriendo el señor Antolín—me ha sucedido con un sin número de mujeres de todas edades y de todas condiciones.

—¿Y qué habéis hecho? Tened la bondad de decírmelo, por si me parece bien imitaros.

—Lo que hace un hombre como nosotros, lo que vos habréis hecho siempre en semejante caso.

—Nos entendemos perfectamente.

—Me gusta una mujer, y sea quién fuere, le digo que la amo.

—Y si hay de por medio un padre...

—No es para mi la tiranía de un viejo.

—Si hay un hermano...

—Me ocupo solamente de la hermana.

—¿Y cuándo encontráis un marido?

—Tengo lástima de él y considero una felicidad que me dé ocasión de quitarlo del mundo.

—Mi sistema.

—Lo que quiero para mi, no lo dejo á nadie, y aunque vale muy poco el bocado que me veis llevar en este momento á la boca, si alguien intentara quitármelo...

—¿Qué haríais?

—Lo mataría, si mi contrario no tenía la fortuna de matarme.

—Pues yo no quiero llevarme vuestra cena; pero sí vuestra mujer.

—¿Y sabéis si ella querrá seguiros?

—Eso corre de mi cuenta.

—¿Tenéis esperanza de que corresponda á vuestro amor?

—Eso también es cuenta mía.

El señor Antolín separó el plato, tomó otro donde había un gran pastel, bebió un vaso de vino, y con la misma calma, con la misma sencillez que hasta entonces había hablado, repuso:

—Caballero, yo tengo ideas muy raras en cuanto al amor.

—Si queréis explicaros.

—Me explicaré con toda claridad; pero antes he de haceros una advertencia.

—Decid.

—Para convenceros de que mi conducta es hija de los principios que profeso, declaro desde este instante que sea cual fuere el resultado de nuestra conversación, sea cual fuere vuestra última resolución, nos batiremos.

—No esperaba de vos otra cosa.

—¿Creéis ahora que tengo miedo?

—Nunca lo imaginé.

—Vuelvo, pues, á la cuestión.

—Y yo vuelvo á tener el placer de escucharos.

—Amáis á mi esposa, ó más bien queréis ser dueño de ella.

—Para el caso es lo mismo.

—Yo no quiero lo que no me dan voluntariamente, ni mucho menos lo que se desea dar á otro.

—Eso es dignidad...

—Orgullo de español.

—No he dicho tanto...

—Yo lo confieso.

—Proseguid.

—Si mi mujer quiere corresponderos, no me opondré á su voluntad.

—Muy seguro estáis de que os ama—replicó irónicamente el mancebo.

—Creo que sí; pero de cualquier modo...

—¿Me permitiréis consultarla?

—Sí.

Marbut fijó una mirada de profunda sorpresa en su interlocutor y le ocurrió la duda de si éste había perdido el juicio ó él estaba soñando.

A cualquiera le hubiese sucedido lo mismo.

La tranquilidad del señor Antolín era para sorprender y turbar al hombre de más sangre fría.

Su semblante probaba que no había perdido la razón.

—¿Estoy, pues, soñando?—se preguntó el atrevido mancebo.

Ya era tarde para reflexionar.

El amor propio se había interesado demasiado vivamente, y no sólo retroceder, sino vacilar hubiera sido una vergonzosa cobardía.

—Caballero—dijo—, vuestra resolución...

—¿Os parece extraña?

—Mucho.

—Os lo anuncié y no debe sorprenderos.

—Sin embargo no esperaba...

—Aún no he concluido.

—Hacedlo si gustáis.

—No me opondré como ya os he dicho, á que manifestéis vuestros deseos á mi noble esposa; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que habéis de emplear todos los medios de seducción para hacer que os corresponda.

La sorpresa de Marbut llegó á su colmo.

—De otra manera ni aun la veréis—añadió el señor Antolín.

—Esa condición...

—Debéis aceptarla, porque es conceder poco á quien por su ilimitada condescendencia merece tanto como yo.

—Es verdad, vuestra condescendencia no tiene límites, y os confieso que me ha dejado aturdido; pero ¿qué os importa que yo haga más ó menos flojamente lo que á mí más que á nadie interesa?

—Porque no me gusta nada que á medias se hace, y si esto es un capricho, debéis tolerármelo, como yo tolero el vuestro de enamorar á una mujer á quien no conocéis y de pedírsela á su marido con la circunstancia agravante de elegir los momentos en que el pobre marido está cenando.

—¡Vive el cielo! que sois un hombre singular.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el hidalgo—Ahora voy á beber á vuestra salud, porque os oigo jurar como juran los

hombres. ¡Cien legiones de condenados! Me he contenido, porque no me calificaseis de grosero; pero ya que habéis empezado, yo seguiré con el mayor gusto. ¡Mil rayos!... ¡Oh!... Se me seca el paladar... Siento que no probéis este vino, porque es bastante bueno.

—Desde que empiezo á conoceros, he empezado á comprender...

—¿Qué habéis cometido una locura?

—No sé.

—Pues ya es tarde para arrepentirse: habéis venido en busca de mi mujer, y es preciso que la declaréis vuestro amor.

—Suponed que cambio de resolución...

—Es tarde, ya os lo he dicho—repuso el señor Antolín, mientras llenaba su vaso—. Es tarde, por que en nada cambiaría nuestra situación.

—Si cambiaría.

—No, y os lo probaré.

—Veamos cómo.

—Si os lleváis á mi mujer, nos batiremos. Y si no queréis llevárosla, nos batiremos también.

—¿Y por qué?

—Porque habéis venido á incomodarme con una exigencia ofensiva, y más que todo, porque no me habéis dejado cenar con sosiego. Al principiar nuestra conversación, os dije: «Nos batiremos,» y cuando yo digo que voy á sacar la espada, la saco, y vos la sacaréis también, porque no querréis exponeros á que os haga salir de aquí...

—Caballero...

—¡Por los hígados de Lucifer!...

—¿Vais á enfadaros ahora?

—No.

—Continuemos con calma lo mismo que antes.

—Decidme si aceptáis la condición que os impongo.

—La acepto—respondió el caballero de Marbut sin sospechar que bien pronto había de arrepentirse.

—¿Dais vuestra palabra de honor de cumplir esa promesa?

—Por mi honor, caballero, os prometo cumplirla; es decir, que haré todo, absolutamente todo cuanto es imaginable para seducir á vuestra esposa, para obligarla á que corresponda á mi amor.

—No hay más que hablar: vuestro nombre es para mí una garantía, porque un Marbut prefiere hacer toda clase de sacrificios, antes que dar derecho á que lo acusen de haber faltado á su palabra.

—Me hacéis justicia—dijo el mancebo, levantando orgullosamente la cabeza.

—Permitidme beber el último vaso y anunciaré á mi esposa vuestra visita. La veréis en el lecho, porque está ligeramente indispuesta; pero esto no es inconveniente.

—¡En el lecho!—murmuró Marbut.

Y sus ojos brillaron como dos luciérnagas.

El señor Antolín lo miró de reojo, sonrió burlonamente, y llevó el vaso á la boca, mientras decía para sí:

—En cuanto la veas, te mueres de repente... Ya verás, si accede á tu amor, qué placer experimentas cuando te tienda los brazos y te pida como á mí que selles sus labios con tiernos ósculos.

Una vez decidido, el joven se sintió impaciente por concluir.

Lo que menos sospechaba era que se tratase de una mujer vieja y horriblemente fea.

El atrevimiento de Marbut iba á quedar sobradamente castigado, y nunca como entonces hubiera podido decirse que en el pecado estaba la penitencia.

Lo peor de todo era la promesa que había hecho tan irreflexivamente, promesa que cumpliría, porque en aquella época un caballero como Marbut hubiera preferido morir cien veces antes que dejar de cumplir lo prometido por su honor y su nombre.

El señor Antolín apuró el vino que quedaba en la botella.

—He cenado regularmente, ¡voto á Lucifer!—exclamó.

Y se puso de pie, diciendo:

—Tened la bondad de aguardar un momento.

—No tengo prisa.

Cuando el joven quedó solo, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

La conducta del hidalgo era muy sospechosa y debía inquietarle.

—Lléveme el diablo—dijo—si entiendo lo que sucede. Hay momentos en

que me parece que este hombre se burla de mí como pudiera burlarse de un niño... ¡Oh!... Si se burla, pagará bien caro su atrevimiento y se convencerá de que no impunemente se juega con un Marbut.

CAPITULO XII

LA SEÑORA BARBON SE SORPRENDE, SE ATURDE, SUSPIRA, SE REVUELVE Y NO SABE LO QUE LE PASA

El señor Antolín se acercó á su esposa, que lo esperaba afanosamente.

—Angélica mía—dijo con acento grave y reposado—escúchame con cuanta atención te sea posible.

—Te escucharé, no con oídos, sino con el alma.

—Eso es, con el alma, porque el asunto lo merece.

—¿Ya has cenado?

—Sí.

—¿Con buen apetito?

—Con el de un hombre que es completamente dichoso.

—¡Ah!...

—Y me encuentro muy bien.

—Me ha parecido que hablabas.

—No te has equivocado: me ha hecho compañía un caballero á quien tal vez conozcas, porque creo que pertenece á la primera nobleza de Francia.

—¿Su nombre?

—Enrique de Marbut.

—¡El hijo del conde de Marbut!...

—No lo sé.

—¡Un libertino!

—Lo supongo por el objeto de su visita, y de él precisamente voy á ocuparme.

La señora Barbon miró con extrañeza á su marido.

Este mientras se retorcía el bigote, añadió:

—El caballero Enrique de Marbut, que dicho sea de paso, es bello como un Apolo, está ciegamente enamorado de ti.

—¡Antolín!—exclamó la dama, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Si esto es ó no verdad, lo ignoro, porque lo único que puedo decir es que él lo asegura.

—¡Antolín, Antolín!—volvió á exclamar la dama en el colmo del aturdimiento.

—Excuso repetirte la conversación que he tenido con él.

—¿Pero has perdido el juicio?

—Tengo mis ideas sobre el amor, y sin perjuicio de batirme con el caballero de Marbut para castigar su impertinencia, me someteré á tu fallo, que quiero dejar tu corazón en la libertad más completa.

—¡Dios mío!—murmuró la señora Barbon sofocada y pasándose las manos por la frente—. No sé lo que siento, no sé...

—Tranquilízate, porque vás á recibir á ese noble mancebo y debes mostrarte como quien eres y no como una mujer vulgar que se aturde apenas se ve colocada en una situación difícil.

—Dices que vas á batirte.

—Sí; pero no tengas cuidado por mi vida, y sobre todo, tú, por cuyas venas corre la sangre ilustre de los Barbon, como lo acredita el tesoro encerrado en esa arca, tú no debes aconsejarme que mis deberes de caballero, los posponga al miedo de morir. Si conmigo te has casado, ha sido por creerme digno de tu alma grande y privilegiada, y si yo me he unido contigo, ha sido también creyendo que eras una mujer de espíritu fuerte y elevado.

—Sí—replicó ella—, el valor me sobra, aunque reconozco que soy débil cuando se trata de ti.

—Antes que las afecciones...

—Es el honor, ya lo sé.

—No hablemos más de ese duelo, porque no dejaré de batirme á menos que mi rival renuncie á cruzar con la mía su espada.

—Yo le suplicaré...

—Puedes hacer lo que gustes.

—Antolín de mi vida...

—Sigue escuchándome, Angélica de mi corazón, porque el señor Enrique espera, y no parece bien abusar de su paciencia.

—Yo no quiero verlo...

—Le he prometido que lo recibirás y que lo escucharás.

—¡Esto es horrible!...

—Sí, debes escucharlo y si prefieres su amor...

—¿Eso dices tú?

—Yo lo digo porque no soy egoista,

porque antes que mi propia felicidad, quiero la tuya, porque seré completamente dichoso si sé que tú lo eres.

—¡Corazón grande y generoso!...

—¿De qué me servirá estorbar ese amor? Contra las pasiones no vale la fuerza, y por consiguiente me guardaré muy bien de cometer la insigne tontería de hacer uso de mis derechos de marido para obligarte á que me engañes, á que finjas que sientes por mí un amor que otro te inspira.

Y al decir esto, el hidalgo dió un paso para alejarse.

—Espera, Antolín, espera.

—¿Qué quieres?

—Necesito desaturdirme y reflexionar.

—¿Pero es posible que tú te aturdas?

—La sorpresa...

—Muéstrate como quien eres...

—Sí, me mostraré: y en cuanto á nuestro amor...

—Te dejo en completa libertad.

—Tuyo es mi corazón, tuya mi vida, tuya mi alma...

—Tuya la mía, también; pero...

—Toda la belleza de ese galán, todos sus seductores encantos...

—Pueden interesarte, porque realmente su gentileza es seductora. ¿No le conoces personalmente?

—Sí, lo he visto alguna vez—respondió tímidamente la dama.

Y sus mejillas, pálidas antes, tiñéronse de vivo carmín.

Y de su pecho, contra su voluntad, se escapó un suspiro, mientras decía para sí:

—¡Si hace dos horas hubiera yo sabido que me amaba el magnífico caballero de Marbut!

Volvió á retorcerse el bigote el señor Antolín para disimular un gesto burlón, y sin hacer más observaciones, salió del aposento.

—Perdonad—dijo al joven calavera—. Os he hecho esperar demasiado...

—¿Me concede vuestra esposa el honor de recibirme?

—Lo tenéis concedido.

—¡Ah!...

—Entrad cuando gustéis.

Entre tanto la señora Barbon había dado mil vueltas en la cama y se había apresurado á arreglar su cofia, que no ocultaba bien los desornados mechones de sus escasos cabellos grises.

Y mientras esto hacía, suspiraba una y otra vez y alternativamente se ponía pálida como un difunto y colorada como una cereza.

Aún no hemos dado á conocer el verdadero estado del corazón de la sensible Angélica.

Lo mismo amaba al señor Antolín que hubiese amado á cualquier otro.

Con su doncellez de cincuenta años y sin haber sido nunca galanteada, porque siempre había sido fea, quería un marido á toda costa, y el primero que se le presentó produjo en ella el trastorno más completo.

Sin embargo, hubiera preferido un joven hermoso en vez del hidalgo feo y extravagante.

En una situación como la suya puede comprenderse el efecto que le produciría saber que era amada de un caballero como Enrique de Marbut.

Si el amor propio no hubiera cegado á la señora Barbon, habría comprendido que era objeto de una burla, se habría mirado al espejo y se habría convencido de que era imposible que ningún hombre la amase, y mucho menos un joven como el que nos ocupa, cuyo corazón era codiciado por las mujeres más hermosas y ricas.

Empero la señora Barbon, aunque no podía engañarse á sí misma en cuanto á su edad, y aunque reconociese que no estaba dotada de encantos personales, creía que la naturaleza le había dado algunos de esos atractivos inexplicables con que muchas mujeres feas cautivan.

Bien hubiera querido aplazar la entrevista para el día siguiente, y recibir vestida con su mejor ropa al caballero Marbut; pero esto era imposible y hubo de consolarse con la idea de que quizá aparecería más interesante entre las ropas y cortinas del lecho.

No somos de su opinión, porque en la cama estaba doblemente fea, doblemente horrible que vestida.

Hecha esta explicación, veamos el efecto que produjo en el joven, y el resultado de la escena.

CAPITULO XIII

DONDE VEREMOS SI CUMPLIÓ SU PROMESA EL BURLADO CABALLERO

Enrique de Marbut entró resueltamente en el dormitorio y se acercó al lecho con todo el desenfado propio de su osadía; pero apenas hubo fijado la mirada en el rostro escuálido y rugoso de la señora Barbon, retrocedió espantado y extendió el brazo como si quisiera rechazar un fantasma.

Todo lo temía, lo esperaba todo menos aquello, y la sorpresa fué tan desagradable y le produjo tal efecto, que quedó inmóvil como si se hubiera petrificado y no acertó á pronunciar una palabra.

Entonces fué cuando comprendió perfectamente hasta qué punto se le había burlado el señor Antolín, haciendo la burla mayor con la promesa que había exigido y que el noble mancebo tenía que cumplir, porque así se lo exigía su honor.

Y aquella burla era de las que llevan consigo el ridículo más temible.

-¿Qué dirían sus amigos cuando supiesen lo que había pasado?

Le llamarían cándido, inocente y necio y se le reirían en sus barbas sin que le fuera posible desahogar su coraje, pidiendo cuentas del insulto, porque no había de matarlos á todos, y aunque los matase no evitaría que el suceso corriese de boca en boca, riéndose todo el mundo á costa suya y teniendo que sufrir los punzantes epigramas de las damas á quienes no podía desafiar.

Su primer impulso fué el de caer sobre el lecho y ahogar á la dama; pero así faltaba á lo prometido por su honor y su nombre, y un Marbut no podía faltar á sus promesas.

En cuanto á la señora Barbon, no era posible que sospechase el efecto que había producido, porque creía que no era la primera vez que había sido vista por el joven.

Creyó, pues, porque su amor propio se lo hacía pensar así, que la turbación del mancebo era efecto natural de su pasión, siendo esta tan intensa y arrebatadora, que lo había trastornado á la vista del objeto que codiciaba.

Era demasiado sensible la noble dama para mostrarse indiferente á los sufrimientos de un corazón como el de Marbut, y se sintió profundamente conmovida y exhaló un suspiro lastimero, que en vano quiso contener su pudor y su deber de esposa.

—¡Qué hermoso es, qué hermoso!—dijo para sí la vieja.

Algunos minutos pasaron sin que ninguno de los dos hablase ni se moviese.

Contemplábanse ambos; pero ¡con cuán distinta intención!

No necesitaba Marbut en aquella ocasión hablar para seducir.

El pecho de la señora Barbon tenía sin duda las condiciones de la leña, que cuanto más vieja, más seca está, y arde más fácilmente.

Su pecho, que tenía cincuenta años, y que en cuanto á sequedad nada tenía que envidiar á un pergamino, ardió bien pronto en el fuego de los negros ojos de Marbut.

La infeliz llevó las manos al corazón, y oprimiéndolo con fuerza, murmuró entre dientes:

—¡Pobrecito mío!... Sufre y calla, detén tus ímpetus... ¡Oh!... Palpita como si fuera á romperse.

Y efectivamente, el añejo corazón de la dama, retozábale en el pecho sin cesar.

La situación no podía prolongarse.

Ambos se esforzaron para dominar lo que sentían, lo cual era difícil, por más que sus sentimientos fuesen tan distintos.

—Caballero—dijo al fin ella con alterada voz, sentaos y exponedme el objeto de vuestra visita, y perdonadme que no os haya recibido como merecéis, porque mi intención ha sido no haceros esperar.

Enrique de Marbut, con el rostro contraído y los ojos chispeantes de furor, acercóse otra vez al lecho y dijo con acento que nada tenía de dulce y amoroso:

—Supongo que vuestro esposo os habrá dado explicaciones sobre mi pretensión.

—No me las ha dado; pero vos lo haréis.

—Vuestro marido es un miserable.

—Caballero...

—Se ha burlado de mí; pero ¡vive Dios! que ha de pesarle.

—Pero...

—Antes le probaré que soy un hombre de honor, cumpliré mi promesa.

—Señor de Marbut—replicó Angélica, que empezaba á encontrar desagradable aquella manera de enamorar.

—Señora, os amo.

—¡Ah!...

—Os adoro, y sin vuestro amor, ¡por Satanás! sin vuestro amor...

—Sosegaos, caballero, sosegaos y contened los impulsos de esa pasión que os enloquece. Vuestro amor lo revela el fuego de vuestros ojos; pero yo... yo...

—Vos...

—Soy casada... Mis deberes...

—Señora, amadme, amadme pronto, porque tengo contados los minutos, y cada uno que pasa sin matar á vuestro marido, me parece un siglo de agonía.

—Es preciso que renunciéis á ese duelo, es absolutamente preciso...

—¡Qué renuncie á matar á ese miserable!...

—Sí, desistid de ese duelo, sed generoso y perdonad, y en cambio haré el sacrificio de mis deberes, me dejaré llevar de los impulsos de mi corazón y os amaré.

—¿Me prometéis amarme?

—Sí.

—No quiero á tal precio vuestro amor.

—Acercaos — repuso Angélica con acento dulce y suplicante.

Y extendió los brazos hacia el mancebo.

No le hubiesen espantado más á Marbut las negras manos y largas uñas de Satanás.

—Le fué imposible contenerse y volvió á retroceder, gritando fuera de sí:

—¡Por el infierno!...

—¡Enrique, Enrique!...

—La vida, el honor... ¡Lléveselo todo el diablo!

—¡Ah!—exclamó la vieja—; esto sí que es amor, esto es una pasión verdadera. He ahí un corazón de fuego, un corazón como el mío... Hemos nacido el uno para el otro... Perdona, Antolín, perdona; pero no es culpa mía que la fatalidad nos haya hecho desgraciados por habernos unido dos horas antes de lo que á nuestro reposo convenía.

El caballero estaba desesperado, y empezó á recorrer el aposento como un loco.

Las leyes del honor tienen tal fuerza, que aún vacilaba el joven para salir sin haber cumplido fielmente su palabra.

Empero no era posible que la cumpliera.

¿Cómo él mismo había de ayudar para que la burla fuese mayor?

A costa de todo hubiera cumplido su palabra: pero no á costa de su dignidad, porque esto hubiera sido aceptar el rídiculo y perder el derecho de exigir reparación.

La lucha con que se atormentaba el caballero, terminó bien pronto.

Decidióse á no seguir representando tan triste papel, y deteniéndose frente á la vieja, le dijo:

—Callad, fantasma horrible, y si no queréis que os ahogue, convenceos de que no os amo.

La señora Barbon exhaló un grito y se incorporó en la cama, olvidándose del desaliño de su ropa.

—¡Dios te confunda, vieja infernal, espantable arpía!—gritó Marbut.

Y sin esperar más se lanzó fuera del aposento.

La desdichada Angélica dejó escapar otro grito, grito desgarrador, grito mortal.

Luego extendió los brazos, rígidos como los de un cadáver, y cayó sobre la almohada sin sentido.

Entre tanto Enrique de Marbut se encontró frente al hidalgo, cuya tranquilidad era la misma de antes, si bien entonces no sonreía burlonamente.

La espada brilló desnuda en la diestra del enfurecido caballero.

—Si no sois un cobarde—gritó con voz ronca por la ira—, desenvainad el acero y que pronto deje de existir uno de los dos.

—Caballero — replicó el señor Antolín—, sosegaos y así daréis una prueba de que sois valiente.

—Acabemos.

—Escuchadme ó matadme sin que me defienda.

Marbut rugió como un león herido.

CAPITULO XIV

LOS RAZONAMIENTOS DEL HIDALGO

El señor Antolín se cruzó de brazos, revelando en su actitud que estaba firmemente resuelto á no defenderse sin entrar antes en explicaciones.

Esto fué para Marbut un nuevo compromiso de honor, porque sin convertirse en asesino cobarde, le era imposible atacar á su enemigo.

Mal que le pesase, tuvo el joven que dominar su ira y volver á la vaina el acero.

—Hablad—dijo con voz reconcentrada—; pero sed breve, porque la paciencia tiene sus límites, y ya se ha concluido la mía.

—Pocas palabras tendré que decir si sois justo; si os mostráis tan razonable como yo me he mostrado.

—La razón y la justicia están de mi parte.

—Tal vez.

—¿Lo dudáis?

—Pronto hemos de verlo.

—Os habéis burlado de mí...

—He accedido á vuestros deseos y nada más.

—Caballero...

—Vuelvo á rogaros que me escuchéis.

—Ya os escucho—dijo Marbut, haciendo esfuerzos sobrehumanos para contener los impulsos de su ira.

—No me conocíais, no sabíais si yo era un hombre digno de condición y respeto, y sin embargo, para divertiros vinisteis á exigirme descaradamente que os permitiera ser el amante de mi esposa.

—No me negaréis que desde luego acepté la responsabilidad de mis acciones.

—Lo cual prueba que sois valiente; pero no que tenéis razón.

—Pudisteis oponeros á mi exigencia...

—No me opuse, porque yo era dueño de ceder en lo que á mí tocaba.

—¿Adónde vais á parar?

—No tardaréis en saberlo.

—Acabemos.

—Suponed que mi esposa, en vez de ser vieja y fea, hubiera sido joven y bonita. ¿Qué hubiera sucedido entonces? Mi honra estaría ya manchada, puesto que ella no ponía inconveniente á vuestros deseos.

—Todo eso no prueba más sino que debéis consideraros ofendido, porque si la ofensa á vuestro honor no se ha consumado...

—No ha sido virtud vuestra.

—Os debo, pues, una satisfacción, y como estoy pronto á dárosla...

—Esperad.

—¡Vive el cielo!

—Señor de Marbut, cuando un caballero promete una cosa bajo la fe de su honor...

—Está obligado á cumplirla.

—Eso es.

—Yo he faltado á mi promesa...

—Ni más ni menos.

—Otro motivo para que saquéis la espada contra mí.

—¿Os batiríais con quien no sabe cumplir sus compromisos, ó lo que es igual, con quien no sabe ser caballero, porque la fe de caballero olvida?

—¡Vive Dios!—exclamó Marbut, volviendo á llevar la diestra á la espada.

—Si no habéis de escuchar verdades, decidlo de una vez: si para vos nada suponen la razón y la justicia, declaradlo terminantemente.

—Me llamáis mal caballero y ¡por quien soy! que por segunda vez no toleraré tan grave ofensa sin arrancaros el corazón.

—Desengañaos, señor de Marbut; antes de batirnos hay que poner en claro una cuestión de mucha importancia; antes de batirnos es menester que os rehabilitéis, porque un caballero español no cruza su espada sino con quien puede cruzarla sin mengua.

—¡Basta, basta!...

—En esta cuestión, ni vos ni yo podemos ser jueces, porque somos partes interesadas.

—¿Qué queréis entonces?

—Quiero batirme con vos.

—Ahora mismo.

—Pero antes un juez de honor ha de mandarme desnudar el acero.

—¿Habéis perdido el juicio?

—Por si estoy loco—repuso el hidalgo—, quiero apelar al juicio de los cuerdos.

—Lo que decís es, no solamente imposible, sino incomprensible.

—Voy á daros una prueba de mi buena fe.

—Si es como las que ya habéis dado...

—Vos mismo lo diréis.

—Sepamos.

—Debéis tener muchos amigos buenos caballeros y á quienes ni siquiera conozca yo.

—Me sobran.

—Pues que ellos mismos sean jueces.

—¿Queréis que sea conocido de todos el ridículo en que me habéis puesto?

—Habéis cometido una ligereza y nada más: el ridículo no es para vos, sino para mí, pues aun siendo mi esposa vieja y horrible, debí recibiros á cuchilladas.

—No accederé á semejante proposición, ni para llevarla á cabo hay tampoco tiempo.

—A mí me sobra.

—A mí me falta, porque al amanecer he de batirme con un compatriota vuestro, que no es tan exigente para sacar la espada.

—¿Y sabe ese español que ibais á cometer una locura que debía costaros la vida, y por consiguiente, hacerse imposible vuestro duelo?

—Sí lo sabe.

—No podemos pedirle más á la fortuna.

—Por mi parte, ¡vive el cielo! no tengo nada que agradecerle.

—Esta misma noche podemos tener una entrevista con vuestros amigos y vuestro adversario, que quizá no estén lejos de aquí, pues según he podido entender...

—Caballero — interrumpió Marbut—, no tengo que ocultaros que mis amigos me esperan en la hostería de *Las siete musas*.

—A dos pasos de aquí, ¿no es verdad?

—En la casa inmediata.

—Vamos, pues, á buscarlos—repuso el señor Antolín poniéndose en pie.

Enrique de Marbut estaba todavía tan aturdido, que no acertó á decidirse.

Después de lo que había sucedido, debía desconfiar de todo.

Y sin embargo, la proposición del señor Antolín no podía ser más justa.

Siquiera para batirse con testigos, era preciso acceder á sus deseos.

—No estaba bien que dos caballeros de su clase se mataran sin llenar las formalidades que las leyes del honor exigían.

No se trataba de un encuentro casual, sino de un duelo meditado y convenido.

—Somos caballeros—dijo el señor Antolín—, y como tales debemos proceder.

—¿Teméis que yo abuse si nuestro duelo no lo presencia nadie?

—No, porque aunque una vez habéis faltado á vuestra palabra, estoy seguro de que os batiríais buena y lealmente.

—Entonces...

—Todos los caballeros tienen la misma confianza que yo, y sin embargo, cumplen con lo que la costumbre tiene establecido.

No encontró Marbut razones que oponer.

Y bien pensado, lo que le interesaba era vengarse, pues de todos modos acabaría por ser conocida la burla que había sufrido.

Ceder á la exigencia del hidalgo, era ganar tiempo, y como los minutos le parecían siglos á Enrique de Marbut, dijo:

—Bien, vamos á la hostería y hablaremos con nuestros amigos; pero á condición de que nos batiremos inmediatamente.

—Para mí—replicó Santoyo—, es enteramente igual el día que la noche; me parece que sobre ese punto á nuestros testigos les toca determinar.

—Vamos, vamos—repuso con impaciencia el mancebo.

—Cuando gustéis.

El señor Antolín ciñó su espada, tomó su capa y su sombrero, y dijo:

—Caballero, estoy á vuestras órdenes.

Y sin cuidarse de la sensible Angélica, salieron de la casa.

CAPITULO XV

LO QUE SE DECIDIÓ

Poco tenían que andar; pero mucho menos que hablar aquellos dos hombres puesto que ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse.

Pensaba el señor Antolín que aquella era la noche de los grandes acontecimientos y de las coincidencias, y sobre todo

de los encuentros con personas á quienes no esperaba ver.

¿Lo conocerían los dos españoles que estaban en la hostería?

Mucho hubiera sentido el hidalgo que sucediera así.

¿Qué clase de personas eran?

Por lo que pudiera suceder, nuestro aventurero recató el semblante con el embozo de la capa, bajó el sombrero hasta las cejas, y no dejando ver así más que los ojos, entró con Marbut en el aposento donde esperaban los demás.

Una mirada bastó al hidalgo para convencerse de que por primera vez se encontraba con aquellos hombres, lo cual le tranquilizó.

En cuanto al duelo que forzosamente había de verificarse, no tenía gran cuidado, pues ya hemos advertido que el señor Antolín estaba dotado de valor bastante por lo menos para batirse sin temblar, y manejaba la espada con no común habilidad, pudiendo con razón envanecerse de ser un buen maestro de esgrima.

Su vida aventurera le había obligado á aprender, y había tenido ocasión de recibir lecciones de españoles é italianos muy diestros, favoreciéndole su elevada estatura y la agilidad consiguiente á su escasez de carnes y fortaleza de sus músculos.

—Señores—dijo Marbut, cuyo rostro, densamente pálido y contraído, revelaba su estado de horrible agitación—, tengo el honor de presentaros al caballero Santoyo, esposo de la dama que nos disputamos hace dos horas.

Y como era imposible que un hombre de la clase del mancebo se olvidase en ninguna situación de las prescripciones de la etiqueta, volvióse al hidalgo y añadió señalando á sus compañeros:

—Mis buenos amigos el conde Mortein, el señor de la Force de la Belle-isle, el vizconde Latour de la Porte-Fer y los caballeros Duragues y Renat. En cuanto á estos otros señores compatriotas vuestros, ignoro sus nombres.

Como el señor Antolín, sin cuidado ya, se había desembozado, pudieron nuestros dos amigos mirarlo y examinarlo perfectamente.

Juan tuvo que hacer un esfuerzo para contener una exclamación de sorpresa.

La primera impresión de David fué desagradable, porque le pareció que en el rostro del hidalgo no se revelaba nada bueno.

Por esta razón, lo mismo el uno que el otro, en vez de decir sus nombres y ofrecer su amistad al hidalgo, siquiera por ser españoles y encontrarse en tierra extraña, guardaron silencio como si se olvidasen de hacerlo así.

Era demasiado astuto el cómplice del abate para no comprender el efecto que había producido en sus compatriotas, y entonces dijo para sí:

—Si nunca me han visto, deben tener noticias mías; pero no creo que en la situación en que nos encontramos cometan ninguna imprudencia. Yo no los conozco, no recuerdo haberlos visto nunca. ¿Vivirían fuera de Madrid?

Como vamos viendo, cada cual tenía distintas preocupaciones, distintos pensamientos, y por consiguiente la situación debía ser para todos, no solamente extraña, sino violenta.

—Prestadme algunos momentos de atención—dijo Marbut—, porque se trata de un asunto que interesa mucho á mi honor.

—Ya te oímos — respondieron sus amigos.

Y todos apoyaron los brazos sobre la mesa, porque incluso David y Juan, deseaban saber lo que significaba la presencia allí del esposo de la dama en cuestión.

—Cumplí mi propósito—añadió Enrique, cuyas mejillas se enrojecieron por un instante.

—Es verdad—dijo el señor Antolín—: vuestro amigo se me presentó, exigiéndome que le permitiera galantear á mi mujer, y después de admitirle que nos batiríamos, para que no creyese que mi proceder era efecto de cobardía, me mostré todo lo condescendiente que un marido puede mostrarse, y me ofrecí á presentarlo á mi esposa, comprometiéndome á someterme al fallo de ella.

—¡Bravo!—gritó Renat, cogiendo una botella.

—Esto merece un brindis — añadió Mortein.

—Sí—dijo Duragues—, brindemos por

la feliz ocurrencia de un marido que no se parece á ninguno.

No se necesitó más que esto para que renaciera la alegría.

—Es un bribón de siete suelas—pensó Juan.

Y alegrándose también, llenó su vaso.

Bebieron, rieron y gritaron.

El rostro de Marbut era el único que continuaba contraído.

La burla de que había sido objeto, le había herido en lo más profundo del alma, y no se tranquilizaría mientras no matase á su enemigo.

El contento de los jóvenes era de mal agüero para el burlado, á cuya costa debían divertirse los demás.

—Silencio—dijo Latour—; se nos ha pedido atención, y es nuestro deber escuchar.

—Que hable Marbut.

—Y el caballero de Santoyo.

—Que hablen los dos.

—Poco hay que decir—repuso el hidalgo.

—Señores—repuso Enrique—, el caballero de Santoyo me impuso la condición de hacer todo lo que es imaginable para seducir á su mujer.

—Y el noble caballero de Marbut prometió por su honor hacerlo así.

—Habrá cumplido su palabra...

—No la ha cumplido.

—¡Por el infierno!...

—Adivino lo demás — interrumpió Juan, sonriendo maliciosamente—. La esposa del señor Antolín de Santoyo debe ser vieja y fea.

—Es una bruja horrible.

El hidalgo soltó una carcajada, llenó el vaso y bebió tranquilamente.

—Ya lo veis—gritó Marbut fuera de sí—, se me ha colocado en un ridículo espantoso, se ha burlado de mí este hombre, y cuando le he dicho que saque la espada...

—Me he negado hasta que vosotros decidieseis la cuestión.

Imposible fué ya entenderse, porque todos hablaron á la vez.

Los unos reían, los otros examinaban seriamente la cuestión, y de esto resultaba que el caballero de Marbut se desesperaba más y más.

—Basta—dijo por fin Renat.

Y dirigiéndose al señor Antolín, añadió:

—Debéis batiros.

—Sí, sí—exclamaron los demás.

—Nos batiremos—respondió el hidalgo, disponiéndose á beber nuevamente—; pero según tengo entendido, no es mi duelo el único que ha de verificarse.

—Tres de nosotros contra vosotros tres.

—No hay ningún inconveniente.

—¿Armas?

—Las que mejor os parezcan.

—La espada, si no tenéis inconveniente.

—Sí, la espada, sin perjuicio de hacer uso de la daga el que se quede desarmado.

—¿Sabéis qué hora es? — preguntó Juan.

—No lo sabemos.

—Supongo que nos batiremos al amanecer, y por consiguiente á todos nos conviene descansar ahora.

La proposición fué aprobada, aunque Marbut, hubiera preferido no aguardar á que saliese el sol.

No hablaron ya más que para convenir en qué sitio habían de reunirse.

En cuanto á testigos, creyeron que bastaban los tres jóvenes que no habían de entrar en combate.

El señor Antolín se despidió, saliendo para ir á la hostería de *La espada de fuego*, porque allí tenía cama donde descansar sin que le incomodase su esposa.

Los seis calaveras se fueron también, para volver á sus casas y dormir si les era posible conciliar el sueño.

David y Juan subieron á la habitación que ocupaban y se sentaron, contemplándose como si cada cual buscase en el semblante del otro la explicación de lo que había sucedido.

CAPITULO XVI

JUAN SE RÍE

David se sentó, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

Juan sonreía maliciosamente.

Suponemos que se divertía, que gozaba en aquella situación crítica, cuyos

resultados podían ser los peores para nuestros amigos.

Empezó á pasearse por la habitación. De vez en cuando se detenía, miraba al huérfano y volvía á sonreir.

—¡Tripas de Satanás!—exclamaba—. Esto es más divertido de lo que parece. Corriendo á todas horas, buscando, y al fin... ¡Cien legiones!... Y cuando llega el momento más apurado nos metemos en otro enredo... ¿Qué os parece, señor David?

Este levantó la cabeza, miró al sirviente y se encogió de hombros.

—¿No me contestáis?—añadió Juan.

—¿Qué me habéis preguntado?

—Vuestra opinión...

—Ninguna.

—¿Acaso no le encontráis la gracia á lo que ha sucedido?

—Estáis de buen humor.

—Sí, porque ahora tenemos algo que hacer, y no nos aburriremos. Verdad es que vos... ¡Cuernos de Lucifer!... La coincidencia es bien rara.

—No os entiendo.

—Señor David, la experiencia os enseñará muchas cosas que ignoráis. Lo que se busca no se encuentra, y cuando uno se fatiga y deja de buscar, es cuando encuentra lo que ya no esperaba, de lo cual resulta que los más graves sucesos lo cogen á uno siempre desprevenido, y por eso se ve que el que tiene ingenio y viveza, triunfa. Los planes no sirven para nada, porque nunca sucede lo que uno ha creído que había de suceder. Si hubieseis conocido á mi señor cuando andaba por esos mundos, perseguido siempre, teniendo que luchar sin descanso y sin contar con más auxilio que su ingenio y su valor ... ¡Rayos del infierno!... ¡Qué hombre!...

—¿Y á propósito de qué decís todo esto?

—A propósito de lo que acaba de suceder.

—Es verdad, lo que menos esperábamos era tener que batirnos con gente desconocida que ningún mal nos ha hecho, y que ni siquiera nos ha provocado.

—No lo digo por eso.

—Pues otra cosa...

—¿Os habéis olvidado del señor Jacobo?

—¡Olvidarme!...

—También debéis tener presente que el señor Antolín de Santoyo...

—Sí, ha sido más afortunado que nosotros...

—Me parece que no.

—¿Quién sabe?

—Pues casi me atrevo á asegurar que el hidalgo espadachín no ha encontrado al esposo de doña Isabel, y que por consiguiente no ha tenido necesidad de hacer uso del veneno, ni de la espada. Y como la fortuna es tan caprichosa, bien puede suceder que antes lo atraviesen de una estocada.

—¿Y cómo podéis asegurar que ese miserable no ha encontrado á su víctima?

—No ha venido á Francia para otra cosa.

—Ya lo sé.

—Y á España hubiera vuelto si nada tuviese que hacer en esta tierra.

—Pero como no sabemos dónde se encuentra...

—¡Qué no lo sabemos!...

—Desgraciadamente no hemos podido averiguarlo.

—Yo lo sé.

—¡Vos!...

—¿No lo habéis conocido en mi cara?

—Amigo Juan...

—¡Vive el cielo!... Estáis ofuscado, señor David, y si continuáis lo mismo, no haréis nada de provecho.

El huérfano fijó una mirada de extrañeza en el sirviente.

Este añadió:

—El señor Antolín de Santoyo, como no puede volver á España, porque no ha encontrado á Tordesillas, ni tiene que hacer otra cosa, se ha entretenido en enamorar á una dama.

—¡Señor Juan!...

—¿Por qué os sorprendéis?

—Lo que estáis diciendo...

—Es muy sencillo, y nada tiene de particular que un hombre galantee, ni tampoco es cosa rara que se case, si no por amor, por conveniencia, como se ha casado el señor Antolín.

—¡Oh!...

—Y como el diablo se divierte á costa de la pobre humanidad, ha sucedido...

—¡Vive el cielo!—exclamó David, poniéndose en pie.

Instantáneamente recobró la energía. Sus ojos brillaron intensamente.

—¿Os enfadáis?...

—Si queréis explicaros...

—Ya veis que yo me rio. Recobrad pues, la calma, que no hay motivo para que os alteréis.

—Supongo que habláis seriamente, á pesar de vuestro risa.

—La situación no es para bromas.

—Pues entonces...

—No me habéis entendido.

—¿Tenéis noticias del hidalgo?

—Las mismas que vos.

—Señor Juan, me parece...

—Perdonad—interrumpió el criado.

—¿Por qué se os ocurre hablar del señor Antolín cuando parece que no habíais de pensar más que en el grave suceso que se prepara? Antes lo habéis dicho, la fortuna es caprichosa, y quizás dentro de pocas horas...

—¡Por el infierno!... ¿Creéis que me dejaré matar por un francés?

—Es posible.

—No y mil veces no.

—En cuanto á mí, no me espanta la muerte.

—Porque estáis preocupado.

—Pienso en mi madre...

—Escuchad, porque ya estoy convencido de que no comprenderéis la situación si no os doy explicaciones.

—Sí, las quiero. ¿Cuándo habéis adquirido noticias del señor Antolín?

—Esta noche, cuando hablábamos con los que nos hemos de batir.

—Cada vez entiendo menos.

—Pues es muy sencillo: el señor Antolín se presentó con el caballero de Marbut...

—¡Ah!...

—¿Comprendéis ahora?

—¡Era él!...

—¿No lo habíais adivinado?

—¡Oh!...

—Ahora decidme si la coincidencia...

—¡El miserable!...

—Y ved como ese bribón á quién odiamos, es nuestro compañero, y tendremos que desear que triunfe, porque está interesado en el asunto el nombre español.

—Tan cerca del hidalgo...

—¿Quién sabe si lo mismo nos sucede con el señor Jacobo?... Y lo encontraremos, no lo dudéis, cuando no lo busquemos, cuando se haya desvanecido nuestra esperanza. ¿Qué decís ahora? La situación cambia, y ahora sobrevendrán los sucesos sin interrupción, y tendremos que correr á todas horas. Preparaos, que no ha de aburrirnos la ociosidad .Dentro de pocas horas nos batiremos, enviaremos al otro mundo á esos jóvenes atrevidos, y después...

—El miserable Santoyo.

—En paz lo dejaremos, primeramente porque mi noble señor lo ha dispuesto así, y tenemos que obedecer, y además porque nada conseguiríamos con provocar otro lance y matarlo.

—Tenéis razón.

—Observaremos, eso sí.

—Y escribiremos á don Martín, participándole lo que pasa y pidiéndole instrucciones.

—Lo haremos, aunque poco puede decirnos.

—Conmigo se mostró reservado cuando emprendimos nuestro viaje.

—Si entonces os hubiera dicho todo lo que preparaba el abate ¿qué hubiérais hecho?

—¡Oh!...

—Tenéis pocos años, señor David, y os dejáis arrebatar fácilmente. Después cuando ya no había peligro de que cometieseis una locura, y según las nuevas instrucciones de mi señor, os lo dije todo y espero no me daréis motivo para arrepentirme.

—Descuidad, que me dominaré.

—Trataremos al señor Antolín como debe tratarse á un compatriota en extraña tierra.

—Comprendo.

—Y si tenemos ocasión de ser sus amigos...

—Nos conviene, porque así podremos observarlo mejor.

—Hemos cometido una locura como pueden cometerla dos chiquillos; pero nos ha reportado una ventaja y no debe pesarnos.

—No me arrepiento.

—Bien dice el adagio, que no hay mal que por bien no venga.

—En esta ocasión...

—De todas maneras, ya no podemos

retroceder y hemos de acudir á la cita, siquiera sea por honra del nombre español. ¡Vive el cielo! si mi noble señor estuviese aquí...

—¿Qué haría?

—Su primera determinación sería romperme algún hueso y la verdad es que yo no tendría razón para quejarme.

—La culpa no es vuestra—replicó David.

—Yo he debido conteneros...

—Me parece una tontería deplorar lo que no puede remediarse.

—Tenéis razón.

—Si nos matan...

—Paciencia.

—No me importa la vida, ya lo he dicho; pero mi madre...

—Señor David—interrumpió el sirviente—, opino porque nos acostemos.

—Sí, sí.

—Cuando no se duerme, el pulso está mal, se ofusca el entendimiento y se nublan los ojos, lo cual es bastante y aun sobrado para que le atraviesen á uno el corazón.

No hablaron más.

Acostáronse sin que cambiara la sombría expresión del rostro de David ni la alegría de Juan.

Mientras duermen, daremos á conocer otro episodio de muchísimo interés.

CAPITULO XVII

ANA DE ROCHEFORTE

Pocos minutos después de haber salido de la hostería, el caballero Renat se separó de sus amigos, diciéndoles:

—No os acompaño más, porque me parece prudente dormir.

—Nosotros haremos lo mismo.

Cuando Renat quedó solo, cambió de expresión su semblante.

Ya no era el joven de vida disipada, y que no piensa más que en los goces materiales de la orgía y de todos los desórdenes.

Más nobles sentimientos, aspiraciones más elevadas revelaban sus ojos.

Se detuvo, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

Algún lánguido suspiro se escapó de su pecho.

—¡Ana!—exclamó después de algunos minutos con voz impregnada de infinita ternura—. Soy un miserable que no merezco tu amor. Mientras piensas en mí y cuentas los instantes que pasas sin verme y los que faltan para escuchar mis palabras cariñosas, yo me entrego á todos los extravíos, me degrado, y juego la existencia para que mi vanidad quede halagada. ¿Qué será de tí si yo muero?... ¡Pobre niña!... Crees que yo tengo un gran corazón, un alma tan pura como la tuya, y en mi se cifran todas tus esperanzas, y sufres con resignación sin exhalar una queja y sonriendo porque crees que más ó menos tarde has de llegar á la risueña cumbre donde te aguarda la suprema dicha. No, yo no puedo llevarte más que al abismo donde ahora me encuentro y en cuyo negro fondo me ha precipitado el vértigo de mis extravíos criminales. Yo quisiera ser honrado y digno de tu amor; pero...

Se interrumpió el joven, hizo un gesto de desesperación, y murmuró sordamente:

—¡Ya es tarde!

Se equivocaba Renat en cuanto al estado de su alma, pues aún le faltaba mucho para llegar á la depravación.

Se había extraviado, estaba muy cerca del abismo; pero aún era tiempo de que se salvase.

Sin darse cuenta de sus acciones, habíase dejado llevar de la corriente, y cuando la muerte le amenazó, reflexionó por primera vez en su vida.

No hay que decir, puesto que él lo había dicho, que estaba enamorado, y su amor era más intenso de lo que él mismo creía.

Nunca había sentido como aquella noche, nunca su emoción había sido tan profunda que humedeciese sus ojos como se humedecieron entonces.

¿Quién lo hubiera creído?

El mancebo atolondrado que se burlaba de todo, y que poco antes disputaba para que le permitiesen cometer la mayor de las locuras, sentíase débil cmo una mujer.

—Presienro la muerte—murmuró—, y no me espanta sino porque ahora es cuando comprendo toda la dicha que me esperaba con la sublime mujer á quién adoro.

Dió algunos pasos más el mancebo.

—Me quedan pocas horas de vida—dijo—¿Por qué no he de aprovecharlas para gozar como no goza ninguna criatura? El tiempo pasará dulcemente al lado de la candorosa niña de corazón inmaculado que me ama, y mientras la escucho no pensaré en las frías tinieblas de la sepultura donde se encerrará muy pronto mi cuerpo... ¡Oh!... ¿Tengo miedo? Sí, ahora me espanta la muerte. ¿Por qué no he de reconocerlo?

Estremecióse Renat; pero como no era cobarde, pudo dominar su agitación y aparecer tranquilo.

Sin embargo, algo se revelaba en sus ojos de la borrasca espantosa que destrozaba su espíritu.

Avanzó resueltamente.

Veinte minutos después se detenía frente á una casa de apariencia suntuosa, un palacio de sombríos muros, y que en todas partes tenía ese sello inequívoco de las moradas de la antigua nobleza.

Por algunos momentos contempló las ventanas y luego se acercó, no á la puerta principal, sino á una puertecilla donde dió con la mano algunos golpes.

No bien había llamado, giró la puerta sobre sus goznes.

El caballero entró y se encontró frente á una vieja que tenía en la mano izquierda una lámpara y que exclamó con voz tan destemplada como dolorida:

—¡Gracias á Dios y á la Santísima Virgen!

—¿Qué os sucede?—le preguntó el joven.

—Creí que no veníais.

—Pues aquí me tenéis.

—Y como hay tan malas gentes por esas calles...

—Por mi desgracia los asesinos no quieren acercarse á mi.

—¡Por vuestra desgracia!...

—Eso he dicho.

—¡Jesús!...

—Dejadme en paz.

—Bendito sea Dios—dijo la vieja.

—Y benditas mis manos—replicó burlonamente el mancebo.

Y sacó un bolsillo y lo entregó á la vieja.

—¿Qué es esto?

—Para vos.

—Pero...

—Sí, para vos es todo.

—¡Ah!—exclamó la codiciosa sirviente, que nunca había esperado poseer la cantidad que contenía el bolsillo.

—Suponed que me muero mañana.

—No digáis eso, caballero Renat.

—Lo digo, porque es posible. ¿Creéis que todas las criaturas han de vivir tanto como vos?

—No digo eso, porque ya sé...

—Sí, debéis saber que habéis cumplido muchos años, quizás sesenta ó setenta.

—¡Caballero!...

—En fin lo que me importa es lo que á mi vida atañe. Repito que es posible que mañana concluya mi existencia, y quiero que tengáis un recuerdo mío, recuerdo agradable.

—Pero si no sucede esa desgracia...

—Tanto mejor, porque me serviréis con buena voluntad.

—Siempre lo hice, caballero.

Mientras así hablaban, atravesaban pasillos y habitaciones, y subían por una escalera.

—¿Y vuestra señora — preguntó Renat.

—Os aguarda.

—Ya lo supongo.

—Le sucede lo mismo que á mí, y está con grandísimo cuidado.

—Ahora se tranquilizará.

—Hace más de una hora que reza, pidiendo á Dios por vuestra salud.

Llegaron á un aposento espacioso donde la vieja se detuvo.

El caballero siguió, levantó una cortina, dió algunos pasos y se encontró muy cerca de la mujer á quién tanto amaba.

Era esta un prodigio de hermosura.

No tendría más de diez y seis años.

Ante un reclinatorio estaba arrodillada.

Inclinábase su noble cabeza, cuyos cabellos se esparcían en desórden

—¡Ah!—exclamó.

Y se puso en pié.

Dió de lleno la luz en su semblante.

Sus ojos, azules como el cielo, eran de una magnificencia sin igual.

Su mirada, lánguida y dulcísima, ejercía una influencia tan misteriosa como incontrastable.

A pesar de su juventud, aquella criatura debía haber sufrido mucho y sobre este punto no tememos equivocarnos,

porque los sufrimientos imprimen en el rostro un sello que no puede equivocarse ninguno.

En vano sonríe el que es desgraciado, porque su sonrisa es lánguida y tiene una expresión melancólica que impresiona tristemente.

La sonrisa de los que sufren y callan empeñándose en aparentar una dicha que ni siquiera conocen es como un lamento que llega á lo más recóndito del alma y conmueve al más insensible.

¿Por qué era desgraciada aquella criatura?

Ocupaba en el mundo una elevada posición, vivía entre el lujo deslumbrador y comodidades, y amaba y era correspondida.

¡Infeliz criatura!

Antes de tener uso de razón había perdido á sus padres y quedó bajo el amparo de un pariente, que entonces tenía treinta años, que era rico también y de elevada posición; disfrutando además de mucha influencia en la corte, tanta influencia, que para él no era imposible alcanzar ninguna gracia, así como también podría hacer mal á quién odiase.

Llmábase el tal pariente Rocheforte, y no se había casado, ni siquiera galanteado á ninguna mujer.

Muchas, si no su corazón, le hubieran concedido su mano, pues el caballero, según acabamos de decir, era muy rico.

Tampoco se le conocían amigos, pues á todo el mundo trataba con la misma frialdad.

No era comunicativo, hablaba muy poco y su mirada era constantemente sombría.

Su alma debía ser igualmente un abismo tenebroso.

Aceptó el encargo de criar y educar á su sobrina y lo cumplió con toda la severidad y la rigidez de su carácter.

La niña se desarrollló lo mismo física que intelectualmente, llegando á ser un prodigio de belleza y de talento.

Su tio se mostró con ella lo mismo que con todo el mundo, frio y reservado.

¿Se interesaba por la suerte de su sobrina?

No era posible.

Hasta entonces había cumplido sus deberes de tutor y nada más.

El día que Ana cumplió quince años, un día nebuloso y frio como el aspecto y el alma del caballero de Rocheforte, le dijo éste á la inocente niña:

—Escúchame con toda tu atención, porque es de gran interés el asunto de que he de hablarte.

—Ya os escucho.

—Va á decidirse tu suerte. Tienes quince años, eres una mujer y debes pensar en tu porvenir.

—¡Mi porvenir!—exclamó la joven con tono de extrañeza.

—¿Qué te admira?

—Nada, mi amado tío pero...

—¿Crees que siempre has de estar como ahora?

—No lo sé—respondió sencillamente la niña.

—La mujer no puede vivir sola, necesita un apoyo, una mano que la guíe, necesita la experiencia y la protección de un hombre, porque de otro modo sucumbiría, y aunque no sucumbiese, representaría en el mundo el más triste papel.

—No comprendo.

—Eres demasiado inocente, y es claro que no puedes comprender.

—Tengo necesidad de un hombre que me proteja, de una mano que me guíe, cuento con vos, que habéis sido y continuáis siendo mi segundo padre.

El caballero desplegó una irónica sonrisa.

Su semblante empezaba á cambiar de expresión.

Sus ojos brillaron intensamente.

Su mirada se fijó con ansiedad indescriptible en su sobrina, y dijo:

—Es menester que nos conozcamos.

—¿Acaso no nos conocemos?

—No.

—Mi amado tio...

—¿Sabes lo que hay en mi alma?

Sin que ella misma supiese por qué, tembló la joven.

No pudo articular una sílaba.

—Quiero decir—añadió el caballero—, que necesitas un esposo.

Como si fuese á brotar la sangre, enrojecieron las mejillas de Ana.

Lo que sintió no es posible explicarlo.

Inclinó la cabeza, porque no pudo arrostrar la mirada ardiente de su tio.

Este añadió después de algunos momentos:

—¿Sabes por qué no me he casado?

—No—balbuceó la joven.

—Porque no me ha conmovido la belleza de ninguna mujer, y las he mirado á todas con igual indiferencia.

¿Qué había de responder la pobre niña?

Siguió callando.

—Pero había de llegar el día—dijo el caballero—, y llegó, y mi pecho se ha encendido, y amo como no amó ningún hombre, porque mi corazón está virgen, y ahora siento lo que he debido sentir en toda mi vida. Dicen que no hay pasiones tan violentas como las que se encienden en la vejez. Esto debe ser verdad, pues de la vejez estoy cerca, y es mi pasión de tal naturaleza, que me trastorna, me enloquece, y para satisfacerla soy capaz de todos los sacrificios, capaz de todas las virtudes y de todos los crímenes, de todos, hasta los más horrendos.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo Ana para no exhalar un grito de terror.

Los ojos del caballero relumbraron como carbunclos.

Su mirada devoradora se fijó tenazmente en la pobre niña que temblaba.

Pasaron algunos minutos sin que ninguno de los dos hablase.

Entonces no se apercibió más ruido que el de la violenta respiración del caballero, que al fin exclamó:

—¡Ah!... No puedes comprenderme; pero cree lo que digo, creélo inocente niña, porque si dudas, si no te convences de que soy capaz de todo y de que prefiero ver muerta á la mujer á quién amo, muerta mil veces antes que en brazos de otro, si no te convences... ¡Oh! Peor para tí... Mi pasión puede convertirse muy fácilmente en un odio profundo, un odio que me inspirará las ideas más espantosas, un odio como el de Satanás.

—¡Dios mío!...

—Y el día que odie yo tanto como amo ahora... ¡Infeliz de la mujer amada, porque sufrirá lo que no ha sufrido ninguna criatura!

Se interrumpió el caballero, porque su agitación no le permitía seguir hablando.

Después de algunos minutos prosiguió.

—Necesito que mi pasión quede satisfecha con el amor de la mujer que la ha encendido, y si no me ama, que finja, que me engañe, pues sólo así podrá verse libre de mi odio... ¿No me comprendes?

—No.

—¿Quieres saber quién es la desdichada que con sus encantos ha venido á perturbar la calma de mi espíritu y la tranquilidad de mi vejez?

—No quiero saberlo, no—respondió maquinalmente la joven.

—Es preciso que lo sepas.

—Pero...

—Sí, es preciso y lo sabrás.

—Amado tio...

—¡Amado!...

—Permitid...

—Escúchame, Ana, escúchame.

—Ya escucho.

—Esa mujer eres tú.

La joven exhaló un grito desgarrador.

—¿Por qué tiemblas? ¿Te espanta mi amor?

—No sé...

—Responde.

—Estoy aturdida...

—Recobra la calma, reflexiona, examina tu corazón... No quiero que ahora me contestes; pero cuando adoptes una resolución, piensa que si te niegas á ser mi esposa, te haré sufrir lo que no ha sufrido ninguna criatura.

Y al pronunciar estas palabras el caballero de Rocheforte, salió del aposento.

Ana se pasó las manos por la frente, se oprimió el pecho, elevó al cielo una mirada y exclamó:

—¡Dios omnipotente!

No pudo la pobre niña articular una sílaba más.

El llanto corrió en abundancia por sus mejillas.

No era posible que en aquellos momentos se diese clara cuenta de su situación.

Pocas horas después estaba su tio lo mismo que siempre y nadie hubiera adivinado la borrasca espantosa que agitaba su espíritu.

Muy pocos días después quiso la picara casualidad que Ana viese al caballero Renat y que sintiese lo mismo que su tutor sentía, es decir, que de rondón y sin que supiese como y contra toda su voluntad, el travieso Cupido se metió en el pecho de la inocente niña, aposentán-

dose allí como quien en su casa se aposenta.

Ya sabemos que lo mismo le había sucedido al mancebo calavera, complicándose la situación, y haciéndose muy crítica la de la huérfana.

No sabía ésta fingir, y como tampoco tenía por qué recatarse el mancebo, sucedió lo que debía suceder, es decir, que el caballero de Rocheforte se apercibió que había quién encontrase á su sobrina muy bella, y de que á su sobrina le había parecido muy bien la hermosura del noble galán.

Todo esto debía ser obra del diablo, y por consiguiente, el resultado tenia que ser el peor.

No arrebatadamente, sino con alguna calma mil veces más terrible que los arrebatos de la cólera, habló por segunda vez el caballero á su sobrina, diciéndole:

—No ignoro que el señor de Renat te galantea, y que sus galanteos no te desagradan, y antes de que este asunto tome proporciones de cierta importancia, debo advertirte que si llegas á corresponder al amor de ese hombre, abusaré de un secreto que conozco, y sin necesidad de hacer uso de mi influencia, el padre de ese mancebo irá, no á la Bastilla, sino al cadalso, se confiscarán sus bienes, y sus hijos quedarán deshonrados y en la miseria.

La amenaza no podía ser más terrible.

Sufrió la joven lo que no es posible comprender.

Y el mancebo siguió galanteando con tanto acierto y tanta fortuna, que consiguió hablar con Ana, y lo que es más, que ésta le correspondiese.

No podía la joven guardar secretos para el hombre á quien amaba tanto, y le dió á conocer su situación con la franqueza propia de su edad y de su candor.

Cometió una imprudencia que pudo costarle muy cara; pero no sucedió así, porque Renat, por primera vez en su vida, se dominó fué prudente y reflexivo, y no cometió la locura de pedir al señor de Rocheforte cuentas de su proceder.

Era verdad que éste conocía un secreto muy peligroso para el anciano padre de Renat, que en otro tiempo se había metido en intrigas políticas de carácter grave.

Comprendió el mancebo que le convenía callar y disimular, esperando que lo favoreciesen las circunstancias, y de acuerdo con la niña infeliz, ocultó su amor.

Todo esto debió contribuir á encender más y más la pasión del joven, resultando que su amor fué verdadero, inextinguible, y que consideró como la mayor dicha el unirse á la bellísima joven.

Del amor de ésta nada es menester decir; pues en su situación debía concentrarse, como se concentraron todas sus afecciones y toda su ternura en Renat.

Este era para Ana el amor único, la única esperanza, el único objeto que hacía agradable su vida, el único objeto y fin de su existencia.

¿Qué sería de la pobre Ana si moría Renat?

Y la muerte estaba muy cerca, y era David el noble David, quien debía matarlo.

Para que se salvase, ¿qué debía suceder?

No había salvación posible sino la muerte de David, del desdichado huérfano que se había sacrificado para salvar á la familia de Jacobo.

Las consecuencias de aquel duelo provocado sin que se supiera cómo, debían ser horribles para Isabel ó para la sobrina de Rocheforte.

No podía ser una de estas favorecida por la fortuna, sin que tuviese que sufrir la otra.

Las circunstancuias, como se ve, se habían complicado.

¿Qué hubiera hecho David si conociera la situación de su adversario?

No podía retroceder, porque ya el duelo era cuestión de honra.

Tampoco había de dejarse matar, porque todos tenemos el deber de defender la vida, y porque la suya interesaba mucho para que se hiciese justicia.

Con lo dicho basta para que se comprenda la escena que vamos á referir, y apreciemos, sus consecuencias en su verdadero valor.

CAPITULO XVIII

EL INSTINTO Y LA TERNURA DE ANA

Pensaba Renat que quizás por última vez veía á la niña encantadora á quien amaba tanto, y por más que se esforzase para ocultar lo que sentía, por más que disimulase, y aunque sus labios se entreabriesen para sonreir, algo había en su semblante que no hubiera podido decirse lo que era y que impresionaba desagradablemente.

Ana contempló á su amante por algunos momentos, y la sonrisa que había empezado á desplegar, convirtióse en gesto doloroso.

—¡Dios mío!—exclamó.

Y mortal palidez cubrió sus mejillas, y tembló convulsivamente, y en su mirada se reveló el pavor de que se sentía poseída.

Su instinto le anunciaba una desdicha inmensa.

Ya sabemos que no se equivocaba.

—¿Qué te sucede?—le preguntó el mancebo—. Me esperabas con ansiedad, porque me amas mucho, como yo te amo, me presento y en vez de considerarte feliz y tranquilizarte, si es que has abrigado algún temor, parece me miras con espanto.

—¡Renat!...

—Explícate—repuso el mancebo, cogiendo y besando con ternura inmensa las manos mórbidas y admirablemente modeladas de la pobre niña—: siéntate y hablemos como siempre hemos hablado, y dime que me amas, y yo te diré que te adoro, y las horas pasarán como brevísimos instantes, y nuestra dicha no tendrá igual.

—Lo que siento no puedo explicarlo. Sufro mucho, porque tú también sufres.

—¡Que sufro!...

—Tu semblante me lo dice.

—Me ves sonreir...

—Tu sonrisa es dolorosa y amarga.

—¿Y mi tranquilidad?

—Es espantosa.

—Ana mía...

—El corazón me anuncia grandes desdichas.

—Temores vanos.

—No, porque mi corazón no me ha engañado nunca. Por segunda vez en mi vida siento un trastorno que no acierto á calificar.

—Pero...

—Aguarda—interrumpió la joven.

Y se puso en pie y se acercó á la puerta mirando á la habitación inmediata y escuchando.

—¡Con cuánta violencia palpitaba su corazón!

—¿Temes que nos sorprenda tu tío?

—No, porque habría de pasar por donde está mi dueña, que me avisaría según hemos convenido.

—Entonces...

—Nada temo por mí, sino por tí... Ricardo mío, háblame con franqueza dime la verdad... Te lo suplico en nombre de nuestro amor... ¿No me amas mucho?... Sí, me amas como yo á tí, y te ruego por nuestra ternura infinita... ¡Ah!...—exclamó la joven fijando una mirada de mortal angustia en su amante—.— Yo no tengo secretos para tí... ¿Por qué tú me ocultas lo que más puede interesarme?

—Acabarás por hacerme creer que estoy triste.

—Preocupado.

—No tengo motivo.

—Algo muy grave te ha sucedido esta noche.

—Pues lo único que he hecho ha sido cenar muy bien con mis buenos amigos el vizconde y Marbut.

—Algo más.

—Hemos reído y cantado hasta el punto que se incomodase el pacífico maese Curcanon, dueño de la hostería de *Las siete musas*, y luego hemos bebido y brindado con unos españoles que habitan en la misma hostería, y con otro que vive en la casa inmediata.

—No, no—murmuró Ana.

—La única desgracia que tengo que deplorar, es que me he visto obligado á detenerme más tiempo de lo que deseaba, privándome así de la dicha de verte.

—Ricardo—replicó la joven con creciente exaltación—, en estos momentos tienes el alma en los ojos y tu alma está llena de amargura. ¿Por qué lo niegas? ¿Por qué me haces sufrir como nunca he sufrido?

El mancebo empezó á sentirse turbado.

No podía resistir la influencia de la mirada profunda y fascinadora de la joven.

Esta elevó al sielo una mirada dolorosa y exclamó:

—¡Dios mío!... ¿Por qué me ocultas la verdad?... ¡Ah!...

La pobre niña se oprimió el pecho. Apenas podía respirar.

Su amante djo:

—La prueba de que nada ha sucedido, la tienes ante tus ojos, puesto que aquí estoy en completa salud y con tranquilidad completa y sin sufrir más que la molestia consiguiente al cansancio, porque ya he dicho que hemos gritado excesivamente, y reído, y bebido más de lo que nos convenía. He hecho una locura, lo reconozco, y no haré otra, te lo prometo, porque ya me fatigan esos desórdenes en los que no encuentro goce ninguno.

—Basta—replicó la noble niña con gravedad. Debo respetar tu reserva; pero... ¡Que Dios tenga compasión de mí!

Dos lágrimas se escaparon de sus ojos, rodaron por sus pálidas mejillas y fueron á caer sobre las manos de Renat.

El llanto de la mujer amada no lo resiste ningún hombre. El silencio de una lágrima, hace más que todas las súplicas.

Lo que sintió Renat no puede explicarse, ni podría comprenderse.

—¡Oh!—exclamó—. Me destrozas el alma.

—¿Y la mía?

—Pues bien, todo lo sabrás, y si tienes un espíritu elevado, si me amas verdaderamente...

—¿Es preciso que yo te dé una prueba de mi amor?... ¡Qué felicidad!... Habla, Ricardo mío, dime lo que he de hacer para que te convenzas de que no hay sacrificio que me parezca grande si por tí lo hago.

—Lo único que quiero es que tengas valor.

—¿Hemos de separarnos por una temporada?

—No.

—¿Dejaré de verte?

—Tampoco.

—¿Seguirás amándome?

—Más cada día, más cada momento.

—Entonces me considero feliz.

—¿Me amarías si yo fuese cobarde hasta el punto de olvidar mi honra?

—No.

—Si te pusiesen en la alternativa de morirte ó quedar deshonrada...

—Moriría.

—Tengo que poner á salvo mi honor.

—¡Ah!...

—Pero cuento con el auxilio de Dios, y...

—¡Señor misericordioso!

No necesitaba la pobre niña más explicaciones.

Su amante debía batirse, ¿pero cuándo?

¿Y cuál era la causa del duelo?

Esto era lo único que quería saber.

Durante algunos minutos permaneció silenciosa, porque no pudo articular una sílaba.

—Está bien—dijo al fin con voz concentrada.

—Mi adversario...

—¿Quién es?

—Un español, cuyo nombre ignoro, puesto que no lo sé más que á medias.

—¿Y has de batirte con un hombre á quien no conoces?

—Parece un caballero, y esto me basta.

—¿Y por qué has de batirte?

—No sé como sucedió mientras cenábamos, que uno de nosotros dijo algunas palabras algo ofensivas para los españoles, y quiso la casualidad que en aquel momento se encontrasen muy cerca de nosotros los que se hospedan en la hostería. Como era natural, volvieron por su honor, y sucedió lo único que podía suceder.

—Comprendo.

—Ni odiamos á esos hombres, ni ellos nos odian, y sin embargo, nos batiremos como si fuésemos los mayores enemigos, porque así lo manda nuestro deber de caballeros.

El rostro de la joven había cambiado de expresión.

Ya no lloraba.

Brillaban sus pupilas con el fuego de su espíritu privilegiado.

Se había contraído su frente.

—No quiero que tiembles, Ana mía, porque no quiero que seas cobarde.

—Me llamo Rocheforte.

—Y yo Renat.

—¿Y sabrás mirar frente á frente la muerte que te amenaza?

—Sí.

—Bien, Ricardo mío.

—¡Cuánto te amo!

—No tiemblo, ya lo ves, pero...

—Espera tranquila.

—Mi alma...

—Es grande y sublime.

—Pero está destrozada.

—Pensando en tí no es posible que la muerte se atreva á poner su helada mano sobre mi corazón, porque el fuego de mi corazón la abrasaría.

—Yo también creo que el Omnipotente escuchará mis súplicas.

—Sí, las escuchará.

—Pero no siempre alcanza la criatura lo que desea.

—Cuando con ciega fe se acude á la misericordia divina...

—Fe no me falta.

—Triunfaré, no lo dudes.

Volvieron á quedar silenciosos.

Ambos se esforzaron por aparentar una calma que estaban muy lejos de sentir.

La joven se puso en pie, abrió un armario, sacó una cajita y dijo:

—Prométeme que harás lo que yo te pida.

—Te lo juro.

—Toma.

Abrió Ana la cajita y sacó un escapulario, entregándoselo á Renat, y diciéndole:

—Lo colocarás sobre tu pecho, y pensarás en mí y en mi santa madre, que en el cielo está y en este momento nos contempla, nos escucha y nos bendice, porque nuestros pensamientos son puros.

—¡Ah!—exclamó el mancebo con voz ahogada por la emoción de una ternura infinita.

Y besó con profundo respeto el escapulario.

Aunque muy poco, sus ojos se humedecieron.

Contra su voluntad, otras dos lágrimas brotaron de los azules y magníficos ojos de la encantadora niña.

—Este llanto—se apresuró á decir—, no significa debilidad.

—Ya lo sé.

—Es ternura, es...

—¡Ana mía!

Y cruzaron las más tiernas frases.

Sería imposible repetir sus palabras.

Y el tiempo pasó como si las horas fuesen minutos.

No pensaban que cometían la mayor de las locuras, pues Renat necesitaba descanso para recobrar el vigor que había perdido, y estaba perdiendo.

Después de una noche de vigilia y de violentas conmociones, ¿cómo había de encontrarse para batirse?

Empero se veían quizás por última vez y cada minuto era para ellos un tesoro inapreciable.

Ana pensó en lo que no pensaba su amante, y le dijo:

—Vete.

—¡Que me vaya!

—Sí.

—Dejarte ahora...

—A tu lado soy la más feliz de las criaturas.

—Yo también.

—Pero antes de todo, es tu existencia.

—Aquí no corro ningún peligro.

—Necesitas reposo.

—No tengo sueño.

—Sin embargo...

—Ricardo mío, te lo ruego...

—No, no.

—Si he de estar tranquila vete á descansar, y si así no lo haces sufriré mucho, perderé la esperanza de volver á verte.

Tuvo Renat que obedecer, poro ¿cómo se despedía?

En vano buscó una palabra que expresase sus sentimientos.

¿Cómo había de encontrarlas si hay sentimientos que solamente se expresan con una mirada ó con un gesto, ó tal vez con el silencio?

A la joven le sucedía lo mismo.

Se contemplaron.

Confundíanse sus miradas.

Sus almas también se habían confundido y pudiera decirse que no eran más que una.

—¡Adios!—dijo por fin Renat.

—¡Ah!...

Sin que ellos mismos se diesen cuenta de lo que hacían, abrazáronse.

Con desigual violencia latieron sus corazones.

Era tal vez eterna aquella despedida,

y no podían separarse con la frialdad ceremoniosa que lo hacían otras veces.

¿Cómo habían de dominarse en aquellos momentos tristísimos?

Era imposible.

Hizo un esfuerzo sobrehumano Renat, separóse de Ana y salió trastornado, loco.

Cuando estuvo en la calle se detuvo.

Aspiró con avidez el aire frío y húmedo.

Se oprimió el pecho.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Y ahora voy á morir, ahora que la vida tiene para mí tanto encanto!

Apretó los puños con toda la fuerza de la desesperación.

Centellas se escaparon de sus ojos.

Bien pronto empezaron á menguar sus fuerzas.

—¿Qué hora es?—murmuró—. ¿Me queda tiempo para descansar?

Fijó la mirada en el sombrío edificio.

—¡Ana, Ana!—exclamó—. ¡Pobre niña!... Si pudieras comprender lo que sufro... Tú también te quedas con el alma destrozada... ¡Voy á morir!...

Un penoso suspiro exhaló el mancebo.

Presentía la muerte.

Un año antes se hubiera reído al ir á batirse, porque no conocía de la vida más goces que los borrascosos de la disipación, de las orgías y de los desórdenes.

Su valor era el mismo que siempre; pero le espantaba la idea de que Ana quedase á voluntad de su miserable tutor.

Maquinalmente se dirigió á su casa.

Se acostó, pero no pudo conciliar el sueño.

Besó mil veces el escapulario.

Nadie lo veía, y...

¿Quién lo hubiera creído?

Dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

¡Renat lloraba!

El mancebo loco, desalmado...

Aquel llanto hubiera parecido inverosímil.

La desgraciada niña también lloraba.

Cuando quedó sola, volvió á dejarse caer ante el reclinatorio.

Oraba fervorosamente.

Ayes desgarradores se escapaban de su pecho.

Ni siquiera pensó en acostarse.

Por fin desplegó la aurora sus dulces sonrisas.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la joven.

Y se puso en pie, se pasó las manos por la frente y miró á todos lados con ansiedad indescriptible.

No lloraba entonces.

Sus ojos estaban secos y brillaban con el fuego de la fiebre que la devoraba.

Se acercó á una ventana, la abrió...

¡Infeliz!

Empeñábase en descubrir el sitio donde su amante expiraba quizás en aquellos momentos.

El temor y la duda la atormentaban horriblemente.

¡Qué largos le parecieron los minutos!

Brillaron en Oriente los primeros rayos del sol.

La población despertaba.

La naturaleza sonreía.

Pero en densas tinieblas estaba envuelto el espíritu de Ana.

Lo que sufría no puede concebirse.

Ya no podía rezar.

Su agitación era cada momento más violenta.

¿Moriría en aquellos momentos su amante?

Aún no podemos salir de dudas, lector, porque antes hemos de averiguar lo que había hecho Jacobo y el jesuíta al salir de la vivienda de la señora Barbon.

CAPITULO XIX

DÓNDE ACABAREMOS DE DAR Á CONOCER AL PADRE LEOTARDO

Mientras descansan los que han de batirse, aprovecharemos el tiempo para volver á unirnos con Jacobo de Tordesillas y el padre Leotardo, á quienes, según recordará el lector, dejamos cuando salieron de la vivienda de la señora Barbon.

Una vez en la calle, detuviéronse á los pocos pasos, y después de mirar á su alrededor y convencerse de que nadie los observaba cruzaron las palabras siguientes:

—Vuestra tardanza en acudir al llamamiento de esta señora—dijo el jesuíta—, me hace presumir que os ocupábais en asunto de interés.

—No os habéis equivocado, respondió el esposo de Isabel—, puesto que fuí á ver á uno de mis enfermos.

—¿Tenéis ahora que hacer algo?

—Nada.

—Entonces...

—Supongo que ahora querréis hablarme...

—Sí, hermano, porque es digno de tomarse en cuenta lo que acaba de suceder.

—Entremos, porque si ese hombre me conoce, no es prudente que permanezcamos aquí.

—Aunque ha cometido una torpeza, no deja de ser astuto y malicioso, y puede observarnos.

Después de volver á mirar á todos lados, entraron en la hostería.

Ya digimos que una de las escaleras que conducían al piso superior, estaba en el aposento donde antes hemos penetrado; y al decir una, fué porque había otra cerca de la cocina y de la cual, con raras excepciones, se servían solamente el hostelero y sus criados.

Esto lo sabía perfectamente el jesuíta conociendo además otras circunstancias de que pensaba sacar partido en provecho de sus miras y con la ayuda de Jacobo.

Atravesaron, pues, el largo pasillo de que hicimos mención, y dejando á la derecha el comedor donde cenaban los jóvenes, llegaron á la escalera escusada, después de haber recibido una luz de manos de maese Curcanon.

Subieron, entraron en un aposento bastante reducido, donde no se veían más muebles que una modesta cama, una mesa y dos sillas.

—Este es—dijo el religioso, mirando á su alrededor.

Y añadió luego:

—¿Os habéis asomado á la ventana?

—Sí, ya he visto el patio.

—Bien.

Jacobo se dejó caer en una de las sillas, quitóse la gorra, la arrojó sobre la cama, inclinó sobre el pecho la cabeza, y quedó inmóvil.

Entonces pudo examinarse su rostro, donde se pintaban claramente sus horribles sufrimientos.

En aquel tiempo que había transcurrido desde la última vez que lo vimos en Madrid, había enflaquecido notablemente y sus cabellos y barba habían empezado á encanecer.

Hubiérase dicho que no un año, sino diez, habían pasado, dejando en aquel rostro la mano implacable del tiempo una huella indeleble.

Imposible parecía que el señor Antolín hubiera reconocido al esposo de Isabel.

No debía suceder lo mismo á David, que lo había visto una sola vez, con muy poca luz y á través de las rendijas de la doble circunstancia de que el huérfano fijó entonces más su atención en la que se asemejaba á su madre.

Antes de proseguir la escena que hemos empezado, diremos que Jacobo, con el papelito mágico del padre Fulgencio, había encontrado en París la protección más decidida del padre Leotardo, á quien no tuvo inconveniente en confiar sus secretos, ya porque así era justo que lo hiciera, ya porque no le importaba ser conocido donde nada debía temer de sus perseguidores.

A no ser por el jesuíta, el desdichado fugitivo habría tenido que sufrir en la capital de Francia, por lo menos los primeros meses, todos los tormentos de la más espantosa miseria, y le habría sido imposible vivir sin mendigar el sustento

De nada le servía su ciencia si no era conocido, si de ella no daba prueba alguna, y antes que se le presentase ocasión de dar estas pruebas, habría de pasar mucho tiempo.

No solamente porque lo había prometido, sino por gratitud y hasta por conveniencia, ofrecióse á servir al padre Leotardo, ó lo que es lo mismo, á la Compañía de Jesús; aunque sin consentir en prestar juramento como afiliado, lo cual le dejaba en la libertad más completa de no obedecer cuando creyese que era criminal lo que se le exigía.

El padre Leotardo socorrió, pues, á Jacobo, y no limitó á esto su protección sino que escribió enseguida al padre Fulgencio, con el fin de que éste participase sin demora lo que consiguiesen averiguar sobre Isabel y la niña.

Jacobo no perdía la esperanza, porque si la hubiera perdido lo habría matado

el dolor de su desesperación; pero el tiempo pasaba y sufría horriblemente y más cada vez, porque su dolor no era de los que menguan con el tiempo.

Como le había sucedido desde que emprendió su fuga, arrepintióse muchas veces de haber abandonado á su esposa y su hija, lo cual aumentaba su sufrimiento, pues sus dudas daban ocasión á que en su alma se sostuviese constantemente una lucha desgarradora.

Muy desgraciada era Isabel; pero quizás era mucho más desgraciado Jacobo.

Lo mismo que ella, él estaba privado de su hija tuvo que soportar además la miseria, y no encontró el consuelo y la desinteresada protección de amigos como los hidalgos, el huérfano y Martín.

Aunque en poder del abate la inocente niña, Isabel tenía la seguridad de que su hija vivía; pero Jacobo no sabía sequiera si existían los dos seres á quién tanto amaba.

En vano intentaríamos pintar el sufrimiento espantoso del nieto de Gil Pérez; en vano intentaríamos hacerlo comprender.

Envejecía; y su dolor profundo, intenso, callado y sin consuelo, alguno, devoraba lentamente la existencia del infeliz.

¡Pobre padre, pobre esposo!

¿Qué había que pudiera endulzar su horrible vida.

Aunque abrigaba esperanzas, eran muy débiles, esperanzas que debían desvanecerse con el tiempo.

—Tal era su situación.

Del jesuíta poco tenemos que decir, puesto que ya hemos empezado á ver que era dueño absoluto de la voluntad de la señora Barbon y que conocía todos los secretos de ésta.

Y lo mismo que de la dama, era dueño de la sirviente, procediendo con tal habilidad, que Luciana, creyendo servir á Dios, era un verdadero espía de su señora y debía serlo también del hidalgo.

Con este sistema era imposible ser engañado.

Sin embargo, para sus planes no debió parecerle bastante todo esto al jesuíta, y decidió á Jacobo á que viviese donde pudiera observar respecto á la casa y familia de la señora Barbon.

Lo que se proponía el padre Leotardo no es del caso ahora, y lo sabremos oportunamente.

Algunos minutos pasaron sin que ninguno de los dos hablase.

El jesuíta rompió al fin el silencio para decir:

—Hermano Jacobo, repasad vuestra memoria que os es fiel.

—En eso consiste mi mayor desgracia—replicó Tordesillas—. ¡Oh!... Si me fuera posible borrar todos mis recuerdos...

—Sufriríais más.

—Hablemos de lo presente.

—¿No conocéis á ese hombre?

—Su nombre no me es desconocido.

—¿Y su persona?

—La he visto alguna vez en mi vida: pero no recuerdo cuando, ni en que circunstancias.

—Siento que no recordéis.

—Yo también.

—Ese hombre os conoce.

—Ya lo he comprendido.

—Y me atreveré á decir que no es vuestro amigo. Si hubieseis observado como yo...

—No se me ha ocultado el efecto producido por mi presencia.

—Palideció y retrocedió espantado. ¿Os teme?

—No, puesto que ya hemos visto que me busca, es decir, que tiene interés, que forma empeño en sostener relaciones conmigo.

—Ese hombre os odia, pero ¿por qué intenta haceros algún mal; pero ¿con qué fin?

—No es fácil adivinarlo.

El jesuíta apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

Jacobo guardó silencio y pareció meditar.

Probablemente se había olvidado del señor Antolín, á pesar de que éste era el objeto de la conversación.

—Procedamoscon orden—dijo el padre Leotardo después de algunos momentos.

Tordesillas levantó la cabeza y se dispuso á escuchar: no parecía sino que nada le interesaba el asunto; tal era la indiferencia que revelaba su semblante

El jesuíta lo miró, hizo un leve gesto de disgusto, y añadió:

—Señor Jacobo, preciso es que deis más importancia á lo que ha sucedido esta noche.

—¿Qué puedo temer? No hay desgracia ninguna después de las que he sufrido, y si ese hombre no amenaza más que mi vida...

—El dolor suele extraviar vuestro buen juicio. Vuestra vida no es nada para vos, como no lo es para ningún hombre que en fuerza de desengaños se ha convencido de que nuestra existencia no es más que una lucha constante que termina con la muerte, y que si algún goce alcanzamos en este mundo, cuesta tan caro, que pierde todo su mérito; pero no es por vos por lo que debéis vivir, sino por vuestra esposa y vuestra hija, pues los hombres de corazón como el vuestro, los que están dotados de un alma grande y noble, no viven para sí, viven para los demás.

—¡Mi esposa, mi hija!—murmuró Jacobo con voz ahogada.

—Sospecho que algo tiene que ver Santoyo con las personas que os son tan queridas.

—Lo dudo.

—Veremos quién acierta.

—Creo que todo lo más, será algún enemigo personal mío, que me odie por un motivo cualquiera, y si no, un enemigo que me busca para hacerme daño, un miserable que ya me lo haya hecho y tema mi venganza, porque ignora que yo las ofensas las castigo con el desprecio.

—No todas.

—¿Acaso creéis que soy vengativo?

—Según.

—No os comprendo.

—¿Perdonaréis á los que sean causa de la muerte de vuestra esposa ó de vuestra hija?

—¡Oh! — exclamó Jacobo apretando los puños y dejando escapar dos centellas de sus ojos.

Luego elevó al cielo una mirada ardiente, y dijo:

—¡Dios mío! dadme fuerzas para ser generoso con los que me han separado de mi esposa y de mi hija, dádmelas, porque creo que me faltarán.

—Recobráis la energía... Bien.

—Acercaos,—repuso Angélica con acento dulce y suplicante. (Pág. 63.)

—Padre mío...

—No olvidemos el asunto que ahora más nos interesa.

—Perdonad... Vuelvo á escucharos.

—Y yo voy á deciros lo que sé del señor Antolín de Santoyo.

—Desde luego os aseguro que no es una persona respetable.

—Tres meses hace que está en París, y por circunstancias que ahora no son del caso, tuvimos que fijar nuestra atención en él. ¿A qué ha venido? Nadie lo sabe. Es pobre, y sin embargo, siempre tiene la bolsa llena de oro. Se pasea como si no tuviese que hacer otra cosa más que divertirse; pero alguna vez se le ha visto preocupado, muy preocupado, y por último, hay motivos para creer que antes de venir á Francia ha estado en Alemania y en Flandes.

—Proseguid.

—¿Empieza á interesaros más el asunto?

—Ese hidalgo se ocupa tal vez en alguna intriga de mucha importancia; pero aún no veo qué relación pueda tener conmigo.

—Continuaré.

—Sí, sí.

—Hay otra persona que me es enteramente desconocido y sobre el cual ha sido imposible hacer averiguación alguna; pero por lo que se ha observado se sospecha que espía al señor Antolín de Santoyo.

—Tampoco eso tiene nada que ver conmigo.

—Reunid antecedentes y cambiaréis de opinión—repuso el jesuita, cuya astucia era tal vez más refinada que la del abate.

Y luego añadió:

—El señor Antolín de Santoyo, que es pobre, tan pobre como el último mendigo, gasta mucho, lo cual prueba que recibe dinero de alguien y este dinero no se le da sino en pago de algún servicio.

—La deducción me parece acertada; ¿pero qué clase de servicio es ese?

—Según todas las apariencias vuestro compatriota viaja en busca de una persona á quien no ha podido encontrar, y digo esto, porque hace hoy lo mismo que cuando llegó á París.

—¿Y esa persona?...

—Sois vos.

—¡Yo!...

—Sí, vos, cuya presencia ha producido el efecto que habéis observado.

—¿Para qué puede buscarme Santoyo?

—Para haceros un mal, para mataros tal vez; porque así lo dicen claramente la sorpresa y el terror que primero se pintó en su semblante, y después el deseo de continuar con vos en estrechas relaciones. Su criminal intento no es hijo del deseo de satisfacer un odio personal, sino para obedecer á quien le paga tan largamente.

De deducción en deducción, el astuto jesuíta se acercaba tanto á la verdad, que le faltaba muy poco para adivinarla por completo.

—La persecución de que sois objeto—añadió—, la prisión de vuestra esposa y la desaparición de vuestra hija. ..

—¿Os parece incomprensible todo eso?

—Me parece demasiado misterioso—repuso el jesuíta—, y teniendo en cuenta esos antecedentes y además la situación, circunstancias y conducta extraña del señor Antolín de Santoyo, temo que éste no sea completamente ajeno á las intrigas de vuestros perseguidores, ó de otro modo, que no la Inquisición, sino algún inquisidor, está interesado en haceros desaparecer. Me diréis que nada de esto se explica, pero es menester que penséis que no porque nos sea imposible acertar con las causas debemos negar la existencia de ellas.

Jacobo quedó pensativo.

Empezaban á convencerlo los razonamientos del jesuíta; pero ¿cuál era la causa misteriosa de tanto suceso inexplicable?

Ni Tordesillas ni el padre Leotardo sospecharon que la belleza de Isabel era el origen de todo.

—Escuchad mis últimas advertencias—dijo el jesuíta después de algunos momentos.

—Ayudadme, sí, ayudadme, porque mi dolor me trastorna.

—Nada pierde el hombre por estar prevenido, porque si su temor ha sido vano, ningún mal se ha hecho con adoptar precauciones.

—Es verdad.

—Afortunadamente contamos con grandes medios de defensa; pero ahora más que nunca necesitamos saber lo que sucede en el interior de la casa de la señora Barbon. De todo lo que

pueda apercibirse Luciana, tendré inmediatamente noticias, en tanto que vos desde esta ventana, podréis también observar mucho. Por de pronto, el convite del señor Antolín es sospechoso.

—¡Sospechoso!...

—Sí, tan sospechoso como todo lo demás. Preciso es no perder de vista ninguna circunstancia. Vuestro compatriota se ha casado creyendo que la señora Barbon era muy rica, y ya lo habéis visto desesperado al ver que el supuesto tesoro consistía en unos cuantos pergaminos. Su esposa, pues, vieja, fea, é impertinente, no puede ser considerada más que como un estorbo, como una carga insoportable para el señor Antolín.

—¿Y qué deducís de eso?

—No deduzco nada; pero lo tengo en cuenta.

—Entre esa señora con su vejez y su fealdad, la Inquisición, el señor Antolín y el convite...

—No encontráis relación alguna, ¿no es verdad?

—No.

—Primero os convidaba á comer, y aun prefería cenar solo con vos, y luego, cambiando de parecer, quiso que de la cena participase su esposa.

—Permitidme que vuelva á preguntaros lo que de todo eso deducís.

—Repito que no deduzco nada.

—Entonces...

—Pero lo temo todo.

Iba Tordesillas á replicar; pero lo interrumpió el padre Leotardo, diciéndole:

—¿Nada oís?

—Gritos y risas en el piso bajo.

—Mucho alborotan.

—Como esta casa es concurrida de gente joven y alegre...

—Pero gritan ya demasiado.

—¿Qué nos importa?

—Bueno es saber lo que sucede: por saber nada se pierde, señor Jacobo, ni por saber, ni por estar prevenidos... No olvidéis esta máxima.

—¿Y cómo hemos de averiguarlo?

—Fácilmente, puesto que maese Curcanon es uno de los más adictos servidores de la Compañía.

—¿Vais á llamarlo?

—Sí—respondió el jesuíta.

Y salió del aposento, llegó á la escalera y llamó al hostelero.

No tardó en presentarse con semblante de mal humor.

—¿Qué os sucede?—le preguntó el jesuíta.

—Nada, y mucho—respondió el hostelero.

—Explicaos.

—¿No estáis oyendo el alboroto?

—Sí.

—Pues es la causa de mi disgusto.

—Ya debíais estar acostumbrado á estas escenas.

—Acostumbrado estoy: pero me desagrada que haya disgustos entre personas que honran y sostienen mi establecimiento, porque eso puede perjudicarme mucho. Mientras esos jóvenes no han hecho más que gritar y reirse, todo iba bien; tampoco me importa gran cosa lo de las burlas á la pobre criada de la señora Barbon, porque esta no ha de darme mucha utilidad.

—¡La señora Barbon decís!...

—Sí, una que vive en la casa inmediata, vieja, solterona... Es decir, ya no es soltera, puesto que se ha casado esta noche.

—Continuad.

—Pero como esa buena señora se ha casado con un español, y los jóvenes alegres han dicho de los españoles cosas desagradables, y como dió la pícara casualidad de que esas cosas las oyesen al entrar otros dos españoles que se alojan en mi casa, que hacen mucho gasto, que pagan muy bien y que incomodan muy poco...

—Hermano—interrumpió el jesuíta—, decís á la vez muchas cosas y no se os entiende ninguna. Referid punto por punto lo que ha sucedido, sin omitir ningún detalle, en la inteligencia de que nos interesa saberlo y de que, según ya os he indicado, este caballero es de mi más completa confianza.

—Obedezco—dijo maese Curcanon, inclinando respetuosamente la cabeza.

No necesitamos repetir sus palabras, puesto que ya sabemos lo que tenía que decir.

Con la más escrupulosa exactitud refirió lo que hasta entonces había sucedido, es decir, hasta el punto en que

el caballero de Marbut había salido para ir á casa de la señora Barbon.

Para el jesuíta tuvo el relato un interés que nadie hubiera podido apreciar.

Jacobo había escuchado también con mucha atención, si bien no daba á la locura de los jóvenes importancia alguna.

Lo único que para él presentaba algún interés era la circunstancia de ser españoles los que casualmente habían tomado parte en el lance.

El jesuíta dió algunos pasos mientras reflexionaba.

El hostelero, en actitud respetuosa, esperó nuevas órdenes.

Al cabo de algunos minutos detúvose el padre Leotardo y preguntó:

—¿Quiénes son esos dos españoles?

—Casi no puedo decirlo.

—Sus señas, sus nombres, las observaciones que hayáis hecho...

—El uno es más joven que el otro.

—¿Qué edad tiene?

—No pasará de veinte años.

—Es casi un niño.

—Sí, padre, casi un niño; pero con el rostro de hombre.

—¿A qué llamáis rostro de hombre, maese Curcanon?

—A un semblante adusto, una mirada sombría, una expresión meditabunda y triste que no es propia de la juventud.

—Perfectamente.

—Se llama David.

—¿Qué más?

—No ha dicho que tenga otro nombre.

—David, David... Continuad.

—Viste como un caballero, y sus maneras y su conversación son las de un hombre bien educado; pero no se advierte en él ese orgullo, esa altanería de los nobles de raza; es modesto, sencillo, grave... y nada más. Parece que está siempre preocupado, que sufre y que todo le es indiferente.

—Maese Curcanon, os felicito por vuestra clara inteligencia.

—Gracias, padre mío.

—¿Y el otro?

—Se llama Juan.

—¿Juan de qué?

—También lo ignoro.

—¿Creéis que á propósito ocultan sus nombres.

—Creo que sí.

—Lo cual prueba que se ocupan de alguna intriga misteriosa...

—No he podido adivinar lo que hacen en París. Salen y entran lo mismo de día que de noche; se levantan unas veces temprano, tarde otras, nadie viene á buscarlos, ni parece que tengan amigos.

—El llamado Juan no parece de educación tan distinguida, es de genio más alegre, más expansivo suele jurar como un soldadote, y lo mismo se chancea conmigo que requiebra á las criadas. Guarda al otro muchas consideraciones, lo trata con cierto respeto, y muchas veces he creído que es un simple criado; pero se llaman amigos, comen en la misma mesa, duermen en la misma habitación, y ambos disponen lo que se les antoja sin contar el uno con el otro.

—¿Su edad?

—Unos cuarenta años.

—¿Qué más?

—Se conoce que es hombre de mucho mundo y debe haber corrido la mitad de Europa.

—¿De qué lo deducís?

—Dos de mis criados son, alemán el uno y flamenco el otro, y á cada cual le habla en su lengua.

—Decís que viven bien, y pagan largamente...

—Dan las monedas de oro con la más fría indiferencia—repuso el hostelero.

—¿Opináis que son hombres honrados?

—Eso sí; la honradez la llevan en el rostro.

—Hermano, es preciso averiguar quiénes son esos hombres y lo que hacen en París.

—Tal vez ahora, con lo que está sucediendo, nos sea más fácil; pero debo advertiros que no son tontos ni inocencentes que se dejen sorprender, porque lo que al uno le falta de años y experiencia, le sobra al otro: y el llamado Juan es la astucia personificada y se conoce que está más acostumbrado á burlarse de los demás que á que se burlen de él.

—A pesar de eso, es preciso.

—Bien, padre, bien.

—Ahora bajad, observadlo todo y dadnos parte de lo que vaya sucediendo,

porque me esperaré hasta el fin de la aventura.

Maese Curcanon hizo una profunda reverencia y salió del aposento.

Jacobo y el jesuíta se ocuparon desde aquel momento de la locura de los jóvenes.

No repetiremos sus palabras, porque no fueron más que una serie de comentarios que ninguna importancia tenían por entonces, aunque debían tenerla después muy grande.

Así pasó el tiempo sin que ninguno de los dos mostrase impaciencia.

Por fin se presentó el hostelero, dando cuenta exacta de lo demás que había sucedido, sin olvidar la circunstancia más leve ni la palabra más insignificante.

Maese Curcanon era un observador, no solamente exacto, sino inteligente y perspicaz, de modo que el jesuíta pudo hacerse cargo de la situación y comprenderlo todo como si lo hubiera visto.

Después de reflexionar por espacio de algunos minutos, el padre Leotardo dijo al hostelero:

—Supongo que los dos españoles os habrán encargado que los despertéis al rayar el día para acudir á la cita con exactitud.

—Sí, señor.

—Pues antes de despertarlos vendréis á dar aviso al señor Jacobo, porque tiene que hablarles.

El esposo de Isabel miró sorprendido al jesuíta.

Pero éste con su calma y sencillez característica, continuó diciendo:

—Nada más por ahora, maese Curcanon. Estoy satisfecho de vuestra lealtad y de vuestro deseo de servir á Dios, así como de la rara inteligencia que mostráis. Esperadme en el despacho, porque dentro de algunos minutos me iré.

—Señor Jacobo — añadió el jesuíta cuando el hostelero hubo salido—, os presentaréis á esos dos españoles misteriosos, les diréis que habéis tenido noticia de que van á batirse, y como buen compatriota les ofrecéis vuestros servicios, que han de necesitar, puesto que algunos de los contendientes han de ser heridos.

—No se me alcanza el objeto que os proponéis.

—Lo que me propongo es no perder de vista á esos hombres, porque presiento que hemos de averiguar cosas que nos interesen mucho.

Aunque Jacobo, desde que encontró al padre Fulgencio, iba acostumbrándose al sistema de los jesuítas, no pudo menos de sorprenderse y admirar la astucia y la previsión del padre Leotardo.

Inútil era hacer á éste nuevas preguntas, porque no había de dar más explicaciones.

Siempre sonriendo, siempre tranquilo, púsose en pie el religioso, mientras decía:

—Al amanecer irá Luciana á buscarme y me dará cuenta exacta de todo lo que ha sucedido en casa de su señora, porque habrá escuchado sin perder una palabra las conversaciones del señor Antolín con el joven Marbut y de éste con la señora Barbon.

—¿Cuándo he de veros?—preguntó Jacobo.

—Yo vendré cuando me parezca oportuno.

—¿No tenéis que hacerme ninguna otra advertencia?—preguntó Tordesillas.

—Ninguna, porque os sobra entendimiento para obrar con tino.

—Dios os guarde, padre mío.

—Y á vos os consuele.

Salió el jesuíta.

Jacobo volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho, quedando inmóvil.

Reflexionó sobre lo que acababa de suceder; pero á los pocos minutos ya se había olvidado de todo y no pensaba más que en su esposa y en su hija.

—¡Isabel!—murmuró—¡Hija mía, hija de mi alma!... ¿Qué será de vosotras, qué será?

La voz se ahogó en su garganta.

Dos lágrimas abrasadoras rodaron por sus pálidas mejillas.

¡Cuánto sufría!

¡Desdichado!

CAPITULO XX

SE ACERCAN

Apenas la aurora esparció sus resplandores, maese Curcanon se presentó á Jacobo.

Este se había levantado ya, y al ver al hostelero le preguntó:

—¿Vais á llamar á los dos españoles?

—Sí.

—Pues rogadles que me escuchen algunos momentos antes de salir.

—¿He de decirles vuestro nombre?

Reflexionó Tordesillas sobre la conveniencia de decir la verdad sobre este punto, y creyó prudente guardar reserva, porque lo mismo que cuando menos lo esperaba había encontrado un enemigo en el señor Antolín, podía encontrar otros dos.

La conducta de David y Juan era misteriosa, y según las apariencias, ocultaban sus verdaderos nombres, lo cual creyó Jacobo que le ponía en el caso de hacer lo mismo.

—No—respondió al fin.

—¿Y si me lo preguntan?

—Decid que llegué anoche y que aún ignoráis cómo me llamo.

—Así daré una prueba de que no soy curioso

Salió el hostelero, volviendo cinco minutos después para decir:

—Esos caballeros os aguardan. No me han hecho ninguna pregunta, ni por consiguiente he tenido que dar ninguna explicación.

—Llevadme á su aposento.

—Venid.

Bien pronto se encontró Tordesillas frente á los que con tanto afán lo buscaban.

Unos y otros se miraron; pero se convencieron de que no se conocían.

Esto debía suceder por las razones que indicamos ya.

Cruzaron algunas palabras, y dijo David:

—Aunque por pocos minutos, porque nos esperan, estamos á vuestra disposición, y nos alegraremos que nos proporcionéis ocasión en qué serviros, siquiera porque sois español como nosotros.

—Ya sé—respondió Jacobo, mientras continuaba examinando atentamente el rostro de sus interlocutores—, ya sé que vais á batiros.

—¡Qué lo sabéis!...

—No debe sorprenderos, porque son muchos los que se han enterado de vuestra disputa.

Ni David ni Juan contestaron á estas palabras, sino que se concretaron á mirar á aquel hombre, esperando que se explicase con más claridad.

—Precisamente — añadió Jacobo —, vuestro duelo es la causa de esta visita.

—¿Sois acaso pariente de alguno de nuestros contrarios?

—Ni siquiera los conozco.

—No os entendemos...

—La sangre correrá.

—Para eso nos batimos.

—A estas horas y en la soledad del campo no encontraríais socorro para los heridos.

—Aún no comprendo lo que queréis—replicó David.

—Soy médico y me ha parecido un deber ofreceros mis servicios: si se hubiera tratado de franceses, los habría dejado: pero si por no acudir con prontitud muriese uno de vosotros, no me perdonaría yo mismo. Aceptad, señores, si gustáis: yo me ofrezco sinceramente, porque en tierra extraña vale para mí un español lo que en nuestra patria no valdría, y al último desconocido en Francia, si es mi compatriota, lo miro como en España al mejor de mis amigos.

Era tal la dulzura del acento de Jacobo, que cautivó á los otros y particularmente á David.

La proposición no dejaba de ser extraña; pero estaba hecha de un modo que no podía rechazarse.

—Caballero—dijo David—, mucho tenemos que agradeceros vuestra buena voluntad.

—¿Aceptáis?

—Sí, aunque os advertimos que puede comprometeros vuestra generosidad, porque ya sabéis el rigor que en Francia, desde hace algún tiempo, se emplea contra los duelistas.

—Lo sé; pero si los deberes no se cumplieran sino cuando no hay riesgo alguno, cuando no hay que hacer ningún sacrificio, la virtud no sería virtud.

—No sé por qué me agrada este hombre—pensó David—, ni por qué tampoco parece que su voz resuena en lo más profundo de mi alma.

—¿Por qué—se decía Juan—, me infunde respeto este hombre, como no me lo infundiría el más noble caballero?

Volvieron á mirarse unos á otros, y como al cabo de algunos momentos

comprendiese Jacobo que David y Juan dudaban sobre el giro que habían de dar á la conversación, dijo:

—No os detengáis por mí: creo que la cita es al amanecer...

—Sí.

—Mirad los primeros rayos del sol.

—Vamos, pues.

—Cuando gustéis.

Salieron de la hostería.

David estaba más sombrío que nunca.

Juan, el alegre Juan, se sentía triste sin saber por qué, si bien estaba seguro de que su tristeza no procedía del temor de que lo matasen.

Tal era el efecto que Tordesillas había producido con su presencia.

—¿Quién es este hombre?—se preguntaba David—; ¡ha dicho que es médico! pero no es bastante. Ha callado su nombre... ¿Será un olvido casual?... Y su ofrecimiento, aunque parece justificado por la circunstancia de que somos compatriotas, me hace también cavilar... Por su extraño ropaje parece ser muy pobre, y sin embargo habita en *Las siete musas*, donde no se vive barato.

Todas las cavilaciones, los cálculos y suposiciones de David, no podían conducirle á la verdad.

¿Cómo había de sospechar siquiera que aquel hombre era el esposo de Isabel?

¡Lo buscaban con tanto afán y lo tenían allí sin conocerlo!

Probabilidades había de que aquella situación terminara felizmente, porque probable era que el señor Antolín pronunciara el nombre del médico al verlo y reconocerlo.

Algunos minutos después de haber salido de la hostería, David y Juan se esforzaron para hacer que sus rostros cambiasen de expresión, y el primero dirigió la palabra á Jacobo, hablándole de España, y haciéndole disimuladamente preguntas que debían dar por resultado satisfacer en parte su deseo de saber quién era el médico misterioso.

Pero Tordesillas, prevenido como estaba, no cayó en el lazo, porque se apercibió de que se le tendía, y esto fué un motivo más para que desconfiase de los dos españoles, así como también inspiró mayor desconfianza con su reserva.

No solamente ni unos ni otros respondieron claramente á ninguna pregunta, sino que tampoco dijeron la verdad ni aun sobre los puntos que tenían menos importancia.

Así como Tordesillas sospechó si los españoles serían dos enemigos como el señor Antolín, ellos llegaron á creer que Jacobo era un agente del abate.

Para esto se fundaron en el efecto que habían visto producirle el nombre de Claudio Florentín pronunciado como por casualidad.

En aquella ocasión la astucia de Juan no le sirvió sino para engañarles, y en cuanto á David, que se había acostumbrado á desconfiar de todo, no consiguió sus deseos, porque aquella misma desconfianza se lo estorbó.

Lo cierto es que una horrible fatalidad parecía perseguir constantemente al esposo de Isabel.

Una sola palabra hubiera bastado para hacerlo casi feliz.

Empero ni se había pronunciado, ni tal vez se pronunciaría.

La conversación terminó, como era consiguiente, antes de que llegaran al lugar de la cita.

Disimuladamente lanzó Juan más de una mirada amenazadora á Jacobo de Tordesillas.

—Está visto—pensó el sirviente, cuyo carácter conocemos ya—, necesito ese gorro de pieles, y como su dueño no querrá dármelo, tendré que quitárselo con la cabeza.

Cuando más preocupados iban, oyeron una voz que en lengua española decía:

—Buenos días, caballeros.

Volviéronse y vieron al señor Antolín, cuyas largas piernas avanzaban rápidamente.

Bien pronto se reunieron.

—¡Diantre!—exclamó el hidalgo, sorprendido al ver á Jacobo—. ¿Vos también por aquí, mi querido Hipócrates?

—Ya lo veis—respondió Tordesillas, estrechando la mano que le alargaba el señor Antolín.

—¡Voto á cien mil legiones!... Yo os tenía por hombre pacífico... ¿A cuál de esos mancebos pensáis enviar al

otro mundo?... Pero explicadme, doctor, explicadme cómo es que venís á batiros sin espada.

—No vengo á batirme, sino á prestar los socorros de la ciencia al que los necesite.

—Eso es otra cosa, y no os doy las gracias, porque estoy seguro de que no necesitaré vuestros auxilios... ¡Vive el cielo!... Yo no sabía que erais amigo de estos señores... Vamos, caballeros, vamos, no crean esos mozalbetes que tenemos miedo, aunque si he de decir verdad no me gusta batirme tan temprano, porque á estas horas no tiene uno apetito para almorzar bien, y el estómago vacío, la cabeza torpe, y el ánimo entristecido... ¿No es verdad respetable Galeno?... Me levanté al rayar el día y no he podido detenerme más que para comer una mísera tortilla y un pollo fiambre, y beber una botella de nuestro rico vino del Priorato.

—Se conocen, son amigos—pensaron á la vez David y Juan.

Y esto acabó de hacerles creer que debían desconfiar de Jacobo.

Hablando sin cesar el señor Antolín, llegaron al lugar de la cita.

—Aún no han venido nuestros adversarios... Mejor, porque así descansaremos... ¡Oh!... No puedo avenirme á esto de sacar la espada cuando estoy en ayunas; pero me consuela que despacharemos pronto y me desquitaré comiendo, bebiendo y brindando, si no por la salud del caballero de Marbut, que ya habrá muerto, por la salvación de su alma.

CAPITULO XXI

EL DUELO

No tuvieron que esperar mucho.

Los seis jóvenes llegaron, saludando cortésmente á los otros y dando las gracias á Jacobo de Tordesillas, cuya presencia se les explicó.

Marbut no podía ocultar su agitación, aunque debemos advertir que no tenía miedo, sino que se esforzaba en vano para dominar su ira.

La burla de que había sido objeto le tenía desesperado y no podía mirar con calma al señor Antolín.

—¿Estáis dispuestos?—preguntó con impaciencia.

—Os esperamos.

El vizconde parecía completamente tranquilo.

Miró con indiferencia á sus adversarios.

¿Y Renat?

Densa palidez cubría su rostro, donde se veían las señales inequívocas del insomnio.

En vano se esforzaba para aparecer tranquilo.

Sonreía; pero como la noche anterior, melancólica y amargamente.

—No has dormido—le dijo el vizconde, mientras los testigos elegían el terreno.

—Muy poco.

—Nada, mi querido Renat.

—Cuando no se duerme lo que se necesita, se siente uno peor que cuando no se acuesta.

—Además, parece que estás muy preocupado.

—Te equivocas.

—Tu rostro lo dice.

—Pues miente mi rostro.

—No quiero decir que tengas miedo, pues conozco tu valor; pero bien puede suceder...

—Me desagrada este lance.

—También á mí.

—¿Por qué nos batimos?

—Por nada.

—¿Te has vuelto juicioso?

—Soy como siempre he sido.

—No es menester mucho juicio para reconocer que hemos cometido una locura.

—La culpa es de Marbut.

—Sí.

—Había bebido demasiado.

—Y temo que sucumba, porque está trastornado por la ira, y cometerá alguna imprudencia.

—Lo peor será que nosotros paguemos sus pecados.

—Y morir á manos de extranjeros...

—¡Oh!...

—Eso es lo que me tiene pensativo.

—Y que no puede ponerse en duda el valor de los tres españoles.

—Parece que tienen la seguridad del triunfo.

—Sí.

—Llegó el momento.

—Vamos, pues.

Se habían cumplido todas las formalidades.

Se reconocieron las armas.

Cada cual ocupó el sitio que le correspondía.

Tocábale al vizconde batirse con Juan, lo cual no hubiera hecho el aristocrático joven á saber que su adversario era un plebeyo, cuya posición más elevada y honrosa había sido la de criado.

Para que se comprenda mejor esta escena, pintaremos uno por uno el combate de cada dos adversarios.

El señor Antolín, bastante tranquilo y sonriendo burlonamente, cruzó la espada con Marbut mientras decía:

—Cuidado no os equivoquéis como la noche anterior.

—¡Oh!—exclamó el noble mancebo, de cuyos negros ojos se escaparon dos centellas—. Matadme si podéis, porque yo no me contentaré con heriros.

—Yo tampoco, porque jamás os perdonaré que me hayáis molestado en los solemnes instantes de la cena, ni tampoco que me hayáis obligado á madrugar y á salir de mi morada casi en ayunas. ¿No sabéis lo que me ha sucedido por culpa vuestra? Pues os lo voy á referir... Cuidado señor de Marbut: esa clase de golpes son muy peligrosos, porque yo tengo los brazos más largos que vos, tan largos que aun así derecho... Mirad...

La espada del señor Antolín acababa de hacer saltar la sangre del rostro del mancebo.

Este rugió como un tigre.

—Caballero—añadió el hidalgo—, os enfadáis casi tanto como anoche, cuando en lugar de una Venus de mórbidas carnes os encontrasteis con un esqueleto forrado de pergamino apolillado.

—¡Vive el cielo!...

—Calma, calma...

—¿Aún os burláis?

—No me burlo; pero tengo curiosidad de saber una cosa: cuando mi noble esposa la señora Angélica Barbon os tendió los brazos, ¿no os pareció que iba á sacaros los ojos con las uñas en vez de haceros una caricia?

—Acabemos...

—Yo también deseo concluir, porque como dije estoy casi en ayunas y me siento muy débil... ¿Qué es esto?... Bien, señor de Marbut, muy bien: me habéis roto mi precioso coleto; pero no me habéis tocado á la carne, si bien es verdad que tengo muy poca ó ninguna... Pues como os decía, mi huésped me ha hecho de mala gana la tortilla, y estoy seguro de que no ha gastado en ella más que seis huevos; pero en cambio me la presentó nadando en aceite, que me ví obligado á beber como pudiera haberlo hecho una lechuza.

Estaba cada vez más desesperado Marbut, por cuyo rostro seguía corriendo la sangre.

El señor Antolín creyó llegado el momento oportuno, y mientras continuaba hablando, quedóse en descubierto como por descuido.

Su adversario, aprovechó la ocasión, tirándose á fondo; pero antes de herir, entró en su pecho la espada de su adversario, que no tuvo que hacer más que inclinar un poco el cuerpo y extender el brazo, cuya longitud era su mayor ventaja.

El hermoso joven vaciló un instante y cayó pesadamente sin exhalar una queja.

—Esto ha concluido — dijo el señor Antolín.

Y envainó la espada, se retorció el bigote, cruzó los brazos y fijó la mirada en los combatientes.

Jacobo se acercó á Marbut, pero apenas lo reconoció, dijo tristemente:

—Ha muerto.

Juan se había acordado de todas sus mañas de soldado viejo y había puesto en juego toda su travesura para vencer.

El vizconde era un adversario muy temible, pero el sirviente no se desconcertó por esto, y adoptando un sistema parecido al del señor Antolín, hablaba sin cesar para distraer y hacer perder la paciencia al noble caballero.

—Buena muñeca tenéis — dijo el fiel criado—: pero se conoce que no os habéis batido muchas veces.

—Mejor para vos.

—Yo sé lo que es dar cuchilladas, porque desde muy joven serví en los ejércitos de su majestad católica. He

hecho la guerra de los Países Bajos y en Alemania, y también me he batido en vuestra tierra.

—No me importaba saberlo.

—Pero yo os lo digo por dos razones: la primera porque no puedo estar mucho tiempo callado, y la segunda porque así os hago pasar el tiempo más agradablemente... ¡Cuernos de Satanás!... Buen golpe... Estuve en Gravelinas y allí me harté de matar franceses, y en San Quintín envié al otro mundo lo menos cuarenta de vuestros compatriotas... ¡Dios de Dios!... No hay cosa que más me divierta que matar un francés... Si hubieseis sido soldado, si tuvieseis mi edad, y sobre todo, si hubieseis estado en Gravelinas, á la orilla de aquel pícaro río donde se ahogaron tantos de los vuestros... No podéis imaginaros cómo corrían los franceses, y nosotros corríamos también; pero con la diferencia de que ellos huían y nosotros los perseguíamos, acuchillándolos lindamente.

Al herir el sentimiento nacional del vizconde, conseguía Juan su objeto.

El aristocrático joven iba perdiendo la calma.

—¡Vive el cielo! — exclamó —. ¿Acabaremos?

—¿Y por qué no habéis acabado? Por mi parte si no os he matado ya, ha sido por lástima...

—¿Callaréis?

—Sois joven, y hermoso y rico, os amará alguna mujer, y temo que esa mujer me maldiga porque la he privado de su galán.

Hasta entonces se había concretado Juan á defenderse, y poco á poco cambiaba de sitio, llegando el caso de que el vizconde se encontrase casi cara á cara con el sol.

—Ahora—gritó el sirviente.

Brilló su espada como un relámpago, y deslumbrado el caballero, no pudo parar el golpe, sintiendo atravesada la garganta.

El infeliz exhaló un grito y cayó.

Acudió presurosamente Jacobo y reconoció la herida.

—Creo que se salvará—dijo.

Y luego añadió:

—Vuestros pañuelos para hacer un vendaje.

Juan y el señor Antolín obedecieron.

Desde aquel momento Tordesillas no pensó más que en los auxilios que el herido necesitaba.

Quedaban aún en pie David y Renat.

Eran dignos el uno del otro.

Ninguno de los dos había pronunciado una palabra.

Ninguno de los dos había perdido la perfecta calma con que empezaron á batirse.

Sus rostros estaban pálidos y contraídos y sus ojos brillaban como carbunclos.

Los golpes más certeros eran parados con una maestría verdaderamente admirable.

La única ventaja que David tenía sobre su adversario eran las fuerzas.

A pesar de esto, ni se habían herido ni parecía posible que se hiriesen.

Aquella era la primera vez que el huérfano se batía; pero con el maestro que había tenido, nada debía envidiar á los más experimentados.

Ambos jóvenes, hermosos y valientes, no puede decirse cuál de los dos interesaba más.

Ni uno ni otro habían pensado siquiera en valerse de los ardides que habían dado la victoria al señor Antolín y al sirviente.

Al fin Renat empezaba á sentirse fatigado.

Su respiración se hizo violenta.

El sudor corrió por su rostro.

Las fuerzas de David no habían disminuído.

Ya hemos dicho que el huérfano estaba dotado de una resistencia física nada común, y tanta debía ser su fuerza, que alguna vez, según recordará el lector, se había ofrecido á ponerla á prueba con la de Simón.

Preciso era terminar.

Sin duda David no esperaba sino á que su adversario se cansase, y cuando conoció que esto había sucedido, redobló sus golpes, descargándolos tan á menudo, que apenas bastaba para defenderse de ellos la agilidad y maestría de Renat.

Tres ó cuatro minutos continuaron así.

De pronto la espada del joven francés se escapó de sus manos.

Estaba desarmado; pero no herido.

No había hecho hasta entonces uso

de la daga, porque David tampoco había sacado la suya; pero recurrió á ella cuando se vió sin la tizona.

El huérfano, veloz como una centella, dejó caer su espada, se arrojó sobre Renat, y antes de que éste pudiera sacar la daga, lo asió por el cuello, apretándole y sacudiéndolo tan rudamente, que le hizo perder el sentido.

El noble mancebo cayó en tierra.

Acudieron sus amigos y Jacobo.

—Lo habéis ahogado...

—No—respondió David.

—Mirad...

—Parece que está muerto.

—Señores, os ruego que me escuchéis.

—Decid.

—¿Me he batido noblemente?

—Sí.

—¿Creéis que tengo miedo?

—Nadie puede poner en duda vuestro valor.

—Pues bien, declaro que me he batido porque no se me crea cobarde; pero no abrigando ningún odio contra vuestro amigo, no quiero matarlo.

—A que lo maten ha venido, caballero.

—Ya lo sé, y su valor lo ha probado.

—Entonces...

—Le he privado del conocimiento para concluir el lance sin que haya una desgracia más, y desde que habéis reconocido que no soy cobarde, estoy resuelto á no batirme sin que se me ofenda gravemente.

Sorprendidos se miraron unos á otros.

Nadie esperaba aquel desenlace.

No había ninguna razón que oponer á las de David, porque fuera de razón hubiera sido obligarlo á que acabase de matar á Renat.

La nobleza de alma y el valor ejercen una gran influencia, y el huérfano tuvo la satisfacción de que todos le felicitasen y le ofreciesen su amistad.

Desde aquel momento la escena cambió completamente.

Jacobo declaró que efectivamente Renar estaba vivo y que su trastorno no tendría consecuencias desagradables.

Trataron sobre lo que debían hacer, y los tres jóvenes que habían servido de testigos dijeron, que por lo que pudiera suceder tenían cerca de allí sillas de de manos y gente de su servidumbre.

Bien pronto quedó todo arreglado.

Separáronse los españoles de los franceses.

Los primeros se encaminaron á sus respectivas viviendas.

El señor Antolín entró en la de su esposa y los otros en la hostería.

No se había pronunciado el nombre del esposo de Isabel, lo cual creyó él que era una gran fortuna, y sin embargo, aquella casualidad había sido su mayor desgracia.

Cuando Jacobo entró en su habitación, se encontró con el jesuíta, que lo esperaba.

CAPITULO XXII

DESPUÉS DEL DUELO

Jacobo refirió lo que había sucedido, hablando de sus sospechas sobre los dos españoles, fundadas en la reserva de éstos y en el empeño que al parecer mostraban en hacer cierta clase de averiguaciones.

El jesuíta escuchó atentamente, sonrió según su costumbre, y dijo:

—Somos de distinta opinión.

—¿No teméis que esos dos hombres sean dos enemigos como el señor Antolín de Santoyo?

—No.

—¿Y en qué os fundáis, padre mío?

—En su noble proceder. Ya habéis visto lo que el más joven ha hecho con su adversario, y éste no es el proceder de un intrigante ni de un traidor. En cuanto al llamado Juan, nada tiene de extraño que se haya valido de ciertas mañas, porque al fin, como hombre de grosera educación, no se cree obligado á guardar cierta clase de consideraciones, ni á cumplir esos deberes de que son esclavos los caballeros. De todos modos es preciso aguardar, y el tiempo aclarará nuestras dudas; mientras reuniremos antecedentes y reflexionaremos. No pasará semana sin que me lleguen noticias de Madrid.

—¡Ah!...

—Espero que esas noticias me ayuden mucho.

—Si hubieran encontrado á mi hija...

—Es lo más probable, puesto que mis hermanos trabajan sin cesar, y tal vez hayan conseguido que don Martín de Qui-

ñones se decida á ponerse de nuestra parte.

—Vuestra será mi vida si me devolvéis á mi esposa y á mi hija.

—Paciencia, hermano, paciencia.

—¡Dios mío, Dios mío!...

—Os dejo descansar—repuso el jesuíta, poniéndose en pie.

—¿Ya os vais?

—Sí.

—¿Fué á veros Luciana?

—Y me ha dado una prueba de su fidelidad y algunas noticias, que son para mí de mucho interés.

—¿No habéis cambiado de opinión?

—Al contrario, y os recomiendo que no os olvidéis de que esta ventana puede servirnos de mucho. He trazado un plan... En fin, veremos... Que Dios os guarde, señor Jacobo.

Mientras tenía lugar esta conversación, hablaban también la sensible Angélica y su esposo.

Ella había abierto los brazos al ver á su muy amado esposo, exclamando:

—¡Antolín de mi alma!

A pesar de lo que había sucedido la noche anterior, no se mostró ofendido el hidalgo, sino que sonriendo alegremente, dijo:

—Mi querida Angélica, Angélica de mi corazón, acabo de dar una soberbia estocada al hermoso galán que me disputaba tu amor.

—¡Dios bendito!—exclamó la dama con acento de terror profundo.

—Mira, mira—repuso el señor Antolín, desenvainando la espada—, aquí tienes la prueba, ésta es su sangre, caliente aún... Figúrate que esta tizona es un asador y que el señor de Marbut era un pollo: pues bien, lo ensarté como para asarlo, y el pobrecito, sin hacer un solo gesto, emprendió el gran viaje al otro mundo, y á estas horas debe estar almorzando con Satanás ó lloriqueando delante de Dios.

—¡Antolín, Antolín!...

—Ese mozalbete vanidoso turbó anoche mi cena y me ha obligado esta mañana á batirme casi en ayunas.

—El caballero de Marbut pertenece á una poderosa familia y te perseguirán...

—Tranquilízate, porque todos han jurado guardar el secreto...

—Bien, Antolín, si crees que nada tienes que temer...

—Absolutamente nada.

—Si no tenemos que ocuparnos de poner á salvo tu persona...

—No, Angélica mía, no tengo que ocuparme más que del almuerzo—repuso el hidalgo—, porque me siento debilitado como si fuese á morir.

—Sí, de tu almuerzo y de nuestro amor... ¡Ay!—exclamó la dama, exhalando un lastimero y prolongado suspiro—. ¡Qué noche de bodas, Antolín, qué noche!... Las horas, que me parecían siglos, que me parecían eternidades, pasaban, mientras yo, con los brazos abiertos, atento el oído al más leve rumor y fija la mirada en esa puerta, te aguardaba con todo el afán de mi pasión devoradora, te aguardaba; pero ¡ay! sólo con los ojos del alma he visto tu imagen querida, y con la fantástica sombra forjada en mi mente, he tenido que contentarme...

A los ayes y suspiros de la señora Barbon, respondió el hidalgo con un bostezo, y después de hacerse algunas cruces en la boca, replicó:

—El deber me llamaba á otra parte, y con harta pena me separé anoche de ti, como ahora tengo también que separarme para ir á almorzar.

—¡Te vas!...

—¿Qué hemos de hacer contra las pícaras exigencias de nuestra organización?

—¿Y por qué no almuerzas aquí?

—No tengo ningún inconveniente.

—Antolín, los sucesos de anoche y el de esta mañana deben haberte preocupado mucho y tenerte trastornado.

—Te equivocas.

—Lo digo, porque aún no has pensado en dirigirme una palabra de ternura, en hacerme una caricia...

—Es que estoy desfallecido, he madrugado mucho, y casi en ayunas he ido más allá de la barrera de San Antonio, y he tenido que emplear todas mis fuerzas para vencer á mi adversario.

—¡Ay...

—Pero mientras almuerzo, te dirigiré palabras cariñosas, te hablaré de nuestro amor y de la dicha que nos espera...

—Sí, sí.

—Y luego...

—Luego aquí á mi lado...

—Tendré que ir á *La espada de fuego* para recoger mi equipaje.

—Consiento en ello, si después no has de separarte de mí.

—¡Estaremos unidos hasta la muerte.

—¡Antolín de mi alma!...

—Espera: ahora me dirás eso... Voy á mandar á Luciana que me traiga de almorzar.

Llamó el hidalgo á la sirviente y le dijo:

—Supongo que no tendréis inconveniente en ir á *Las siete musas*.

—Señor...

—Llevaréis un cesto grande, bastante grande, y le diréis á maese Curcanon que tenga la bondad de llenarlo con lo que crea conveniente para un almuerzo digno de mi noble persona, sin que se olvide del vino añejo.

La sirviente recibió una moneda de oro de manos del señor Antolín y salió.

Una hora después había concluido de almorzar nuestro hidalgo, y dirigiendo algunas frases cariñosas á su adorada Angélica, se encaminó á la hostería de *La espada de fuego* con el fin de recoger su equipaje.

Nada de particular ocurrió en el resto del día.

David y Juan habían hablado mucho del médico misterioso y del señor Antolín, cambiando con frecuencia de opinión.

Juan había preguntado al hostelero el nombre del galeno; pero maese Curcanon, encogiéndose de hombros, había respondido con la mayor naturalidad:

—Ignoro cómo se llama. Para que veáis, señor Juan, lo curioso que soy.

—¡Qué ignoráis cómo se llama una persona que vive en vuestra casa!

—¿Os sorprende eso?... Pues precisamente me sucede lo mismo con vosotros: sé que vuestro nombre de pila es Juan, y el de vuestro compañero David; pero ni me habéis dicho vuestro apellido, ni os lo he preguntado, ni os lo preguntaré, porque lo que me importa es que mis parroquianos me paguen corrientemente y estén contentos conmigo. La curiosidad podría perjudicar mi crédito y no quiero ser curioso. Cuando ese hombre no me ha dicho cómo se llama, es porque quiere ocultarlo, y yo debo respetar su voluntad.

Juan se rascó una oreja y se volvió al lado de David, diciéndole:

—Esto empieza á disgustarme y es preciso hacer algo.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Primeramente necesito ver á ese médico sin su maldita gorra de piel de zorro, porque me parece que eso es un disfraz.

—No será difícil conseguirlo.

—¿Cómo, señor David?

—Hemos de pagarle la visita, iremos á verle, y probablemente lo sorprenderemos con la cabeza descubierta.

—Lo probable es que hasta para dormir tenga puesta la gorra.

—Entonces...

—Escuchadme.

—Disponed, amigo mío, porque ya sabéis que reconozco la superioridad de vuestro ingenio.

—Tanto como el médico, nos interesa ese hidalgo truhán—dijo el sirviente.

Y llevó á David á la ventana, abriendo ésta, y añadiendo:

—Asomaos.

Asomóse el huérfano.

—¿Qué veis?—preguntó el criado.

—El mismo patio que siempre he visto.

—¿Y qué más?

—Nada.

—¿Pero qué tiene el patio?

—Señor Juan, dejaos de misterios.

—¿Veis aquellas dos ventanas?

—Sí.

—Son de la casa de la señora Barbon, ó lo que es lo mismo, del señor Antolín de Santoyo.

—Empiezo á comprender.

—Frente á esas ventanas tenéis esa otra.

—Pertenece á esta casa.

—Y al aposento que ocupa el médico misterioso.

—Ahora comprendo perfectamente vuestro plan.

—Observaremos desde aquí, sin perjuicio de hacer las demás averiguaciones que nos sea posible.

—¿Y qué hemos de adelantar con todo esto?

—No lo sé: pero aunque no adelantemos nada en cuanto al objeto de nuestro viaje, conseguiremos siquiera no abu-

rrirnos, porque os aseguro que la vida que llevamos es insoportable.

Ni David pidió más explicaciones, ni Juan se cuidó de dárselas.

Y puesto que ya conocemos algo de los planes del astuto sirviente, los dejaremos para volver al palacio de Rocheforte.

CAPITULO XXIII

NUEVO INCIDENTE

No tuvo Ana que esperar á la noche para saber el resultado del duelo, porque los tres jóvenes calaveras eran demasiado conocidos, y cundió rápidamente la noticia de la muerte de Marbut y de encontrarse herido el vizconde.

De Renat no se decía nada, y aunque la joven, ó más bien su dueña, preguntó, no le dieron más que noticias vagas, de las que no podía deducirse la verdad.

—Vive—dijo la noble joven—, y parece que ni siquiera está herido. Ninguno de los españoles ha muerto, y aseguran que se batieron con mucho valor. ¿Cómo ha podido terminar el lance sin que Ricardo ó su adversario queden siquiera heridos? Esto es incomprensible.

Reflexionó la joven.

¿No había acudido Renat á la cita.

¿Se había dormido y acudió tarde?

¿Se había puesto enfermo repentinamente?

Todas estas preguntas se hizo la joven; pero no era posible que adivinase lo que había sucedido.

Su amante vivía; pero ¿no estaba deshonrado por un acto de cobardía ó de descuido?

Esta duda atormentó á la jovven tanto como antes el temor de que muriese el hombre que amaba.

Para ella el honor era antes que todo, y en aquellos tiempos el honor era imposible sin el valor.

Algo de esto, no más que algo, queda en nuestros días; pero no se lleva hasta el punto que entonces, salvo los casos en que está de por medio el amor de una mujer, pues es imposible, absolutamente imposible, que la mujer se enamore de un hombre cobarde.

La mujer se lo perdona todo al hombre, hasta las infidelidades que tan directa y terriblemente hieren su corazón; pero la cobardía no se la perdonan jamás, así como no perdona á los que hieren su amor propio.

En el primer caso desprecia, y en el segundo odia.

Le horrorizaba á la joven la sola idea de despreciar á Renat.

Si este caso llegaba, la figura del caballero de Rocheforte se levantaría noble y grande como ninguno, porque bueno ó malo, había dado pruebas de valor, mirando con desdén la muerte muchas veces.

La incertidumbre hizo sufrir mucho á la desdichada niña.

Tanto temió como anheló que llegase la noche.

No hubiera podido decir si las horas le parecían largas ó breves.

Por fin las tinieblas se extendieron.

Dos horas después se acostó el tío de Ana.

Rezó ella, pidiéndole á Dios que Renat se le presentase digno de ser amado, sin que la cobardía hubiese manchado su honor.

Ni en la casa, ni en sus alrededores, se percibió el más leve ruido.

La dueña preguntó á su señora:

—¿Ha de venir esta noche el caballero de Renat?

—Lo espero.

—Buena señal es esa.

—Que Dios tenga misericordia de mí.

—Nada temáis, señora mía, que más ó menos tarde seréis tan dichosa como merecéis.

La joven exhaló un penoso suspiro.

—Voy á mi puesto—dijo la dueña.

—Aún es temprano.

—Nada perderé por aguardar.

¿En qué estado de ánimo se encontraba el mancebo?

Lo veremos muy pronto.

Dieron las once.

El mancebo llegó á la puertecilla y llamó.

No le hizo esperar la dueña, que abrió inmediatamente, y dijo:

—Vamos, mi noble caballero, que tenéis muy angustiada á mi señora... Ha pasado el día llorando y rezando, y mi-

lagro ha sido que de su angustia no se aperciba mi señor, en cuyo caso nos encontraríamos en el mayor de los compromisos.

—¿Qué me importa ese hombre odioso?—replicó ásperamente el mancebo.

—¿No pensáis que el día que sospeche?...

—Lo mataré.

—¡Jesús!

Aquella noche parecía que no estaba el mancebo de humor de hablar mucho.

—Pues hoy—añadió la vieja—me ha hecho salir mi señora veinte veces. Pues no se le metió en la cabeza que ós habíais batido. Y todo porque supo que había muerto en un duelo vuestro amigo el caballero de Marbut, y que estaba herido el señor vizconde... Verdad es que algunos dicen que vos también...

—Murmuraciones.

—Al ¡Dios gracias estáis bueno.

—Sí.

—Pues es lo que nos importa.

Siguió la dueña hablando.

La mirada de Renat era sombría.

Su rostro estaba pálido y contraído.

Entró en el aposento de Ana.

—¡Ah!—exclamó ésta corriendo á los brazos de su amante.

Cruzaron algunas frases de ternura, porque en aquellos momentos no podían hacer otra cosa.

Algunas lágrimas se escaparon de los ojos de la joven.

Su llanto era de alegría, de dicha.

—Aquí me tienes—dijo Renat—, libre de la muerte por la virtud de tu escapulario, y porque Dios ha escuchado tus súplicas.

—¿Y tu adversario?

—Vivo también.

—Pero herido, ¿no es verdad?

—Ileso.

—Ricardo, necesito explicaciones, porque no acierto á comprender lo que ha sucedido. Ya sé que el desgraciado Marbut...

—Murió... ¡Pobre Marbut!... Fué la causa del lance; pero Dios lo perdone.

—Supongo que no llegaste á tiempo, porque te dormiste...

—¡Ana!... ¿Quién ha dicho eso?—replicó el galán, de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

—Nadie.

—Entonces...

—Repito que lo he supuesto, porque vives, y no estás herido, y tampoco ha muerto tu adversario.

—¡Oh!... Mi adversario, que es casi un niño, no se parece á ningún hombre. Acudí á la cita al mismo tiempo que mis desgraciados amigos. ¿Has podido creer que yo olvidase mi honor?

—No; pero...

—¿Cómo has supuesto que el hombre á quien amas fuese cobarde hasta el punto de no responder á una provocación terminante?

—Perdona, Ricardo...

—Me ves esta noche preocupado, porque dudo, y he venido para buscar la luz de tus consejos, pues no me basta la opinión de mis amigos.

—¿Qué sucede?

—Mi adversario se concretó á parar hábilmente los golpes que le dirigí y el combate se prolongaba sin ningún resultado.

—Así quiso probar que se batía para dejar á salvo su honor; pero sin odio, contra su voluntad.

—No te equivocas.

—Ese no es un hombre vulgar.

—No lo es, y lo reconozco.

—¿Y al fin?...

—Murió el pobre Marbut; cayó herido el vizconde, y nosotros continuábamos lo mismo. Los otros dos españoles hablaban sin cesar; pero mi adversario no articulaba una sílaba; y yo también estaba silencioso. Mis fuerzas disminuían, y llegó un momento en que temí no poder sostenerme con la firmeza que necesitaba para mi salvación. Creí que lo que quería mi adversario era fatigarme para herirme con más facilidad, y me consideré perdido; pero me equivoqué.

—¡Ah!...

—Hice el último esfuerzo, acometí furiosamente para morir ó matar de una vez, y de repente la espada se escapó de mi mano... ¡Oh!... No acierto á explicar lo que sentí...

—¿Qué hicisteis?

—Cumplir mi deber. ¿Había de declararme vencido?

—No, no.

—Quise sacar la daga; pero antes de poder hacer uso de ella, mi adversario cayó sobre mí, me asió por la garganta... No sé más, porque perdí el conocimiento. Cuando lo recobré me encontré en mi casa y entre mis amigos. Pedí explicaciones y supe que mi adversario había declarado que no se batiría si no lo ofendían gravemente, porque no tenía motivo para odiarme, ni me deseaba ningún mal. Ya había dado una prueba de su valor, había quedado á salvo su honor, y no quería más.

—Noble corazón.

—Mis amigos opinan que no debo provocar un nuevo lance, porque no hay razón para ello; pero dudo...

—¿Crees que tu honor no ha quedado en el lugar que le corresponde?

—Repito que dudo.

—Has arrostrado el peligro, has hecho cuanto has podido hacer.

—Pero yo debía morir.

—O matar.

—No ha sucedido lo uno ni lo otro.

—Tu adversario triunfó, porque te faltaron las fuerzas, y en vez de matarte ha hecho de modo que no pudieras continuar la lucha. Además declara que considera concluido el lance y que no se batirá si no se le hace una nueva ofensa. ¿Qué has de hacer? Si le dices que no quieres la vida, te responderá que te la quites, y si para obligarlo á que otra vez saque la espada, le infieres una ofensa, cometerás una injusticia, y Dios sabe si esa injusticia llegará á ser un gran crimen, porque bien puede suceder que seas más afortunado y que lo mates, y tal vez una madre cariñosa lo aguarda, tal vez un padre anciano espera su apoyo, y quizá alguna infeliz mujer lo ama como yo te amo, y destrozas su alma para satisfacer escrúpulos y vanidades de un honor mal entendido. ¿Pueden decir que eres cobarde? No, porque has jugado la vida sin que te vean temblar.

El mancebo inclinó la cabeza y quedó pensativo.

—Ya lo ves—dijo después de algunos momentos Ana—: el escapulario de mi madre...

—Me ha salvado.

—Y no ha sido menester que prives de la vida á una noble criatura.

—Gracias, Ana mía, porque me has tranquilizado.

—Ocupémonos solamente de nuestro amor.

Iba el mancebo á contestar; pero no pudo hacerlo, porque se presentó la dueña muy agitada y con el rostro pálido y desfigurado.

—¡Estamos perdidos!—exclamó.

—¡Dios misericordioso!—dijo Ana.

—¡Vive el cielo!—murmuró sordamente Renat.

Y relumbraron sus ojos, y se contrajo su frente mientras llevó la diestra á la empuñadura de su espada.

Por algunos momentos permanecieron inmóviles y silenciosos.

¿Qué sucedía?

CAPITULO XXIV

ESCENA BORRASCOSA

No pensó el mancebo en huir, porque el valor le sobraba para arrostrar todos los peligros.

Firmemente resuelto estaba á morir defendiéndose y protegiendo á la mujer á quien amaba con delirio.

Ana se sintió con unas fuerzas que nunca había tenido, con un valor desconocido para ella.

También sus pupilas brillaron como carbunclos..

Si tenía miedo era por la vida de su amante.

La vieja los miraba, quería dar explicaciones, y su agitación no se lo permitía.

—Explicaos—dijo por fin la joven.

—Sonó ruido...

—¿Dónde?

—Hacia la cámara de vuestro tío.

—¡Oh!—murmuró sordamente Renat.

—No es eso bastante para que nos consideremos perdidos.

—Pero también he oído la voz de vuestro tío y la de Pablo, que acudía á su llamamiento... Vamos mi noble señor, vamos.

—Se habrá sentido indispuesto.

—De todas maneras me parece...

—Callad...

—¡Virgen santa!...

—Ruido de pasos...

—¡Ah!

—Vete, Ricardo... Aún es tiempo.

—Pero...

—Vete para evitar que yo te vea morir ó que se tiñan tus manos con la sangre de mi tío. Ya sé que tienes valor para todo; pero siquiera por mi bien, siquiera...

—Tranquilízate—dijo Renat con una calma que era en aquellos momentos más temible que la cólera.

Comprendió el mancebo que si se quedaba hacía doblemente crítica la situación de la desgraciada niña, y por bien de ésta decidió alejarse.

—Adiós, Ana mía, hasta mañana.

—Nada temas por mí.

Separáronse.

Renat y la vieja salieron de la cámara.

Atravesaron otra espaciosa habitación y entraron luego en una galería.

En aquel momento, y aunque á larga distancia, apareció un hombre.

Era el caballero de Rocheforte.

En su diestra relumbraba una espada.

Dió algunos pasos y pudo verse entonces un criado que lo seguía con una luz.

La escena que tuvo lugar apenas puede describirse.

Junto á la escalera se encontraba el mancebo.

Su primer impulso fué quedar allí para hacer frente á su rival; pero instantáneamente pensó que no conseguiría más que agravar la situación de la mujer á quien amaba.

Además, si llegaba á sucumbir, como era lo más probable porque acudirían contra él todos los criados, se contentaría con verlo muerto el señor de Rocheforte?

No se contentaría, sino que llevaría su saña hasta el punto de abusar del secreto que conocía para perder al anciano Renat.

El joven tenía, pues, que pensar, no solamente en Ana, sino en su padre.

¿No estaba obligado á dominar los arrebatos de su ira para que se salvasen dos criaturas á quienes amaba tanto?

De todas maneras no era ya posible evitar que supiese el caballero de Rocheforte que un hombre se había introducido en su casa; pero sí que supiese quién era el que había cometido semejante abuso.

Cuando no es posible evitar un mal, debe atenuarse.

Creyendo que cumplía un deber, decidió Renat huir, y empezó á bajar la escalerilla, aunque sin apresurarse tanto que revelara miedo.

Un rugido lanzó el caballero de Rocheforte.

Un grito de pavor exhaló la vieja, escapándose de su mano, cayendo y apagándose la lámpara.

Como el tigre que se lanza sobre su presa, así el caballero de Rocheforte corrió por la galería hacia el sitio en que estaba el mancebo.

Su criado lo siguió.

Todo esto sucedió instantáneamente, en mucho menos tiempo del que se necesita para referirlo.

La vieja quiso huir; pero no acertó á moverse: parecía que sus piés estaban clavados en el pavimento.

Llegó á la escalera el caballero, y como la dueña le estorbaba el paso y no hacía más que exhalar gemidos y temblar, la empujó violentamente.

Cayó la infeliz.

Quiso bajar el caballero; pero tropezó con el cuerpo de la dueña y rodó también, chocando su cabeza con los escalones.

Acudió en su socorro el criado; empero no necesitaba el señor de Rocheforte más auxilio que su propia ira, la desesperación, cuyas fuerzas son incalculables.

Revolvióse y se levantó.

Se había herido y tenía el rostro ensangrentado.

Esta circunstancia contribuía á dar á su aspecto una expresión doblemente terrible.

La dueña continuaba exhalando gritos desgarradores.

—¡Dejadme, señor! — exclamaba el criado.

Y aunque sin luz, seguía bajando Renat, y como conocía perfectamente el interior del edificio por aquella parte, pudo continuar á tientas para llegar á la salida.

Amo y criado bajaron con mayor rapidez.

Vieron en el estrecho pasillo al joven.

—¡Cobarde!—gritó el primero—. Espera, si algún valor hay en tu alma.

Hubiera esperado el galán para dar una prueba de que no alguno, sino mucho valor tenía; pero pensaba siempre en su padre y en Ana, y pensaba también que aunque lo protegiese la fortuna y matase al caballero de Rocheforte, se encontraría comprometido, puesto que el criado de éste declararía y se produciría un escándalo con grave perjuicio de la reputación de la joven.

No se detuvo, pues, siguió hasta llegar á la puertecilla, á tiempo que á diez ó doce pasos de él se encontraban sus perseguidores.

Abrió Renat y salió, alejándose con cuanta rapidez pudo; pero como la puerta quedó abierta, salieron también los otros y corrieron tras él.

Así cambiaba la situación.

Avergonzóse el noble mancebo porque huía, y de repente se detuvo, extendiendo el brazo derecho con la espada, y subiendo con la mano izquierda el embozo para recatar el semblante.

—¡Quieto!—exclamó el tío de Ana, dirigiéndose á su criado—. Este negocio es mío.

—Señor...

—Quieto he dicho.

El deseo lo engañaba.

Había perdido bastante sangre, y al querer ponerse en guardia sintió que se le doblaban las rodillas.

Esforzóse cuanto pudo.

¡Intento vano!

Perdió el conocimiento y cayó.

Acometió entonces el sirviente con más valor que destreza.

Chocaron los aceros.

El combate fué breve.

Sabemos ya que el joven manejaba admirablemente el acero, y antes de que pasase un minuto, el criado cayó sin vida.

—¡Oh!—exclamó Renat—¿Qué debo hacer?

Pudo cometer muy fácilmente un abuso, librándose para siempre de su odioso rival; pero era demasiado noble, y cumpliendo ante todo sus deberes de caballero, se acercó al señor de Rocheforte, se inclinó, lo levantó en sus brazos y volvió á la casa.

Atravesó el pasillo.

Oyó ruido de voces de los criados que acababan de despertar y entonces dejó en el suelo á su rival, retrocediendo y saliendo de la casa.

Magullada y aturdida consiguió levantarse la dueña.

—No sé qué ha sucedido—decía—. Nuestro señor andaba por aquí, se ha caído... Socorredlo.

Corrieron los criados.

Acudió la joven también.

Vió á su tío, lo examinó ansiosamente, y cuando se convenció de que vivía, exclamó:

—¡Gracias, Dios mío!

Nadie sabía lo que había pasado.

Ante todo se ocuparon en llevar á su lecho al caballero de Rocheforte, que poco después recobraba el sentido, miraba á su alrededor y decía:

—¿Dónde estoy?

—Ya lo veis en vuestro aposento.

Restañaron la sangre, vendaron la herida y no hicieron más porque el caballero prohibió terminantemente que fuesen en busca de un cirujano.

¿Por qué había salido de su aposento?

¿Qué tenía que hacer en el pasillo que conducía á la puerta falsa?

Todas estas preguntas se hicieron los criados; pero no pudieron salir de dudas, porque la dueña fingía también que lo ignoraba todo.

En aquella confusión no echaron de menos á Pablo.

El señor de Rocheforte ignoraba la suerte de su criado favorito.

Entre tanto Ana, en su aposento, preocupada y sombría, esperaba los sucesos y estaba dispuesta á todo antes que ceder á las exigencias de su tutor.

¿Y Renat?

No se había alejado mucho de la casa.

Recobró la calma en cuanto era posible.

Reflexionó y comprendió que el cadáver del sirviente sería causa de que se produjese el escándalo, porque la justicia haría averiguaciones, y algo había de traslucirse que fuese en perjuicio de la reputación de Ana.

—Es menester que este hombre desaparezca—dijo Renat.

Y haciéndolo como lo pensaba, corrió hasta llegar á su vivienda, diciendo á dos criados de su confianza:

—Necesito vuestra lealtad.

—¿Qué hemos de hacer?

—Venid y lo veréis, si es que el valor no os falta.

—¡Faltarnos valor para servir á nuestro amo!...

—Lo veremos.

Volvieron á correr.

Aún encontraron el cadáver.

—¿Qué hemos de hacer con esto?—preguntó uno de los criados.

—Yo he matado á este hombre para defenderme.

—Bien muerto está.

—Y aquí hay otra espada, mi noble señor.

—Eran dos los enemigos.

—¡Cobardes!

—No me conviene que encuentren aquí el cadáver de este hombre.

—Pues es fácil que desaparezca.

—Es lo que deseo.

—Dejadnos.

Los dos sirvientes levantaron el cadáver y sin perder un momento se encaminaron al Sena.

Una vez allí, ataron una piedra al cuerpo del criado, y lo arrojaron al agua.

—Asunto concluido.

—Tendréis la recompensa que merecéis.

—Hemos hecho bien poco, mi noble señor.

—Ahora debemos descansar.

Ya no encontraría la justicia nada que le diese motivo para meterse en averiguaciones.

La noche pasó sin que en el sombrío palacio tuviese lugar otro suceso digno de mención.

El caballero de Rocheforte cavilaba y se empeñaba en adivinar quién era el hombre que en su casa había penetrado.

Muchas veces pensó en Renat.

Fuese quien fuese, resultaba que su sobrina tenía un amante.

La garra implacable de los celos se clavó en el alma del caballero de Rocheforte.

Lo que sufrió no es posible concebirlo.

Con frecuencia se sentía trastornado hasta el punto de que faltó muy poco para que perdiese la razón.

Con ansiedad creciente esperó el nuevo día.

—La herida no es de cuidado—decía—; pero me matarán los celos.

—Le fué imposible conciliar el sueño.

Volvíase de un lado para otro sin cesar.

Prohibió á sus criados que entrasen, y ni á su sobrina quiso ver, pues en aquellos momentos no podía pedirle explicaciones, ni adoptar ninguna resolución que diese el resultado que deseaba.

Por fin brillaron los primeros rayos del sol.

Media hora después, y aunque se sentía bastante débil, abandonó el lecho el caballero de Rocheforte.

Perdona, lector, porque antes de decir lo que sucedió entre el tío y la sobrina, tenemos que ir en busca de Jacobo y del señor Antolín, á quienes hemos dejado en una situación la más interesante.

CAPITULO XXV

UN DESCUBRIMIENTO

Después de cenar se puso Jacobo á leer, según hacía todas las noches, y muy cerca de las doce, cuando en todas partes reinaba un silencio profundo, se abrió la puerta de su aposento y entró el jesuíta.

—¿Vos aquí á estas horas?—exclamó sorprendido Jacobo.

—Ya lo veis—respondió sencillamente el padre Leotardo.

—¿Habéis tenido noticias de España?

—No, hermano, ni las espero hasta dentro de tres ó cuatro días.

—¿Entonces qué sucede?

—Tenemos que hacer y vengo á buscaros.

Tordesillas miró con extrañeza al religioso.

—Ahora hemos de ir á casa de la señora Barbon.

—¿Está peor acaso?

—Supongo que duerme con toda tranquilidad.

—Padre mío, explicaos, os lo ruego.

—Vuestras preguntas no me han permitido explicarme.

—Ya os escucho.

—Desde al medio día se ha instalado el señor Antolín en la morada de su esposa.

—Lo he supuesto así, porque lo he visto entrar y salir muchas veces en el aposento á que corresponde una de esas ventanas.

—Pues ahora que el buen hidalgo debe dormir profundamente, porque ha cenado muy bien, Luciana nos abrirá la puerta y tengo esperanza de averiguar mucho.

—Si Santoyo duerme...

—Lo que él calla, nos lo dirá tal vez el interior de su maleta.

—No os comprendo.

—Ese hombre guardará quizá papeles de mucha importancia.

—¡Padre!...

—Esos papeles, los leeremos...

—No—replicó vivamente Tordesillas.

El jesuíta lo miró, sonriendo irónicamente, y dijo:

—¿Tenéis escrúpulos, señor Jacobo?

—Eso es un abuso...

—Ni más ni menos.

—¿Lo reconocéis así?

—Lo reconozco.

—¿Y cómo me proponéis?...

—Perdonad que os haga una observación—interrumpió el padre Leotardo con su calma habitual.

—Cuando gustéis.

—También es un abuso introducirse á media noche por el techo en el dormitorio de una persona para apoderarse de ciertos papeles...

—Padre, no me recordéis aquella escena—replicó Tordesillas, cuya frente se contrajo más de lo que estaba.

—Cuando tengáis pruebas como las tendréis, de que el señor Antolín quiere asesinaros, me diréis si esto es un abuso ó un medio de legítima defensa. Entonces, señor Jacobo, entonces os preguntaré por esos escrúpulos, y si aún los sentís estaréis en vuestro derecho de acusarme.

Quedó pensativo el esposo de Isabel.

Por muchas razones le era imposible oponerse á la voluntad del jesuíta.

—Si no queréis—repusó éste—, dejadme que yo iré solo, yo solo correré el peligro y...

—No—replicó el fugitivo poniéndose en pie.

—¿Vendréis?

—Vamos.

Tordesillas colocó en su cinturón un puñal, tomó su gorra de pieles y se envolvió en su larguísimo y ancho gabán, siguiendo al jesuíta.

Ni una palabra más pronunciaron.

Sin que nadie los viese salieron de la hostería. Detuviéronse á la puerta inmediata, que se abrió sin necesidad de que llamasen.

Entraron, encontrándose con Luciana, y volvió á cerrarse la puerta.

En la calle, entre las negras tinieblas, quedó un bulto que entonces se movió.

Era un hombre que entró en la hostería, subiendo rápidamente y entrando en el aposento donde estaba David.

—Pronto habéis vuelto—dijo éste al recién llegado.

—No me equivoqué—replicó Juan, porque no era otro—: tenemos intriga y ya veis cómo acerté en no acostarme cuando me lo propusisteis.

—¿Eran ellos los que salían?

—Ellos eran y han entrado en la otra casa... Pero dejadme observar, por si algo descubro á través de los vidrios.

—Mientras Juan acechaba,, Jacobo y el jesuíta, acompañados de la vieja, penetraron en una habitación donde estaba la maleta del señor Antolín.

La sirviente temblaba al más leve rumor que percibía.

—Alumbrad—dijo á media voz el religioso.

Y abrió la maleta, empezando á sacar los pocos efectos que contenía, y examinándolos cuidadosamente.

Cuando concluyó se contrajo su rostro.

Tordesillas hizo un gesto que significaba:

—Ya lo veis, hemos perdido el tiempo.

No estaba el jesuíta acostumbrado á equivocarse, y como si no se diese por vencido, volvió á meter una mano en la maleta.

—¡Ah!—exclamó alegremente.

Y sacó un objeto pequeño envuelto en un papel.

—Veamos lo que es esto.

Jacobo miró con curiosidad, porque

no esperaba que allí hubiese nada que pudiera interesarle.

El padre Leotardo desdobló el papel y sacó un pequeño frasco lleno de un color rojizo.

—Examinad eso—dijo—, vos que sois médico, y que con especialidad os habéis dedicado á esa parte de la ciencia que se llama química.

Jacobo tomó el frasco y miró el licor al trasluz.

Arrugóse su entrecejo y su mirada se hizo más sombría.

—¿Qué es?—preguntó el jesuíta después de algunos momentos.

—Os lo diré mañana con seguridad.

—Tenemos que dejarlo aquí.

—No importa.

Jacobo desenvainó su puñal é introdujo la punta en el líquido.

Luego envolvió el frasco en el papel y lo metió en la maleta.

—Hemos concluido—murmuró.

—¿Aún tenéis escrúpulos, creyendo que cometemos un abuso?

—Lo que hacemos no es abusar, sino evitar que se consume un horrendo crimen.

Luciana tembló convulsivamente.

—Ya lo estáis oyendo, hermana—le dijo el jesuíta.

—¡Dios santo y bendito!...

—Callad y disimulad.

—Bien decía yo, que ese hombre...

—Silencio, hermana.

La vieja, turbada y confusa, no acertaba á darse cuenta de lo que le sucedía.

El esposo de Isabel volvió el puñal á la vaina.

Después de colocar en la maleta lo que de ésta habían sacado, salieron el religioso y Tordesillas, cuidando de no hacer el más leve ruido.

Pocos minutos después se encontraban en la hostería.

—Explicaos ahora—dijo el religioso.

—Si no me engaño, el líquido es un veneno apenas conocido en España, pero que los italianos preparan admirablemente. Algunas gotas no más en una botella de vino, son bastante para matar á un hombre. Según la cantidad, así se produce con más ó menos rapidez la muerte.

—¿Y sirve también para envenenar un arma?

—Sí.

—Ahora comprendo por qué habéis mojado la punta de vuestro puñal.

—Necesitaremos que maese Curcanon nos facilite un gato, un perro ó un pájaro para hacer la prueba.

—Entonces no tenemos para qué esperar á mañana. Venid.

Jacobo y el jesuíta bajaron al despacho, donde el hostelero se encontraba solo.

—¿Y vuestros criados?—le preguntó el religioso.

—Todos duermen.

—¿Y los demás que habitan la casa?

—Hay dos que velan.

—¿Los dos españoles?

—Sí.

Jacobo y el padre Leotardo cruzaron una mirada de inteligencia.

—El llamado Juan—añadió el hostelero—, salió detrás de vosotros.

—¡Oh!...

—Pero volvió en seguida.

—Nos espiaba...

—Lo he supuesto.

—Está bien.

—¿Qué tenéis que mandarme?

—Necesitamos un gato, un perro, un animal cualquiera.

—Tengo tres gatos.

—¿Los estimáis mucho?

—A uno le aborrezco, porque es muy ladrón.

—Entonces haremos un beneficio con matarlo.

—Os lo agradeceré.

—Traedlo, y después tened cuidado para que nadie nos sorprenda.

Maese Curcanon se apresuró á obedecer, yendo á la cocina y volviendo á los pocos minutos con un gato blanco y negro.

—Jacobo sacó el puñal y pinchó en el cuerpo del infeliz cuadrúpedo.

Este dió un fuerte resoplido, saltó por cima de la cabeza del jesuíta y desapareció.

—No me habéis dado lugar á que lo sujete—dijo el hostelero.

—Tiene bastante — replicó Tordesillas—. Buscadlo y ved lo que le sucede.

Obedeció maese Curcanon mientras

el padre Leotardo y Jacobo volvían al aposento de éste.

Si no de todo, de algo habíase apercibido el astuto Juan.

—Ya vais viendo que no me equivoco—dijo á David—, maese Curcanon es también uno de tantos.

—¿Pero qué intentan?

—No lo adivino; pero con paciencia y constancia todo lo sabremos.

—No habían pasado diez minutos cuando el hostelero fué á decir al jesuíta que el pobre gato acababa de morir.

La refinada astucia del padre Leotardo lo comprendió todo entonces.

—Ahora—dijo á Tordesillas—, os explicaréis perfectamente lo del convite.

—¡Miserable!...

—Me habéis dicho que ese veneno lo preparan muy bien los italianos.

—Sí.

—No ignoráis que italiano es el abate Florentín... Haced deducciones.

Jacobo guardó silencio.

Una sonrisa profundamente amarga se dibujó en sus labios.

No necesitamos decir que Santoyo había recibido el veneno de manos de Florentín, ni tampoco que aquel mismo veneno era el que había servido muchos años antes para quitar la vida al curioso Antón y el que había servido de instrumento y cómplice al padre de Claudio.

La intriga se complicaba más cada vez, y no faltaba más que el desenlace.

Poco hablaron ya Jacobo y el jesuíta.

Este se despidió y salió.

Aquel quedó entregado á sus amargas y dolorosas reflexiones.

Ni él, ni David, ni Juan pudieron conciliar el sueño hasta el amanecer.

En cambio el señor Antolín durmió profundamente, con gran extrañeza y disgusto de su apasionada esposa, que más de una vez interrumpió el silencio de la noche con lastimeros y prolongados suspiros.

CAPITULO XXVI

COMO TERMINÓ EL EPISODIO

Dejamos al caballero de Rocheforte cuando acababa de vestirse, y ahora diremos que salió de su aposento y fué al de su sobrina.

Encontrábase ésta en el estado físico y moral que era consiguiente después de dos noches de insomnio, de conmociones violentas, de incesante agitación, de sufrimientos horribles.

Sosteníase por la fuerza de su voluntad, pues las de su cuerpo estaban casi agotadas.

Sentíase devorada por la fiebre que contribuía á que se exaltase su imaginación.

Su semblante pálido revelaba lo que sufría la infeliz.

Sin embargo, estaba dispuesta á resistir y á luchar mientras tuviese vida.

Lo que en aquellos momentos le atormentaba más era la incertidumbre.

¿Había conocido su tío á Renat?

No lo sabía y esperaba con el temor que era consiguiente, ansiando á la vez salir de dudas.

El caballero estaba también densamente pálido.

Su mirada era sombría y terrible.

Sentóse frente á su sobrina y la contempló, encontrándola más bella que nunca, mucho más bella, con las señales del insomnio y del llanto y con la expresión de dolorosa, de mortal angustia.

Guardaron silencio por algunos minutos.

Esforzábase la joven para conservar alguna calma.

No encontraba el caballero palabras para dar principio á la conversación; pero como tenía que hacerlo y era cada vez mayor su impaciencia, dijo al fin con voz reconcentrada:

—Habéis olvidado los deberes, no solamente de la señora que en algo estima su dignidad, sino de la mujer honrada.

—Me ofendéis—replicó vivamente la joven.

—Digo lo que habéis hecho, y si eso os ofende á nadie tenéis que acusar.

—Señor...

—Escuchad, porque antes que daros á conocer mis resoluciones, es preciso que apreciéis en su verdadero valor vuestra gavísima falta.

—Me habéis obligado...

—Callad.

—Escucho.

—Por mi desgracia quedé anoche con

vida, y digo que por mi desgracia porque después de haberse empañado mi honor con vuestras debilidades...

—Eso no.

—Señora...

—Pura está mi honra, y mi pureza no puede ponerla nadie en duda, ni siquiera vos.

—En esta casa entró un hombre.

—Sí.

—No era un ladrón.

—Un caballero, que ha sabido respetarme, y si como el ladrón, á la hora de las tinieblas silenciosas y ocultamente ha penetrado en mi aposento, ha sido porque vos, abusando de vuestra autoridad sobre mí.

—No he venido para que examinéis mi conducta, sino para que de vuestro proceder me deis cuenta.

—Pues bien, amo al hombre que anoche entró en esta casa.

—¿Quién es?—preguntó el caballero.

La joven respiró como si se sintiese libre de una mano que la ahogase.

No la importaba sufrir si Renat se salvaba, y ya lo consideraba salvado.

Un relámpago de alegría, de júbilo inmenso, se escapó de sus magníficos ojos.

¿Qué más podía desear?

Se consideró feliz, aunque nunca había sido tan desgraciada.

Empezaron á renacer sus fuerzas.

Ya le sobraba valor para todo.

—No—dijo enérgicamente—, no sabréis quién es el hombre á quién amo.

Se hizo más densa la palidez del caballero.

Sus pupilas brillaron con siniestro fulgor.

Volvió á quedar silencioso, no porque reflexionase, ni porque no supiese que decir, sino porque no pudo hablar, porque la ira lo ahogaba.

Pocas veces el alma de la criatura se agita en borrasca tan espantosa.

No es posible comprender el efecto que le habían producido las palabras de su sobrina, aquella confesión terminante de que su corazón estaba inflamado con una pasión que tal vez era inextinguible.

Sobre el tormento de los celos, que es uno de los más espantosos que pueden sufrir las criaturas, tuvo que soportar el de la desesperación.

Mientras Ana no amase, podía el caballero abrigar una esperanza de realizar su deseo.

Ya no le quedaba más que la esperanza horrible de vengarse, matando á su rival y haciendo sufrir á la joven.

Grandes esfuerzos hizo para reponerse.

Sus ideas eran confusas.

Momentos hubo en que la luz huyó de sus ojos y se sintió presa de un vértigo el más horrible.

Era un miserable; pero digno de lástima si se tenía en cuenta solamente su sufrimiento.

—¡Oh!—murmuró al fin sordamente—. Y no tembláis...

—¿Por qué?

—No me conocéis.

—Sí—dijo la joven sin poder dominarse—, os conozco y sé que sois capaz de cometer todas las maldades.

El caballero desplegó una sonrisa espantosa.

—Tengo fe en la justicia divina.

—Esa justicia es para el otro mundo.

—Sufriré en éste y me resignaré; pero entre tanto vos no veréis satisfechas vuestras aspiraciones.

—Mis aspiraciones son dos, y si no realizo la una no habrá poder humano que me estorbe satisfacer la otra. No considero cosa cierta lo que depende de otra voluntad; pero lo que depende de la mía... ¡Oh! ¿Quién puede ponerme obstáculos?

—Haced lo que bien os parezca. Ya sabéis que no he de revelar el nombre del que es dueño de mi corazón, y por consiguiente, no hemos concluído, ni apenas hemos empezado. Nada más tengo que deciros.

—Aún no conocéis las consecuencias de la falta que habéis cometido.

—Serán las consecuencias de vuestro proceder.

—Por de pronto vuestros extravíos han costado la vida á un hombre, pues el fiel Pablo, cumpliendo sus deberes, siguió á vuestro amante y murió.

—¿Lo sabéis positivamente?

—Sí—dijo el caballero, aunque en realidad ignoraba lo que había sucedido después que perdió el conocimiento y no

podía decir más sino que había desaparecido el sirviente.

—Aún dudo.

—Y yo no he muerto por casualidad, y además vuestra dueña, que ha de responder de su traición...

—No la busquéis.

—¿Dónde está?

—Se fué apenas amaneció y no volveréis á verla. ¿Había de quedarse para sufrir los efectos de vuestra cólera? Sustituidla con persona de vuestra confianza, porque de todas maneras he de ver al hombre á quién amo.

El caballero de Rocheforte no pudo contenerse.

Se puso en pié.

Sus manos temblaban á impulsos de la más reconcentrada ira.

Relámpagos se escapaban de sus ojos.

—Una semana tenéis, entendedlo bien, una semana para decidir.

—Ya he decidido.

—Os concedo un plazo para que no tengáis derecho á decir que os he obligado y ni siquiera os he dado tiempo para meditar.

—Esa semana tendré de tranquilidad de espíritu, y por consiguiente acepto el plazo que me ofrecéis.

—Pensad que sufro como no ha sufrido ninguna criatura, que el sufrimiento ha trastornado mi razón, y que por consiguiente...

—Comprendo.

—Y si no comprendéis—repuso el caballero con creciente exaltación—, peor para vos, porque mi venganza será la más terrible. Y tened entendido que no atentaré contra vuestra vida, sino que haré sufrir al que me roba vuestro amor, le haré sufrir para mortificaros, para que este mundo sea para vos un infierno.

Tembló la joven; pero no articuló una sílaba.

—¿Me habéis entendido?—gritó Rocheforte, que lo mismo se exaltaba con las réplicas que con el silencio.

Ana siguió callando.

—¿Quién es ese hombre, quién es?... No volveréis á verlo, porque yo os vigilaré á todas horas, y si otra vez intenta penetrar en esta casa...

—No entrará; pero lo amaré.

Rugió el caballero como un tigre.

Su primer impulso fué lanzarse sobre su víctima, y apenas se comprende como pudo dominarse.

Quedó inmóvil.

Parecía querer devorar con su mirada á la infeliz jóven.

Su respiración era trabajosa y desigual.

Empezaron á dilatarse y á perder el brillo sus pupilas.

Hacía grandes esfuerzos para sostenerse.

Llevó las manos á su cabeza y se la oprimió.

—Contad los días—dijo al fin con voz ronca.

Y con pasos vacilantes salió de la cámara y volvió á su aposento, dejándose caer en un sillón.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Qué hermosa es!... No, no será tanta belleza para ningún hombre, si no ha de ser para mi... Los celos me atormentan... ¡Y no puedo acabar con la vida de mi rival!... En él piensa ella mientras yo sufro... Y á mí me mira con desdén... Siento como si mi cabeza fuese á estallar... Y no brilla la luz del sol... ¿Qué me sucede?... Es que la ira me ahoga, que me tiene trastornado la desesperación.

Volvió á oprimirse las sienes.

Después de algunos minutos dijo:

—He pasado una noche horrible, no he dormido y... parece que tengo sueño.

Se acostó.

Cerráronse sus ojos.

Pocos momentos después parecía entregado al más profundo sueño.

Ya no estaba pálido su rostro. Había enrojecido como si fuese á brotar sangre por sus mejillas.

Su respiración continuaba siendo anhelante.

Más de cuatro horas estuvo en aquel estado.

—Una semana le he concedido—murmuró—, y me parece mucho. ¿Cómo podré esperar tantos días?... Abreviaré el plazo.... ¿Y mi rival?

No se entregaba ya el caballero á los arrebatos de la ira; pero sufría lo mismo que antes.

Pensó en los sucesos de la noche anterior.

Sus recuerdos eran confusos.

Así pasó todo aquel día y el siguiente.

Su pequeña herida se había cicatrizado.

Continuaba sintiendo muy pesada la cabeza.

Quiso ver á su sobrina y le faltó el valor, porque no esperaba más sino que ella le dijese que amaba á otro, y estas palabras le hacían sufrir horriblemente al caballero.

Al tercer día se levantó, almorzó con más apetito del que él mismo creía tener.

La noche anterior había dormido mucho, y sin embargo sentía la pesadez del sueño.

Media hora después llamó, y dijo á un criado:

—Abre bien esas ventanas.

—Abiertas están, mi noble señor.

—Hay poca luz.

—Pues el sol llega á nuestros pies..

—Es un sol pálido, triste..

—No está nublado.

—¿Y mi sobrina?

—En su aposento.

—Decidle que venga.

Obedeció el sirviente.

Pocos momentos después se presentó la joven grave y sombría.

—Acércate—le dijo el caballero.

Ana dió un paso.

—Más cerca, más... No te veo bien... ¡Oh!... Me atormenta un presentimiento horrible.... No me espanta la muerte sino porque quedes en el mundo en libertad para amar al hombre á quién odio... Si yo tuviera la seguridad de morir te mataría.

—Señor...

—Mi cabeza es un cáos.

—Estáis agitado...

—Tengo el infierno en el alma.

—Perdonad; pero me parece que la falta de sosiego quebranta vuestra salud.

—Mejor para tí, porque si muero...

—Basta, señor, basta... ¿Me habéis llamado para ofenderme?

—Para decirte lo que siento, porque ahora...

Se interrumpió el caballero, se pasó las manos por la frente y dijo:

—Parece que una venda de hierro oprime mi cabeza.

—Hablaremos otro día y ahora os verá el médico.

—¡El médico!...

—Sí, porque vuestro semblante....

—Lo que quiero es luz, mucha luz... ¡Ah!... Ven, Ana...

No pudo articular una sílaba más.

Quedó inmóvil.

Su respiración era más violenta que nunca.

Parecía que se ahogaba.

Sus ojos estaban abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Sus pupilas se habían dilatado y no tenían brillo ni expresión.

Exhaló un grito la joven.

En un instante se olvidó de que aquel hombre era su verdugo.

Llamó y mandó que fuesen en busca del médico.

Acudieron todos los criados.

—¡Se muere!—exclamaban.

Y la noble niña elevó al Omnipotente fervorosas súplicas.

Media hora después se presentó el médico, examinó al paciente, hizo un gesto de disgusto y dijo:

—¡Ya es tarde!

—¡Dios misericordioso!

—Haré cuanto me sea posible, por hacer algo, pero conviene que venga un sacerdote para aprovechar algún momento de lucidez que pueda tener el enfermo. Por de pronto dadme agua caliente.

Y á los pocos minutos el médico sangraba al caballero de Rocheforte.

Recobró éste el sentido: pero no pudo ocuparse más que de la salvación de su alma.

La noticia de su enfermedad cundió rápidamente y acudieron sus deudos y amigos.

Se hizo cuanto era posible hacer, pero inútilmente.

Cuando el sol se ocultaba, el caballero de Rocheforte dejó de exirtir.

Esta desgracia tué para la joven la mayor fortuna, y sin embargo la infeliz sufrió mucho y buscó razones para escusar la conducta de su tio.

No tenemos para que pintar detalladamente todas las escenas que aquel día tuvieron lugar, pues lo que nos importa es el resultado.

Ana, que arrebatada por el dolor, consideróse más desgraciada que nunca, quedó á cargo de otros parientes que en nada se parecían al que había dejado de existir.

Ya no necesitó ocultar su amor, que por todos fué aprobado, pues Renat era noble y rico.

Se concertó el matrimonio para realizarlo un año después, y ninguna otra desgracia volvió á turbar la dicha de aquellos dos enamorados.

Así terminó el episodio, que hemos visto empezar tan tristemente.

No era posible que David sospechase el inmenso bien que había hecho renunciando á matar á su adversario.

Ya puedes, lector, olvidarte de Ana y de Renat, porque ahora hemos de ocuparnos preferentemente del jesuíta, de Jacobo, del señor Antolín, de David y de Juan.

CAPITULO XXVII

LO QUE SE PROPONÍA EL JESUITA

Ya es tiempo de que digamos lo que el jesuíta se proponía con respecto á la señora Barbon.

Esta, sin saberlo, era rica, porque existían unos bienes usurpados á su abuelo materno, y de los que á ella se le pondría en posesión cuando se reclamasen.

Otorgado testamento á favor de la compañía de Jesús, ésta, después de la muerte de la dama, reclamaría y obtendría en justicia, aumentando así sus riquezas, que ya empezaban á ser considerables á pesar de que el establecimiento de la compañía de Jesús no contaba entonces muchos años de existencia.

Ya hemos visto con cuanta habilidad fué el padre Leotardo siguiendo aquella intriga, y ahora nos falta añadir que la noche que se descubrió el veneno, el jesuíta se hizo las siguientes reflexiones:

—La situación no puede ser más favorable. La hermana Angélica está quejosa de su marido y no vacilará para declararnos herederos de sus bienes y sus derechos, mucho más cuando ella cree que no es poseedora más que de los célebres pergaminos y de sus pobres tierras de la Roche-Barbon. La vida de esa infeliz está amenazada, porque el señor Antolín quiere desembarazarse de esa mujer. No es nuestra la culpa, y si se consuma el crimen, yo seré el primero en deplorarlo. El veneno debe servir para Jacobo de Tordesillas y para la señora Barbon: él se librará, porque está prevenido; pero ella sucumbirá. Cuando esto haya sucedido, entregaré al hidalgo en poder de la justicia para que lo castigue como envenenador, y así quedaremos libres de un enemigo que puede hacernos mucho mal.

Esto fué todo cuanto el padre Leotardo se dijo, y después de esto se durmió con la tranquilidad del justo.

A la mañana siguiente y á la hora en que calculó que no estaría en casa del señor Antolín, fué á visitar á la sensible Angélica, encontrándola triste y llorosa.

—Señora—le dijo el religioso—, vuestro semblante me revela lo que pasa en vuestra alma.

—¡Ay!—exclamó la infeliz con lastimero tono.

—Condición de la humanidad es el error, y por eso nos hemos equivocado. No sois feliz ni podéis serlo, porque tenéis la prueba de que solo un sentimiento de sórdida codicia ha hecho que vuestro esposo...

—No me ama ó por lo menos no es un corazón que sabe amar como el mío, no es un corazón todo ternura, todo fuego.

—La desgracia no puede remediarse, aunque si puede evitarse algunas de sus más horribles consecuencias.

—Aconsejadme, padre mío, aconsejadme... ¡Ay, si yo hubiera sabido que el noble caballero de Marbut me amaba!...

—Ya no podemos resucitarlo.

La señora Barbon se limpió dos lágrimas.

—El tesoro de vuestra familia—añadió el padre Leotardo—, no debe ir á parar á manos tan indignas como las de vuestro esposo.

—Jamás.

—Y las tierras de vuestro señorío de la Roche-Barbon...

—Tampoco, tampoco.

—Esas rentas deben emplearse mejor, ya en una obra de caridad, ya en beneficio de vuestra alma.

—Sí, en beneficio de mi alma, de mi pobre alma, que tanto sufre... Decís bien, padre mío, y estoy resuelta á otorgar nuevo testamento en favor de la santa compañía de Jesús.

—Sobre ese punto no quiero aconsejaros.

—Ya lo veo; pero es mi voluntad y lo haré sin pérdida de tiempo.

—Gracias á Dios gozáis de buena salud; pero es prudente estar preparados, porque nadie sabe cuál ha de ser su hora postrera.

—Hoy mismo ó á más tardar mañana anularé el testamento que hice y firmaré otro, instituyendo por mi heredera á la compañía de Jesús.

—En el cielo encontraréis la recompensa.

—Bien la necesito, porque en este mundo sufro horriblemente... ¡Ay!... Yo que tengo un corazón sensible y ardiente, uno de esos corazones que han nacido para amar y que mueren amando...

—No hagáis esas amargas reflexiones.

—Vos me comprendéis, padre mío.

—Sí, os comprendo—repuso el jesuíta—, pero al fin esta vida no es más que un relámpago, y lo que nos interesa es la otra, donde los goces ó los sufrimientos han de ser por toda una eternidad.

Conseguido su objeto, se concretó el jesuíta á encarecer lo que importaba procurar la eterna salvación, y convencido de que la señora Angélica no dejaría de hacer lo que había prometido en cuanto al testamento, se despidió y se fué decidido á ocuparse sin demora de la herencia perdida.

El señor Antolín, que con tanto desprecio había mirado los pergaminos de la señora Barbon, debía desesperarse cuando ésta muriese y él supiera que efectivamente podía haber llegado á ser rico sin más trabajo que el de fingir por algún tiempo alguna ternura.

Aquel día y los siguientes pasaron sin novedad.

Jacobo miraba con frecuencia á las ventanas de la casa de la señora Barbon.

Juan espiaba á Jacobo en cuanto le era posible y por último el hostelero observaba cuidadosamente á Juan y á David.

De todos ellos recibía noticias el padre Leotardo y esperaba con ansiedad el desenlace, porque el negocio de la perdida herencia debía terminar muy en breve.

La señora Barbon había dejado el lecho y se encontraba completamente buena, aunque á todas horas se la veía muy triste, oyéndola suspirar penosamente.

—Mi amada Angélica—le dijo el señor Antolín—, ya es tiempo de cumplir nuestra promesa ofreciendo de cenar al hombre sabio y generoso que te ha salvado la vida.

—Ya sabes—respondió ella—, que no tengo más voluntad que la tuya.

—Si te parece, lo dispondremos todo para mañana á la noche.

—Como quieras.

—Nuestro vecino maese Curcanon puede preparar la cena y la servirá Luciana.

—Sí—respondió Angélica que no cesaba de mirar tierna y amorosamente á su esposo.

—Cumplido este deber y arreglados todos mis asuntos, como ya los tengo, no me ocuparé más que de tí, de nuestro amor...

—¿Será cierto?

—¿Acaso has puesto en duda mi pasión?

—No; pero...

—Mi conducta en los días que han transcurrido desde que nos casamos, no debe servirte de regla para juzgar.

—Es que....

—Ya sabes que me he encontrado en situaciones que á cualquiera le hubiesen hecho perder el juicio. Apenas nos unió el sacerdote, se me presentó un rival, disputándome tu corazón, luego tuve que batirme, arrostrando, no solamente el peligro de la muerte, sino las consecuencias todas de un duelo y para que nada faltase, tu enfermedad... En fin, te confieso que aún estoy aturdido, y pronto tendrás una prueba de mi amor... ¡Pronto seremos dichosos!...

—Antolín de mi alma...

—Si quieres saldremos de París y pasaremos en el campo una temporada en tu señorío de La Roche-Barbon, ó en uno de mis castillos de España, si es que no te importa emprender un largo viaje.

—¡Una temporada en el campo!...

—Sí, en el campo, en la tranquila soledad, en el silencio, donde nadie interrumpa las delicias de nuestro amor.

—Sí, sí, recorriendo los bosques sombríos, las floridas praderas y aún los ásperos montes. ¡Qué dichosos seremos! Al despuntar el alba saldremos del castillo, y cuando nos moleste la fatiga, nos sentaremos sobre el blando musgo, á la orilla de los cristalinos arroyos y al pié

de los copudos castaños, entre cuyo ramaje trinarán alegremente los pajarillos, y oyendo el dulce arrullo de la tórtola y el susurro de la mansa corriente, y sintiendo en nuestros rostros, abrasados por el fuego de nuestro amor, el fresco y leve soplo del céfiro blando.

—Eso es, eso es, la tórtola que arrulla, el jilguero que trina, el arroyo que murmura, el perfumado ambiente que nos acaricia y la fresca yerba que nos ofrece blando asiento...

—¡Cuánta poesía!...

—¿No habías comprendido que yo era poeta?

—¡Antolín, Antolín!...

—Angélica mía...

—Te adoro...

—Te idolatro...

—¡Ay!... No sé si podré resistir tanta felicidad.

En un instante se olvidó la dama de cuanto había sufrido.

Encontró á su esposo bello hasta lo ideal.

No podía haber sucedido cosa peor para trastornar los bien combinados planes del padre Leotardo.

Después de la escena que acabamos de pintar, entró en reflexiones la señora de Barbon.

La indiferencia de su esposo se explicaba perfectamente.

En la situación en que se había encontrado ningún hombre hubiera hecho sino lo que hizo el señor Antolín.

Exigirle más hubiera sido una locura y un abuso.

El proyecto de viaje al campo trastornó la cabeza á la sensible dama.

Desde aquel día creyó firmemente que se había equivocado en cuanto á su esposo, y que éste había sido calumniado por el jesuíta.

—No—dijo—, no firmaré ese testamento que privaría á mi Antolín de lo que poseo, y que para él será un recuerdo de mucho valor.

No sabía la infeliz lo que significaba aquella ternura que la halagaba tanto.

Tras las caricias del señor Antolín estaba la muerte.

Sobre este cambio guardó la dama la más completa reserva con el jesuíta, por lo cual éste continuó tranquilo y esperando el momento en que aquel drama debía desenlazarse.

Jacobo recibió el oportuno aviso para ir á cenar.

A maese Curcanon se le dieron las órdenes convenientes, y prometió hacer cuanto es imaginable para que sus parroquianos quedaran complacidos.

CAPITULO XVIII

LA CENA

Llegó el día siguiente y anocheció.

La sublime Angélica estaba radiante de alegría, y con Luciana ocupábase en los preparativos de la cena.

Hacía más de media hora que Juan miraba por la ventana á las otras, objeto de su observación.

—¿Qué diablos sucede esta noche en casa de la vieja?—dijo—. Parece que se preparan á una cena digna de Baltasar. Estoy viendo la mesa...

—Mucho debe interesaros lo que observáis—le interrumpió David.

—Acercáos... ¡Ah!... ¡Gracias á Dios!... ¡Por el infierno...

—¿Qué habéis visto?

—Se va...

—Pero...

—Esperad...

El sirviente se apresuró á tomar la capa y el sombrero y salió sin dar más explicaciones.

David se encogió de hombros, cruzó los brazos, y empezó á pasear por el aposento.

A los pocos minutos volvió su amigo diciendo:

—Ya lo sé todo.

—¿Y qué es lo que sabéis?

—El señor Antolín y su esposa convidan á cenar al médico... ¿Por qué le obsequian tanto?... Ya que no me dan parte, los veré desde aquí... Acercáos, señor David; esto os distraerá.

El huérfano hizo un gesto de indiferencia, y se acercó maquinalmente á la ventana.

Lo mismo que Juan, y á través de los vidrios, vió la mesa llena de botellas y platos, y pocos momentos después á Jacobo que entraba y saludaba á los recién casados.

Nosotros, haciendo uso de nuestro derecho de novelistas, nos trasladaremos al suntuoso comedor para presenciar la escena, en lugar de mirarla á través de los vidrios como lo hacían David y Juan.

El puesto de honor se había dado en la mesa á Jacobo de Tordesillas, colocándolo enfrente de la señora Barbon, y á la derecha de ésta y á la izquierda de aquél, se sentó el hidalgo.

Dos botellas había en el sitio de cada uno de ellos, sin perjuicio de otras muchas que estaban en un escaparate, y que debían pasar á la mesa, según se necesitaran.

En los primeros momentos, un escrupuloso observador hubiera creído ver pintada alguna inquietud en el rostro del señor Antolín; pero no tardó en desaparecer aquella expresión de intranquilidad, revelando como siempre la más viva alegría.

El buen hidalgo era el que debía de sostener la conversación, porque ya sabemos con cuanta facilidad hablaba.

Empezó la cena.

—Perdonad, señores — dijo el señor Antolín cuando iba á tomar el primer bocado—; pero antes de comenzar quiero beber, brindar por vuestra salud y vuestra dicha.

Y llenó su vaso.

Jacobo hizo un movimiento de cabeza; pero no tocó el vino.

La señora Barbon miró á su esposo y exhaló un tierno suspiro.

—¿No me imitáis?—preguntó el hidalgo.

—Yo — respondió Tordesillas—, no acostumbro á beber sino cuando ya he comido algo.

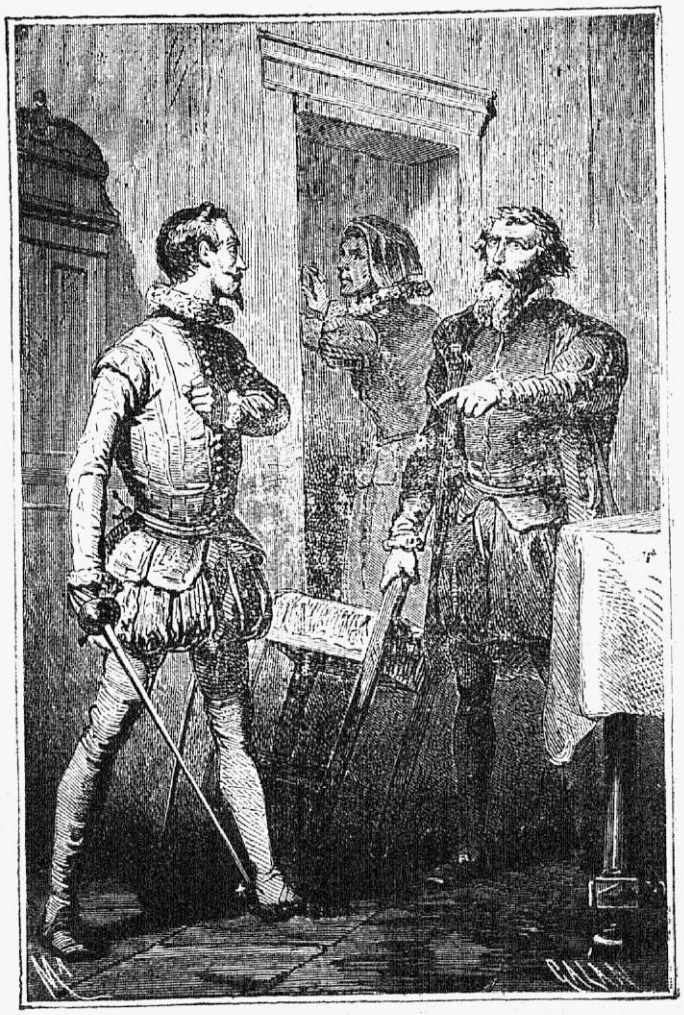
—Y yo—dijo Angélica—, tocaré con los labios el vino que tú has de beber, Antolín mío, y apuraré las gotas que dejes después de haber bebido.

Por un instante se contrajo la frente del señor Antolín.

Si su esposa continuaba en el mismo sistema, no bebería del vino emponzoñado.

—Como quieras — dijo esforzándose para que no se conociese su disgusto.

Según lo deseaba la señora Barbon tomó un sorbo en el vaso de su marido,



Jacobo tambien se levantó. (Pag. 112.)

y cuando éste bebió, ella apuró con placer lo que había quedado en el fondo de la vasija.

—Señor Jacobo—dijo el hidalgo—, si no me hubiereis de tener por impertinente, sino hubierais de creer que es curiosidad grosera el interés que me inspiráis...

—¿Qué haríais?—preguntó el esposo de Isabel, fijando su mirada penetrante y escudriñadora en el rostro del señor Antolín.

—Os preguntaría — repuso éste—, como es que os habéis venido á Francia, cuando en España no sobran los buenos médicos, sino que hacen mucha falta los que valen tanto como vos.

—Viajo para estudiar, para aprender...

—¿Tenéis familia?

—Sí; pero ignoro cual es su suerte.

—¡Que lo ignoráis!...

—Ya que tanto os interesáis por mi, os diré en cuatro palabras cuál es mi situación, nada risueña por cierto.

—Esa prueba de confianza...

—La merecéis.

—Bebed, señor Jacobo, bebed.

—Después que os haya dicho lo que sucede.

—¿No os acordáis de mí?

—No.

—Pues á mi vez os diré como hicimos conocimiento cierta noche en la calle del Olivar hace ya más de tres años.

—Si de antiguo me conocéis y no hace mucho que salisteis de España, debéis saber lo que yo pensaba referiros.

—No, no sé nada—replicó Santoyo, volviendo á llenar su vaso.

—Escuchadme, pues, y conoceréis sucesos bien tristes.

—Ya os escucho.

—Supongo—repuso Tordesillas volviendo á mirar fijamente á su perseguidor—, supongo que conoceréis al abate Florentín, porque todo el mundo lo conoce... ¿Qué os sucede?

—Nada—respondió el hidalgo, disponiéndose á beber para disimular.

—¿No me das de tu vino?—preguntó Angélica.

—Sí, toma, aunque te advierto que este es más fuerte que el tuyo y puede hacerte daño...

—Es nieve comparado con mi amor.

—Proseguid—dijo el hidalgo, completamente repuesto.

—Pues bien—repuso Jacobo—, vuestro amigo el abate...

—No es mi amigo.

—Entendí mal vuestra respuesta.

—Lo conozco, pero nada más.

—Es indiferente para el caso.

—¿Sois vos amigo de Claudio Florentín?

—Lo he visto bien pocas veces en mi vida; pero él debe ser mi enemigo, aunque ignoro el por qué.

—Es extraño.

—Para satisfacer su odio quiso llevarme á los calabozos de la Inquisición.

—¡Oh!...

—¿Acaso no sois católico?—preguntó Angélica.

—Sí.

—Entonces...

—Me perseguían y tuve que huir, me perseguían por hechicero, por nigromántico, y no sé por cuantas cosas más.

—¡Hechicero vos!...

—Tal vez no se equivoquen del todo—dijo Tordesillas sonriendo irónicamente.

—¡Caballero!—exclamó la dama.

—Pues á la salud del hechicero—dijo el señor Antolín, levantando el vaso para beber.

—Un sorbo, alma mía

—Toma; pero te recuerdo que es muy fuerte...

—No me importa si es tuyo.

—Me acusan de hechicero, porque tengo el dón de adivinar.

—¿Os chanceáis, señor Jacobo?

—Por quién soy que no me chanceo.

—Pues si ese don tenéis—repuso alegremente el hidalgo—, me daréis una prueba.

—Ahora mismo si la queréis.

—Veamos.

—¿Queréis que adivine lo que hay en estas botellas?—repuso Jacobo señalando á las que á su lado tenía.

Santoyo no pudo contener un estremecimiento, pero disimuló, riendo alegremente.

—¿Lo tomáis á broma?—añadió Tordesillas.

—A broma tomo siempre lo serio, y seriamente lo que es broma. Además quiero alegrarme esta noche, ó para hablar con más exactitud, estoy alegre, soy el más feliz del mundo.

—Me explicaré — repuso Jacobo de Tordesillas con la más perfecta calma.

—Hacedlo y nos complaceréis.

—Yo no soy un adivino de esos vulgares, un adivino de lo imposible.

—Ahora os entiendo menos.

—Yo no leo en lo porvenir, señor Santoyo.

—Entonces no adiviná is.

—No siempre las cosas son lo que parecen.

—Es verdad.

—Pues mi ciencia consiste en conocer lo que es cada cosa, no según las apariencias que nos engañan.

A pesar de todo su ingenio, el señor Antolín no acertó á responder.

¿En qué consistía esto?

No lo sabía él mismo.

Para salir de su apuro, le dijo á su esposa.

—Para tí he mandado traer un vino especial... Bebe, Angélica mía.

—Te complaceré—respondió ella.

Y empezó á llenar su vaso, echando de una de las botellas que contenía el veneno.

La mirada de Jacobo se hizo mucho más sombría y se fijó en aquel líquido, destinado á cortar la existencia de la señora Barbon.

Fueron aquellos unos instantes verdaderamente supremos, tanto para el esposo de Isabel como para el hidalgo.

Este inclinó la cabeza y empezó á destrozar un par de pichones que tenía en el plato.

La dama tomó su vaso y lo levantó; pero antes de beber dijo á su esposo:

—Prueba, Antolín mío, como yo he probado del tuyo, porque si aquí no se ponen tus labios, no será este líquido para mí un néctar delicioso... ¿No me oyes? Pon aquí tus labios, deja aquí tu aliento.

—Esa clase de vino no me gusta—replicó el hidalgo con ligera turbación.

—¡Que no te gusta!...

—No.

—¡Y quieres que me guste á mí!...

—Pruébalo y verás...

—¡Probar yo lo que á tí te desagrada!... ¡Jamás!

—Angélica...

—Bebe, amor mío, bebe...

—Luego... Ahora estos pichones... Están deliciosos... ¿No los habéis probado, señor Jacobo?

—Sí — respondió Tordesillas—; pero no se trata de eso: vuestra esposa os ofrece de su vino, quiere que su vaso lo selléis con vuestra boca.

—Sí—repuso ella—, quiero que perfumes este líquido...

—Luego beberé...

—Todo para los dos, ó para ninguno—, dijo la señora Barbon.

Y arrojó el vino al suelo.

El señor Antolín, sin saber que hacer, se puso otro par de pichones, aparentando no haberse apercibido de lo que sucedía.

Jacobo sonrió, y como si la primera conversación no se hubiese interrumpido, dijo tranquilamente:

—Vais á tener la prueba de que á mí las apariencias no me engañan.

—Veamos.

—El abate Florentín, no contento con perseguirme en España, me persigue en Francia también y tiene aquí un agente que debe asesinarme.

—¡Señor Jacobo!—exclamó el hidalgo, pudiendo apenas ya fingir.

—No os admiréis.

—Lo que decís...

—Os lo probaré.

—¡Oh!...

—El cómplice de mi enemigo intenta envenenarme...

—¡Voto á Satanás!...

—No os indignéis, porque esto se ve todos los días y ya debemos estar acostumbrados á ello...

—Señor Jacobo, yo ignoraba que fueseis un reo perseguido por la Inquisición...

—Así como yo ignoraba también que un hidalgo de buena cuna y que lleva un nombre ilustre fuese un miserable asesino...

—¿Queréis explicaros?...

—En este vino hay un veneno.

Ya era inútil el disimulo.

Las negativas no podían servir más que para agravar la situación.

No era posible que el señor Antolín adivinase como su víctima había llegado á saber que trataba de envenenársele.

Empero cualquiera que fuese la explicación, había que jugar el todo por el todo.

Las palabras de Tordesillas produjeron el efecto que era consiguiente.

La señora Barbon exhaló un grito y se puso en pié, fijando en las botellas una mirada de horror profundo.

Luciana quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

Los momentos eran preciosos para el señor Antolín de Santoyo, el cual, comprendiéndolo así, púsose en pié y desenvainó la espada.

Jacobo también se levantó, cogiendo la silla que había ocupado y que podía servirle de defensa.

La vieja sirviente salió de su inmovilidad y se lanzó fuera del aposento, gritando:

—¡Socorro, socorro!

La señora Barbon, sin saber lo que hacía, corrió tras su sirviente; si bien no pudo gritar mucho porque en el aposento inmediato cayó sin conocimiento.

Los dos enemigos quedaron solos y frente á frente.

Los ojos de ambos brillaban como luces fosfóricas y sus rostros estaban pálidos y contraídos.

En vez de acometerse, quedaron inmóviles como estátuas.

No importaba que Jacobo no tuviese espada: tenía valor y mucha fuerza y era, por consiguiente, un adversario muy temible.

A no estar de por medio la mesa, antes de darle tiempo á defenderse, el hidalgo hubiera caído sobre Tordesillas, atravesándole el corazón.

Pero esto no había podido ser con la destreza necesaria, y evitando el primer ataque, era menester dar el segundo con acierto.

Miráronse como se miran dos hombres que quieren matarse.

El resultado de aquella extraña lucha era dudoso.

La silla manejada por un hombre vigoroso y sereno como Jacobo, era un arma terrible.

La espada en manos del señor Antolín, no era menos respetable.

—¡Cobarde — murmuró Tordesillas con acento del más profundo desdén.

Santoyo rugió como un tigre.

No tenía entonces la calma que tanto le sirvió para vencer al caballero de Marbut.

Ya no era posible retroceder: era forzoso concluir cuanto antes, porque Luciana seguía gritando.

He aquí lo que sucedió.

FIN